BOLETIN OFICIAL DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

35

ASAMBLEA PLENARIA

CANTIDAD TOPE PARA ENAJENAR
LOS BIENES ECLESIASTICOS
SIN AUTORIZACION DE LA SANTA SEDE

COMISIONES EPISCOPALES

DOCUMENTACION

7 JULIO 1992

BOLETIN OFICIAL DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Año IX. - N. 35 | 7 julio 1992 | pp. 133 - 200

INDICE

Págs.

ASAMBLEA PLENARIA

1. Discurso inaugural de la LVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. Por el Emmo. Sr. D. Angel Suquía, Cardenal Arzobispo de Madrid, Presidente de la Conferencia Episcopal Española 135

2. Palabras de saludo del Nuncio Apostólico en España a los participantes en la LVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española 148

3. Comunicado de la LVI Asamblea Plenaria sobre la situación sociopolítica en España 150

4. Aprobación de Asociaciones Nacionales 150

5. Cantidad tope para enajenar los bienes eclesiásticos sin autorización de la Santa Sede 151

COMISIONES EPISCOPALES

1. **C.E. de Enseñanza y Catequesis:** Catequesis de Adultos. Orientaciones pastorales (II) 152

2. **C.E. de Pastoral social:** Solidarios contra la pobreza. Comunicado de la Comisión Episcopal de Pastoral social para el Día del Amor Fraterno 197

3. **C.E. de Medios de Comunicación Social:** XXVI Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (Domingo 26 de abril de 1992). "La proclamación del mensaje de Cristo en los medios de comunicación social. Mensaje de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social 199

4. **C.E. de Apostolado Seglar:** "Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar" 200

5. **C. Mixta de Obispos y Superiores Mayores:** En el Silencio. . . Mensaje de la Comisión Mixta de Obispos y superiores mayores con motivo del Día "Pro Orantibus" 1992 203

6. **C.E. de Liturgia:** La celebración del Corpus Christi" 204

SECRETARIADOS DE COMISIONES EPISCOPALES

Secretariado de la C.E. de Migraciones — Departamento de Apostolado de la Carretera:

Jornada de responsabilidad en el tráfico (28 junio 1992). "La carretera necesita algo más que lamentos" 205

DOCUMENTACION

Aprobación de la Traducción del Ordinario de la Misa de la Liturgia Hispano-Mozárabe 207

NOMBRAMIENTOS 208

Secretariado General de la Conferencia Episcopal Española

Añastro, 1 - 28033 MADRID

PRECIO DE SUSCRIPCION

(4 números al año)

España	1.800 pts.
Extranjero ordinario	2.500 pts.
Nº suelto	500 pts.

PEDIDOS

Editorial EDICE
D. Ramón de la Cruz, 57 - 1º B
28001 - MADRID

Director: Crescencio Palomo Iglesias, O.P.

Edita y distribuye: Editorial EDICE. Telfs.: 401 75 00 - 401 70 62
D. Ramón de la Cruz, 57 - 1º B
28001 - Madrid

I.S.S.N. 0214 - 0683

Depósito Legal: M-5937-1984

Imprime: Orinoco Artes Gráficas S.A. - Telfs.: 675 14 33 - 675 17 98
c/ Caucho, 9 - Torrejón de Ardoz (MADRID)

ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL

1

DISCURSO INAUGURAL DE LA LVI ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA*

Por el Emmo. Sr. D. Angel SUQUIA, Cardenal
Arzobispo de Madrid,
Presidente de la Conferencia Episcopal Española

LA NUEVA EVANGELIZACION: ALGUNAS TAREAS Y RIESGOS DE LA HORA PRESENTE

I. EL SINODO SOBRE EUROPA EN EL CONTEXTO ACTUAL

Europa, y España en ella, tiene hoy ante sí una gran tarea. Es una tarea fundamental, porque lo que está en juego en esta hora es nuestro futuro, la misma existencia de Europa como identidad espiritual y cultural. Por eso no es posible dejar pasar irresponsablemente la llamada de la hora que estamos viviendo sin correr un inmenso riesgo. Podría definirse la tarea que hoy se abre ante nosotros como una "rehabilitación de lo humano" (1), de lo más específicamente humano, es decir, de la libertad y del amor.

Necesidad de reconstrucción humana y moral

La forma que asume esa tarea, en el Este como en Occidente, es la de un gran esfuerzo de reconstrucción humana, moral y social. Mucho de lo que ha servido como punto de referencia para las sociedades europeas en estos dos últimos siglos ha sido puesto en cuestión, se ha derrumbado por su propio peso, o manifiesta una fragilidad notoria, que consigue encubrir a duras penas su falta de credibilidad (2). Conceptos fundamentales de la vida social y política que parecían inamovibles hace apenas unas décadas, se ven hoy sometidos a duras críticas o desaparecen silenciosamente del ho-

(*) Celebrada en Madrid, 18-23 de mayo de 1992.

(1) La expresión está tomada de la obra de J. Ratzinger, *Svolta per l'Europa? Chiesa e modernnità nell'Europa dei rivolgimenti,* Roma, ed. Paoline, 1992, p. 127.

(2) Cf. Sínodo especial para Europa, *Declaración final,* n. 2.: "El colapso del comunismo pone en crisis todo el itinerario cultural, social y político del humanismo europeo, en cuanto que está marcado por el ateísmo, no sólo en su forma marxista, y demuestra con hechos, no sólo con principios, que no se puede separar la causa de Dios de la causa de los hombres". Cf. ya las obras de H. de Lubac, *Le drame de l'humanisme athée,* Paris, ed. Spes, 1944; *Athéisme et sens de l'homme,* Paris, ed. du Cerf, 1968. La puesta en cuestión radical de la racionalidad de la historia y del humanismo europeos la llevaron a cabo en primer lugar Nietzsche, y desde otra perspectiva, también Kierkegaard. Luego el existencialismo de entreguerras recogió en parte la herencia de Nietzsche. Pero el movimiento existencialista no supo o no pudo superar las tendencias individualistas y nihilistas que había en él. Por ello se vio finalmente absorbido por el marxismo, que redujo la crisis del hombre europeo, denunciada por la filosofía de la existencia, a crisis del intelectual pequeño burgués. También la llamada "Revolución del 68" ha sido básicamente absorbida y domesticada por la sociedad de consumo. A estos tres momentos de la crisis de la modernidad antes de los acontecimientos del 89, habría que añadir la crítica de la escuela de Frankfurt, y el impacto de hechos como la guerra de Vietnam, o el peculiar desarrollo de los medios de comunicación. En el Este, habría que señalar los seminarios filosóficos de Leningrado y Moscú, los movimientos como "Carta 77" en Checoslovaquia, la literatura del "Samizdat" y, sobre todo, el nacimiento del sindicato polaco "Solidarnosc".

rizonte cultural. La fundamentación de los valores morales y del comportamiento humano aparece, cuando menos, incierta, y con ello se debilitan también los cimientos de la convivencia social. La violencia, en cien formas diferentes, se instala en la vida cotidiana, falsea las relaciones de la persona consigo misma y con sus semejantes, y genera un progresivo desinterés de las personas por la construcción de una "politeia" humana. Hasta la tarea de construir seriamente la propia vida pierde interés. Como no se espera gran cosa de la vida, la felicidad se hace consistir en la evasión, y se confía la realización de la vida a la suerte, o a la magna industria del entretenimiento. Aspectos parciales y secundarios de la vida ocupan el lugar central en el trabajo, en las preocupaciones y en la conversación.

Diferencias entre Oriente y Occidente

Este fenómeno tiene, qué duda cabe, matices y tonalidades bien distintas en el Este de Europa y en Occidente. Allí se trata se reconstruir casi por entero una vida social, económica y política más sana, a partir de las ruinas dejadas por un sistema que ha destruido casi todo, puesto que había ocupado todos los espacios de la vida social y de la conciencia. Al caer, el sistema ha dejado de golpe al descubierto toda la arbitrariedad que se escondía detrás de su vacío discurso de modernidad y de progreso. Vacío, ésa es la palabra. Un vacío que está en sí mismo lleno de riesgos imponderables, y que no es posible llenar con las viejas ideas que lo han provocado.

Entre nosotros la situación es y no es distinta. También aquí la palabra vacío viene espontáneamente a los labios, aunque se trata de un vacío en parte diferente. El rasgo más característico consiste acaso en un desasosiego espiritual cada vez más profundo, que, en medio del bienestar económico, hace surgir la desesperación y el desencanto, una especie de violencia profunda frente a la realidad. Ningún sistema social necesita tanto como el democrático de un sólido soporte moral, pero cuando la persona humana y la sociedad intentan comprenderse a sí mismas en el horizonte cerrado de la pura inmanencia, se dificultan notablemente la posibilidad de tenerlo, y así corren el riesgo de minar, no sólo la imagen y la credibilidad, sino el propio fundamento de la democracia. La desatención a la verdad de la ley moral, inscrita en el corazón del hombre, no es menos peligrosa para la vida humana que la desatención a las leyes físicas o a las de la salud corporal. La libertad es el bien más grande de la persona, la condición necesaria del amor. Pero hay un cierto modo de entender la libertad que es destructivo, tanto para la persona como para el cuerpo social. La persona humana comprende cada vez menos por qué ha de tomar en serio y actuar responsablemente para con unas instituciones que no parecen tomarle muy en serio a ella, ni se muestran particularmente responsables con la verdad.

Las grandes cuestiones

En uno y otro caso, es ineludible una tarea de reconstrucción que, empezando por la persona humana y la familia, llegue a todos los ámbitos y a todas las instituciones de la vida social. No veo, honestamente, cómo esa reconstrucción indispensable pueda llevarse a cabo sin que se planteen de nuevo en los foros públicos algunas cuestiones absolutamente fundamentales: cuál es el sentido de la vida humana; cuál es el fundamento, el alcance y los límites de los valores morales; quién tiene la autoridad para determinarlos o determinar su aplicación y en virtud de qué; qué es el mal, y qué puede hacer el hombre contra él; qué valor tiene la religión para la vida, también para la vida política y la convivencia social. Más aún, no veo cómo sería posible plantear de nuevo estas preguntas de un modo útil para los hombres si no es con referencia a una comunidad de hombres y mujeres cuya forma de vida contenga la respuesta a tales preguntas, y que esté lealmente dispuesta a confrontar su experiencia con otras respuestas existentes o posibles (3). La actual actitud dominante de inhibición ante estas cuestiones, fundamentales para el futuro de Europa y del mundo, hace casi imposible toda verdadera reconstrucción social, y sólo puede conducir a la repetición insensata de los errores del pasado, o al aumento progresivo de la violencia y del desconcierto moral.

El Sínodo sobre Europa como acontecimiento

En este contexto es en el que hay que comprender la celebración de la Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos, celebrada en el mes de diciembre pasado. El acontecimiento en sí mismo tiene una singular significación. En esta asamblea se han podido reunir, en efecto, por pri-

(3) El tema del sujeto de la Doctrina Social de la Iglesia fue uno de los motivos centrales de la crítica de Gustavo Gutiérrez a la Doctrina Social en su *Teología de la Liberación* de 1972. La Doctrina Social —decía entonces Gutiérrez— es ideológica, porque no tiene un sujeto que la verifique en la historia, y eso la hace totalmente ineficaz. El Magisterio reciente, en cambio, pone cada vez más en primer plano el tema del sujeto, de modo que la Doctrina Social aparece como la experiencia del pueblo de Dios en su caminar por la historia, su modo peculiar de comprender la realidad y de incidir en ella, la manera cómo el Evangelio se encarna en la trama de la vida y la historia concreta de los hombres. Cf. Rocco Buttiglione, "Para leer la *Centesimus annus*", en *Communio. Revista católica internacional* 13 (1991), 389-405.

mera vez en todo este siglo, los pastores de las Iglesias del Este, del Centro y del Oeste de Europa, para ayudarse a comprender juntos el significado de los acontecimientos vividos en este siglo por cada una de las Iglesias, intercambiar los dones y las experiencias de cada una, y afrontar juntos la tarea de la Iglesia en esta coyuntura de la historia, tan particular y tan nueva.

El Sínodo, dice la *Declaración final,* es sólo "el primer paso de un camino que tenemos que continuar sin interrupción" (4). Pero se comprende a la vez que Juan Pablo II haya dicho, en más de una ocasión, que el primer objetivo del Sínodo era "el Sínodo mismo". El Sínodo mismo, el mero hecho de su celebración, es un acontecimiento cargado de esperanzas para la Iglesia y para la sociedad europeas, un hecho providencial. Acaso ninguna otra institución europea podría todavía reunir en torno a una misma mesa de trabajo, y en un clima de comunión de criterios tan grande, a representantes de todos los países europeos. Por ello el Sínodo representa, por sí mismo, un momento de vital importancia en el largo y sin duda difícil camino hacia la unidad de Europa. Quiero decir, hacia una unidad que no esté fundada sólo en los intereses políticos o económicos. Los intereses son cambiantes y, por sí solos, si no hay un fundamento más profundo para la solidaridad. Una verdadera unidad entre los pueblos de Europa, para ser algo más que una quimera, ha de construirse sobre la búsqueda de la verdad de la persona, único fundamento posible al respeto por la identidad y los derechos de los hombres y de los pueblos. Es decir, ha de construirse sobre la posibilidad de una respuesta verdadera a las cuestiones de fondo que han sacudido dramáticamente, en estos dos últimos siglos, la cultura europea.

Dificultades para la comunión

Europa tiene hoy en su carne muchas cicatrices. Como en el relato de los primeros capítulos del libro del Génesis, a la ruptura con Dios ha seguido inmediatamente la envidia, el odio y la muerte entre los hermanos (5). La armónica sociedad prevista por la Ilustración como fruto de un abandono de los "prejuicios" cristianos, y de una aplicación sistemática de la razón inmanente, nunca ha llegado. Más aún, ha dejado tras de sí una larga secuela de mentiras y de odios, de destrucciones y guerras. Esta problemática no afecta sólo al mundo que estuvo dominado por el marxismo, porque el ateísmo y el materialismo práctico, que llevan dentro de sí el mismo error antropológico que el marxismo, están muy difundidos en todas partes, quizás más aún en nuestro mundo occidental que lo estuvo nunca el marxismo en los países del Este. "Realmente toda Europa se encuentra hoy ante el desafío de tomar una nueva decisión a favor de Dios" (6).

Es verdad que existe en Europa, en este final del siglo XX, y sobre todo en las generaciones más jóvenes, un sincero deseo de unidad (7), pero no es posible ignorar las dificultades históricas que existen para que esa unidad pueda ser una realidad efectiva. La comunión, en su doble vertiente de comunión con el misterio de Dios, en cuanto origen y meta de la vida, y de comunión con todos los hombres, es acaso la aspiración más profunda de la persona humana. A su vez, la comunión es el modo de ser de la Iglesia, su estructura más íntima, el signo temporal y visible de la participación de los hombres en la vida divina. Pero la comunión tiene, en Europa y en el mundo, muchas barreras. La Iglesia es cada vez más consciente del papel que ha jugado la ruptura de la comunión en las Iglesias de Europa durante este segundo milenio, no sólo en la descristianización, sino también en el drama que han estado viviendo en los últimos siglos la conciencia europea y los pueblos de Europa.

No basta con la caída del muro

Algunas de las barreras más poderosas y violentas para la realización de la unidad entre los pueblos de Europa han caído junto con el muro de Berlín y el llamado "telón de acero". Pero sería una ingenuidad pensar que basta con la caída de estas barreras materiales —que no eran ni son las únicas existentes en Europa— para realizar automáticamente la anhelada unidad, y para que los pueblos crezcamos en aprecio mutuo, en respeto y en solidaridad. La unidad y la convivencia sólo serán posibles si surge, en el horizonte presente de la historia europea, un sujeto social capaz de construirlas pacientemente, porque su experiencia de vida y su respuesta a los interrogantes fundamentales del hombre le hacen capaz de amar a toda persona humana en tanto que persona, partícipe del mismo misterio y de la misma vocación, por encima de cualquier otra determinación de raza, cultura y religión, pueblo, clase social o adscripción política.

El Sínodo ha sido la expresión más clara de la comunión entre los cristianos de Europa que es posible hoy. "Un fruto del Espíritu Santo", han dicho

---

(4) Sínodo especial para Europa, *Declaración final,* proemio.
(5) Cf. Gen 3-4.
(6) Sínodo especial para Europa, *Declaración final,* n. 1.
(7) Cf. Juan Pablo II, *Discurso en la clausura de la Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos* (13-XII-1991), n. 1, en *Ecclesia,* n. 2559 (21-XII-1991), p. 17.

los Padres Sinodales (8). Y a la vez ha tratado de impulsar esa comunión, para facilitar que surja ese sujeto que Europa y el mundo necesitan, a la medida de los retos y los riesgos de la hora actual, y teniendo en cuenta sin ninguna clase de censuras lo que la experiencia de estos siglos nos ha enseñado a todos. En esto precisamente consiste su grandeza como acontecimiento.

II. PRECISIONES SOBRE LA NUEVA EVANGELIZACION

La temática del Sínodo, sus preocupaciones de fondo, hasta el hecho mismo de su celebración, están estrechamente vinculados con la urgencia que hoy experimenta la Iglesia de emprender una nueva evangelización. La nueva evangelización es el modo católico de responder a la condición actual de nuestra sociedad, la aportación específica de la Iglesia a esa ineludible tarea de rehabilitación de lo humano en la humanidad misma de los hombres.

Densidad de la idea de nueva evangelización

El concepto de "nueva evangelización", cuya historia se ha descrito ya muchas veces, encierra más de lo que generalmente se supone. Es un concepto riquísimo, cargado de supuestos y consecuencias; un concepto que acaso expresa como ningún otro la conciencia que la Iglesia tiene hoy de la situación del mundo y de su situación en el mundo, así como de su misión. Por ello importa mucho no hacer de él un "slogan" vacío, que sirve para todo, sino tratar de comprenderlo en todo su espesor.

1. Restauración del pasado o testimonio de Jesucristo

No es una restauración del pasado

Antes de nada, me parece útil tratar de deshacer algunos equívocos, que contribuyen no poco a que "la nueva evangelización" se entiende a veces mal. Por una parte, sobre todo desde fuera de la Iglesia, pero en ocasiones también desde dentro, se piensa que la nueva evangelización encubre más o menos subrepticiamente el deseo de recuperar privilegios que la Iglesia tuvo en el pasado, o de imponer a la sociedad plural de hoy los valores propios de la fe. Esos valores han regido la sociedad europea en otros momentos de la historia, cuando la sociedad era cristiana, o cuando, habiendo ya en parte dejado de serlo, todavía la Iglesia, o más bien, la jerarquía de la Iglesia, disponía de una cierta cuota de poder en el terreno propiamente político.

Textos magisteriales del más alto nivel ponen en guardia a la misma Iglesia del riesgo que supone comprender así la nueva evangelización (9). La Iglesia sabe bien que la historia no se repite, pero además, ella misma, la fe cristiana y hasta la sociedad han pagado demasiado caras esas situaciones de privilegio como para pensar que tales situaciones dan solidez a la experiencia de fe o al anuncio cristiano. No. Lo único que la Iglesia reclama, como un derecho del que por desgracia se ha visto privada o le ha sido restringido con frecuencia en los últimos tiempos, en ocasiones y en latitudes diferentes, es la libertad de vivir plenamente la Redención de Jesucristo, de expresar públicamente la luz que la Redención arroja sobre la realidad y sobre la vida, y de proponerla también libremente a los hombres.

Las raíces cristianas de Europa

El Sínodo y otros documentos de la Iglesia emplean la expresión "raíces cristianas". La expresión es legítima, porque si bien es verdad que "Europa y Cristianismo no coinciden" (10), ni han coincidido nunca del todo, también lo es que la matriz cristiana ha sido lo que ha dado su impronta peculiar a la "humanitas" europea. Hasta cuando ciertos sectores de la modernidad se apartaban de la Iglesia, los valores que defendían —la solidaridad, la justicia, o la libertad— eran valores de cuño cristiano. Esos valores habían penetrado las capas más profundas de la conciencia europea al hilo de la consideración de la persona humana surgida en la experiencia de la Iglesia. Esto vale también para la propaganda marxista, cuyo impacto social se ha debido, sobre todo, a la instrumentación de algunos valores cristianos hondamente arraigados en el pueblo. Puede añadirse que una de las enseñanzas de la historia reciente es que la evidencia de

---

(8) Sínodo especial para Europa, *Declaración final,* proemio.

(9) Así, la reciente encíclica *Centesimus annus,* refiriéndose a cómo la Iglesia ha ido expresando su pensamiento y ha seguido de cerca la evolución de la cuestión social en estos cien años, dice que "esto no lo ha hecho para recuperar privilegios del pasado o para imponer su propia concepción" (n. 53). Y el mismo Sínodo europeo, en su *Declaración final,* afirma que "Europa no debe hoy invocar simplemente su precedente herencia cristiana. Es necesario que se sitúe en condiciones de decidir nuevamente su futuro en el encuentro con la persona de Jesucristo" (n. 2), lo que es ante todo un reto y una llamada de atención a la propia Iglesia. Para que las personas y los pueblos puedan decidir de su futuro en relación con Cristo tienen que poder encontrarse con Cristo. Y para ello la Iglesia tiene que proponer ese encuentro, hacerlo posible, con toda la verdad y transparencia. "Por ello es misión urgente de la Iglesia ofrecer nuevamente a los hombres y mujeres de Europa el mensaje liberador del evangelio (...) La nueva evangelización no es el proyecto de una así llamada 'restauración' de la Europa del pasado, sino el estímulo para redescubrir las propias raíces cristianas y para instaurar una civilización más verdaderamente cristiana, y por ello, también más plenamente humana" (n. 3).

(10) Sínodo especial para Europa, *Declaración final,* n. 2.

esos valores y, sobre todo, su fuerza de imperativo moral, se difumina en la misma medida en que se diluye la experiencia viva de pertenencia a Cristo y a la Iglesia.

Así pues, las raíces cristianas de Europa son una verdad histórica, empíricamente comprobable, y apelar a ellas en este momento de confusión espiritual y cultural es algo perfectamente legítimo. Sin embargo, cabe a veces un mal uso de esta verdad que hace equívocos la idea misma y el método de la nueva evangelización. Este equívoco se produce sobre todo en los creyentes, pero provoca en los no creyentes la desconfianza hacia la nueva evangelización a que me refería hace un momento.

Una interpretación superficial

A veces, en efecto, se oye hablar de las "raíces cristianas", de Europa o de España, de un modo que supone una interpretación muy superficial de la historia. Parece, en esos modos de hablar y de pensar, como si la descristianización fuera sobre todo consecuencia de las dificultades externas a la Iglesia; dicho con otras palabras, que la descristianización tendría como causa principal el que los cristianos han perdido los centros de poder, sobre todo del poder cultural. Se piensa, ingenuamente, que por debajo de la imagen exterior de nuestra sociedad se halla un pueblo cristiano intacto, un cristianismo que sería "el de siempre". Y en consecuencia, que bastaría con la desaparición de la escena política de los adversarios de la Iglesia, para que ese pueblo cristiano volviera a florecer con todo su esplendor. En la misma clave, cuando los textos magisteriales o pastorales de la Iglesia invitan a los cristianos a hacer presente su fe en el mundo de la cultura, o en la vida pública en general, se entienden esos textos como una invitación a que los cristianos ocupen esos mismos puestos de poder, con el supuesto implícito de que eso bastaría para que nuestras sociedades vuelvan a ser cristianas.

Que nos dificulta para ver el fondo de los problemas

Sin duda hay en las sociedades modernas, como algo casi inherente a ellas, un cierto componente de intolerancia, que tiende a limitar la libertad de expresión pública de la fe, y que a veces incluso la suprime violentamente. Pero cuando los cristianos damos a entender que atribuísmo primariamente a esa intolerancia las dificultades de la fe para abrir nuevos horizontes a los hombres, manifestamos una notable falta de conciencia histórica y un verdadero desconocimiento de nuestra situación en el mundo. Sobre todo, mostramos una desconfianza tal de la fuerza redentora de Cristo, que acaso nosotros mismos seamos, y precisamente por esto el mayor obstáculo de la nueva evangelización. Con esta manera de pensar, además, nos ocultamos a nosotros mismos nuestros verdaderos males. Estos males no provienen de fuera de la Iglesia, sino de nosotros mismos. Lo sorprendente no es que el mundo sea mundo —¿qué otra cosa podría ser, si no ha conocido a Cristo?—, ni que el mundo (en el sentido en el que el evangelista San Juan empleaba el término) se oponga al Evangelio. Lo sorprendente es que, si Jesucristo es quien la Iglesia cree que es, nosotros los cristianos demos un testimonio tan vergonzante de El y de la Redención (11). Es ahí donde hemos de buscar principalmente el origen de nuestros males: en la debilidad religiosa de nuestra fe, y en su falta de convicción y de ardor; en su dependencia con respecto a posiciones o sistemas ideológicos y en su alejamiento de la vida real de los hombres; o en la fragilidad de nuestra comunión eclesial. La peor consecuencia de ese modo de pensar que atribuye la descristianización principalmente a causas "políticas", externas a la vida de la Iglesia, es que así nos evitamos a nosotros mismos la súplica, la conversión y la transparencia del testimonio de Cristo, que son el indispensable camino de la evangelización. Todos nuestros complejos análisis de la situación podrían ser inútiles si se nos escapara este dato fundamental: el comienzo de toda evangelización es el testimonio de una vida que ya está siguiendo al Señor, de una vida en vías de conversión (12).

La conciencia de la Iglesia antigua

Echando una mirada a la primera evangelización, se ve a simple vista que la Iglesia de los primeros siglos carecía de tantas instituciones, proyectos pastorales y tradiciones intelectuales como tenemos nosotros. Las dificultades para la difusión del cristianismo en el mundo antiguo no eran menores que las de hoy, ni entonces resultaba menos chocante la fe cristiana a la cultura que dominaba el mundo, una cultura con una fuerte conciencia de

---

(11) Cincuenta años después de que fueran escritas, las provocadoras páginas de G. Bernanos en 1938, en su famosa "Predicación de un ateo a los cristianos en la fiesta de Santa Teresa de Lisieux", guardan toda su fuerza profética, y gran parte de su frescura. Cf. G. Bernanos, *Les grands Cimetières sous la lune,* en *Essais et écrits de combat,* vol. I, Bibliothèque de la Plèiade Paris, Gallimard, 1971, pp. 508-524. Versión española, *Los grandes cementerios bajo la luna,* Madrid, Alianza Editorial, 1986, pp. 175-190.

(12) Cf. Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi,* n. 41; Juan Pablo II, Encíclica *Redemptoris missio,* nn. 42-43. Juan Pablo II ha descrito la misión como "comunicar al otro las razones de la experiencia misma de la propia conversión", *Carta a Mons. Cordes, con motivo del III Congreso Internacional de Movimientos Eclesiales, Bratislava, 1-4 de abril de 1991.*

su superioridad y orgullosa de sí (13). Y, sin embargo, es imposible no maravillarse de la imponente capacidad misionera de aquella joven Iglesia. Esa capacidad se apoyaba sólo en la pertenencia a Cristo resucitado, en la certeza de participar de su herencia, y en la novedad moral —sobre todo, la comunión y el amor— que esa pertenencia y esa certeza generaban, a pesar de los pecados y debilidades de los cristianos. Más aún, cuando los textos de la Iglesia antigua nos dan a conocer la actitud con que los cristianos veían las dificultades externas de la Iglesia, se ve que no las temían, por lo general al menos (14). Eran semejantes a las que había tenido su Señor crucificado, y estaban anunciadas con toda claridad en el Evangelio. Más bien pensaban que tales dificultades eran ocasión de purificación y crecimiento de la Iglesia. Al único que temían era al que "puede arrojar alma y cuerpo a la gehenna" (15). Dicho de otro modo, hasta las mismas persecuciones no les parecían males, sino una particular gracia que les permitía testimoniar hasta qué punto Cristo es, para quien lo ha conocido, un bien mayor que la misma vida. El único mal, el mal verdadero, consiste en apartarse de la comunión y de la gracia de Cristo (16).

No buscar la solidez de la fe en apoyos externos a la fe misma

Esta sencilla reflexión basta para ponernos ante los ojos algunas diferencias básicas entre la conciencia de la Iglesia antigua y la nuestra. Buscar la seguridad de la fe o la posibilidad de una auténtica propuesta misionera en apoyos que no provienen de la fe misma, sino de un ambiente cultural o social favorable, o del sostenimiento de la Iglesia por parte de los poderes públicos es, cuando menos, una confesión de la debilidad de nuestra fe, y una señal inequívoca de que la nueva evangelización ha de empezar por nosotros mismos. La descristianización de Europa tiene muchas causas, pero ciertamente no se habría dado sin una cierta debilidad cultural de los cristianos, que hemos cedido a la falsa alternativa que la modernidad planteaba al cristianismo. Este tenía dos posibilidades: o bien disolverse en el mundo, identificándose con alguna de las filosofías o ideologías dominantes en el momento, o bien preservar su identidad encerrada "tras los bastiones" (17), renunciando a su significiado para la humanidad de los hombres, que quedaba así, también de este modo, orientada por las filosofías o las ideologías de turno. Ninguna de las dos hipótesis le permite al cristianismo ser él mismo, la Iglesia que nació del costado de Cristo, sacramento de salvación para los hombres. En las dos, aunque de modo diferente, renuncia el cristiano a su identidad, y en las dos pierde su interés.

Dos actitudes correlativas

Ciertamente en las últimas décadas el riesgo ha estado más bien del lado de la primera hipótesis. La tendencia a la disolución del catolicismo es bien visible en ciertos abusos y carencias de la liturgia —pienso sobre todo en ciertas comprensiones reduccionistas de la Eucaristía o en la relajación bastante generalizada del sacramento de la penitencia—; en las lagunas de la catequesis, la educación católica y la predicación; y, sobre todo, en la vida, en el lenguaje y en el obrar de los cristianos. La casi inexistencia entre nosotros de iniciativas que pongan en práctica la Doctrina Social de la Iglesia, o de un decidido testimonio cristiano en el ámbito empresarial, laboral y sindical es una suficiente prueba de ello, como lo es la debilitación progresiva de la vida familiar.

Sería, sin embargo, un error responder a estos riesgos evidentes con una recaída en la segunda hipótesis, la del repliegue defensivo de la Iglesia, que no es menos "moderna" y más "católica" que la primera, sino más bien su estricto correlativo. El pietismo fideísta ha acompañado siempre, en la historia moderna de la Iglesia, al racionalismo; ambos se justifican y se generan mutuamente. El camino es más bien el que, desde hace ya casi medio siglo, viene señalando el magisterio de la Iglesia, desde el Concilio hasta la reciente encíclica *Redemptoris missio:* es preciso superar la dicotomía

---

(13) La actitud del paganismo greco-romano ante el hecho cristiano puede verse en la obra *De morte Peregrini* de Luciano de Samosata; en el *Discurso verdadero* del filósofo Celso, o, más tardíamente, en las obras del emperador Juliano o en las del filósofo Libanio de Antioquía.

(14) Basta leer las cartas de Ignacio de Antioquía, las *Actas* auténticas de los mártires, la bellísima *Pasión de Perpetua y Felicidad,* o la *Exhortación al martirio* de Orígenes. Los Padres vinculaban la gracia del martirio estrechamente con la Eucaristía (de ahí la costumbre, cargada de contenido simbólico, de celebrar la Eucaristía sobre el sepulcro de los mártires) y, por tanto, con la muerte de Cristo. Sin duda no es casual que Juan Pablo II, en el Discurso de clausura del Sínodo, haya subrayado el significado fuerte de la palabra "testimonio", transcripción del griego "martyrion", una palabra que nosotros usamos constantemente, pero devaluada en su contenido, cf. *Discurso en la clausura de la Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos* (13-XII-1991), n. 2, en *Ecclesia,* loc. cit. p. 18.

(15) Mt 10,28.

(16) Cf. S. Agustín, *Confesiones,* 1.13, c. 8, n. 9: "Sólo sé una cosa: que me va mal lejos de ti, y no sólo fuera de mí, sino incluso en mí mismo. Y que toda riqueza que no es Dios, es pobreza".

(17) "Derribar los bastiones" es el título de una obra del joven Hans Urs von Balthasar *(Schleifung der Bastionen,* Einsiedeln, 1952).

entre identidad y apertura, entre la fe en Jesucristo y en la Iglesia y la preocupación por el hombre.

Ahondar en el misterio y acercarse al hombre real

Y el modo de superar estas dicotomías no puede ser sino el que indican los mismos textos del Magisterio, en los que se plasma "lo que el Espíritu dice a las Iglesias" (18): un ahondar, y quizás también un convertirse, al misterio de Cristo Redentor y de la Iglesia, de modo que percibamos de nuevo el significado que la persona de Jesucristo y la comunión de la Iglesia tienen para el hombre concreto, para la persona humana en su verdad más profunda y en todo su entramado histórico y social. De modo que el hombre vuelva a ser el camino de la Iglesia, y así Jesucristo, en la Iglesia, pueda ser percibido de nuevo como compañía y esperanza para el hombre.

2. Lo "nuevo" en la nueva evangelización

Si estas reflexiones son correctas, de ellas se deduce que la nueva evangelización no puede consistir tan sólo en anunciar de nuevo el Evangelio. Siendo esto verdad, semejante formulación, por demasiado vaga y general, corre el riesgo de no dejarnos percibir en toda su hondura la novedad de la tarea. ¿En qué consiste esa novedad? ¿Acaso no basta con decir que la Iglesia debe evangelizar, que ésa es su misión y su razón de ser? ¿Por qué la evangelización ha de ser "nueva"?

El nuevo destinatario de la evangelización

En primer lugar, porque el destinatario de ella es nuevo. En Europa al menos, ese destinatario es el hombre postcristiano. Pienso sobre todo en el hombre de las grandes ciudades, aunque el fenómeno alcanza cada vez más al ambiente rural. Es un hombre que, o bien cree conocer el cristianismo, y ha perdido interés por el cristianismo tal y como lo ha conocido, o bien ya no lo conoce en absoluto, y no sería capaz de distinguirlo de cualquier otra religión o de una secta. En todo caso, se trata de un hombre que en buena medida ha perdido el sentido —y hasta el lenguaje— para hablar del misterio de Dios, y de su propio misterio. Es el hombre de los telefilms, cuyas preocupaciones conscientes llegan pocas veces más allá de su propia piel, y que casi lo único que sabe hacer con su desasosiego moral es enfadarse con los demás y con la realidad, o tratar con todas sus fuerzas de evadirse de ella. No hay en estas descripciones ningún juicio de valor, se trata simplemente de constatar un hecho (19). Para ese hombre, la referencia fundamental desde la que entiende su vida, las situaciones y las cosas, ya no es la tradición cristiana. Tampoco se expresa ya en un vocabulario cristiano, ni siquiera remotamente.

Diferencias con el "hombre moderno"

Eso le distingue del hombre de la época llamada "moderna". El hombre moderno, aunque no fuese creyente, aunque hubiese rechazado la fe, seguía entendiendo el mundo en una clave básicamente cristiana. Hoy, en cambio, para una porción importante del cuerpo social ya no es así. Existe, evidentemente, en el hombre una profunda inquietud religiosa. Pero —y eso muestra lo paradójico de la situación—, con mucha frecuencia esa inquietud religiosa se expresa de un modo que no tiene a simple vista relación alguna con el vocabulario cristiano habitual. Y a su vez, el vocabulario cristiano habitual, elaborado en veinte siglos de cristianismo, no parece tener mucho que ver con las experiencias en las que el hombre se pregunta por el sentido y los límites del propio poder, de la propia vida, por el significado del amor, la libertad o la muerte, por la naturaleza y el origen del bien y el mal. Desde este punto de vista, por desgracia, importa poco saber si se trata de una persona que proviene del cristianismo, es decir, si conoce o cree conocer algo de la vida cristiana, o si se trata de un verdadero "pagano", porque en ambos casos su vida real, las referencias de su pensar y de su obrar, sus reacciones ante los hechos, son prácticamente iguales. Nada muestra con más realismo hasta qué punto es profunda y dramática la separación entre la fe y la vida, y hasta qué punto es preciso revisar en profundidad los principios y los métodos de nuestra pedagogía religiosa.

El sujeto nuevo de la evangelización

Para que ese hombre que no tiene ya, o no tiene apenas, vínculos con la tradición cristiana, y casi tampoco con la herencia intelectual en la que esa tradición se ha articulado, pueda percibir el anuncio del Evangelio como algo interesante para su vida real, necesita, no un discurso, sino un encuentro. Que suceda algo en su vida, que ésta sea "tocada" por la Redención de Cristo, es decir, que la Redención se le ofrezca como una posibilidad real, tangible, experimentable en la vida. Y esto a su vez

---

(18) Cf. Ap 2,7.11.17.29; 3,6.13.22.

(19) Cf. la descripción de algunos comportamientos concretos de nuestro pueblo en *La verdad os hará libres. Instrucción pastoral de la Conferencia Episcopal Española sobre la conciencia cristiana ante la actual situación moral de nuestra sociedad,* Madrid, 1990, nn. 15-20. También la descripción de la situación actual, particularmente entre los jóvenes, que ofrece la Exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis,* nn. 6-9.

requiere un sujeto nuevo que encarne la Redención en su vida. ¿Cómo ha de ser ese sujeto, en que ha de consistir la novedad de la Iglesia y de los cristianos en esta situación?

Vivir con sencillez el misterio de Cristo y de la Iglesia

La Iglesia ha de perder el miedo a su propia verdad, ha de tener el valor de recobrar la conciencia de su identidad y atreverse a ser sencilla y transparentemente ella misma. Este ha de ser, me parece, el segundo rasgo que ha de caracterizar la nueva evangelización. La Iglesia debe aprender de nuevo a reconocer y a vivir a la luz del día el misterio que hay en ella, a no encubrirlo con envoltorios ajenos como si sólo ellos pudieran conferirle fuerza o credibilidad. Ha de dejar de concebirse a sí misma en categorías que la convierten en un apéndice de la ideología de moda, y la reducen al papel de instrumento moralizador de la sociedad y del estado, o de institución benéfica para acoger a los desheredados que esta sociedad injusta produce incansablemente, sirviendo así de paso para sostener su egoismo y su irresponsabilidad. Ha de renunciar a todo esfuerzo por legitimarse a sí misma desde la oportunidad de sus iniciativas sociales, o desde eso que a veces se llama su "contribución específica" a la sociedad, y que convierte a la Iglesia en un competidor más en el variopinto mercado de los servicios humanitarios y sociales, con sus intereses propios en ese mercado. Cuantos más esfuerzos se hagan por comprender o hacer comprender la Iglesia de este modo, más se vacía ella misma de su propia substancia, y más incapaz se hace incluso de esa contribución en el terreno social. Las exigencias mismas que esta dinámica requiere la incapacitan para ello.

El camino de la Iglesia es el hombre

Esto supuesto, sería necesario, en tercer lugar, extraer hasta el fondo las consecuencias de ese principio fundamental que tanto ha repetido el magisterio reciente: "el camino de la Iglesia es el hombre". El hombre real, concreto, la persona humana que tenemos delante, con su rostro, su corazón y sus deseos, sus penas y sus alegrías, su familia y su trabajo, su historia y su destino. No el hombre de las estadísticas y los proyectos de gabinete. Tomarle absolutamente en serio, aceptarle y amarle como es y donde está, sin dar nada por supuesto, y sin ninguna pretensión sobre él, haciéndose compañero suyo en el camino de la vida. Sólo así puede hacerse la Iglesia compañía para el hombre, y puede Jesucristo ser encontrado de nuevo como luz, verdad y camino concretos de la propia existencia.

Asumir la historia

Tomarse en serio al hombre real es asumir en su integridad, sin censurarla, la historia de la Iglesia y de la sociedad en estos últimos siglos, desde que se implantó en Europa el proyecto cultural y social de la Ilustración. Hemos de asumir esa historia de modo que podamos aprender de ella, no repetir sus dolorosas experiencias. Eso significa, por no señalar sino un ejemplo, superar en el pensamiento y en lavida los hábitos del experimento idealista, que ha penetrado por todas partes la cultura europea. Significa aprender de nuevo a interesarse por la realidad, caer en la cuenta de que el pensamiento no precede a la vida, ni la legitima, sino que un pensamiento vivo y verdadero sólo puede nacer y sostenerse en una permanente tensión hacia la verdad de lo real. Haber olvidado esto le ha costado ya al mundo millones de muertos, y las destrucciones físicas y morales que todos conocemos, fruto de unas ideologías que se imponían al hombre sin confrontación con la realidad, y sin respeto por ella. No haber tenido esto suficientemente en cuenta le ha costado a la Iglesia —si se exceptúan los santos, que representan el realismo más consecuente y humano que puede darse en la historia—, el haber conservado tal vez para su uso interno un admirable pensamiento, pero haber perdido al hombre, que no sabe qué hacer con ese pensamiento, y ya no se interesa siquiera por acceder a él.

No dar nada por supuesto

Significa también —y esto supone quizás un esfuerzo particularmente grande— no dar nada por supuesto en la persona que tenemos delante, en cuanto al conocimiento de la experiencia cristiana. No hace mucho era posible, por ejemplo, hacer un razonamiento moral dando por supuesto que el decir la verdad es siempre un bien, o que la obtención de un bien superior, como la educación, podía exigir en muchos casos renunciar al placer. En otro orden de cosas, se podía hablar a los hombres de cómo el Evangelio de Jesucristo exige, por ejemplo, el perdón incondicional y sin límites, o el amor a los enemigos. Hoy, en sectores cada vez más amplios de la sociedad, estos razonamientos —verdaderos sin duda, pero que encierran dentro de sí muchos supuestos de los que nosotros mismos no somos conscientes— no funcionan de hecho. Y no funcionan porque dejan sin responder un cierto número de preguntas previas, que quien nos oye no puede menos de hacerse. ¿Por qué, por ejemplo, es preciso obedecer y seguir la palabra del Evangelio más que otras palabras? ¿Quién es Jesucristo para darle autoridad sobre mi vida, por ejemplo, si alguien ha dado muerte a un ser querido? ¿Cómo sé que El es quien la Iglesia dice que es, y qué aporta a mi vida obedecer su palabra? Y con respecto al otro ejemplo, ¿qué es el bien y qué es el mal? ¿De qué

sirve decir la verdad o renunciar al placer? ¿Por qué es un bien la verdad, y quién lo ha decidido? Y si lo es, ¿por qué tan poca gente la busca, o la dice, sobre todo cuando decir la verdad significa poner en peligro el propio bienestar o la imagen y la condición social? Al final, ¿tiene algún sentido obrar bien? ¿Qué es vivir bien? Se trata, como puede verse, casi del abecedario de la vida moral y religiosa. Pero teniendo que explicar el alfabeto a otros, pudiera muy bien suceder que nosotros mismos volviéramos a comprender de nuevo en qué consiste el cristianismo, y cuál es su significado para la vida.

El Evangelio y el lenguaje de la vida real

El Evangelio está lleno de esas preguntas simples, directas, hechas en el lenguaje de la vida real, y de respuestas no menos directas y reales. "Maestro, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?"; "Zaqueo, baja, que quiero hospedarme en tu casa"; "si conocieras el don de Dios,... tú le pedirías, y yo te daría un agua que apaga toda sed"; "¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si malogra su vida?"; "venid y lo veréis"; "tus pecados están perdonados". A menos que los cristianos podamos escuchar, comprender y responder las preguntas que se hace el hombre de hoy con la misma simplicidad y concreción, en el lenguaje —tan distinto hoy, es cierto— de la vida real, acaso no sería oportuno hablar demasiado de nueva evangelización. "Si no somos capaces de mostrar una imagen del vivir en la que también el dolor, las preocupaciones cotidianas y la muerte están llenas de significado y pertenecen a un todo más grande, entonces no podemos rehabilitar lo humano" (20).

Me parece oportuno señalar aún un cuarto rasgo de la nueva evangelización. El encuentro del mundo con el Evangelio, y sobre todo, con la persona de Jesucristo, no se va a realizar en torno a unos valores abstractos, considerados "neutrales" y evidentes para todos. No, eso es algo que aparece cada vez más claro. La nueva evangelización no puede eludir el anuncio explícito de la persona de Jesucristo (21). Lo que sucede es que ese anuncio, directo, concretísimo —"Dios te ama, Cristo ha venido por ti" (22)—, no puede tener otra forma que la de un testimonio y una invitación. No puede hacerse tampoco al margen de la trama de la vida, es decir, de los anhelos y los fracasos, las luchas, lostrabajos y las alegrías de los hombres. Pues en ese caso, por muchos que se gritara, no alcanzaría a nadie.

El cristianismo es un acontecimiento

El cristianismo y la evangelización no consisten en convencer a nadie de la verdad de un discurso o de un sistema, religioso, filosófico o moral, ni siquiera en relatar algo que sucedió una vez, en Palestina, a unos hombres de hace casi dos mil años. El cristianismo consiste en que suceda hoy, en la vida de los hombres, aquello mismo que les sucedió a Zaqueo, a la Samaritana, a Leví y a la pecadora perdonada, a Pedro, a Andrés y a Juan, al paralítico de la piscina y al ciego de nacimiento. Cuando un hombre puede decir con verdad: "Yo sólo sé que antes no veía y ahora veo", o "nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es el Salvador del mundo", entonces sucede el cristianismo. El contenido entero de la fe de la Iglesia, sus dogmas, no son ante todo un hermoso edificio intelectual. Son el testimonio razonado de la experiencia de la Iglesia, y la formulación sistemática de las condiciones de posibilidad de este milagro de misericordia, que se ha dado innumerables veces desde que Jesucristo vivió entre nosotros en la carne, y que se sigue dando hoy entre nosotros. Si algo así puede suceder, si de hecho sucede, es porque Cristo vive, y vive en la Iglesia, en este cuerpo lleno de fragilidades que somos nosotros. Y si Cristo vive es porque es el Hijo de Dios, el Redentor y la esperanza del hombre. El nuevo sujeto de la evangelización sólo puede ser un pueblo que lleve en su carne las señales de la Redención, cuya comunión y cuya vida entera, por encima de cualquier debilidad de las personas, sea testimonio de que la Redención ha sucedido en ellos. Digo que ha de ser un pueblo, porque la mera yuxtaposición de un grupo de individuos, por muy numerosos que fuesen o bien organizados que estuviesen, no bastaría: el anhelo de comunión, y de una comunión que abarque a todos los hombres, está de tal manera trabado en el ser mismo del hombre y en la historia de sus frustraciones —en la creación y en el pecado— que sin un testimonio visible y permanente de esa comunión no es posible testificar la Redención como un acontecimiento real.

Unidad y alegría nuevas

La tarea del cristianismo, es decir, de los cristianos, consistiría sobre todo en vivir y ofrecer a los hombres una unidad y una alegría nuevas, que no son de este mundo. La urgencia de la hora presente nos impulsa a buscar, ante todo, lo esencial: que los hombres conozcan al Padre y a Cristo, su enviado; que todos nuestros hermanos entren a formar parte de la comunión entre el Padre y el Hijo en el

(20) J. Ratzinger, *Svolta per l'Europa?,* op. cit. p. 127.
(21) Cf. Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi,* n. 22; Juan Pablo II, Encíclica *Redemptoris missio,* nn. 5-6; 17-19.
(22) Sínodo especial para Europa, *Declaración final,* n. 3.

Espíritu (23). El fruto de ese conocimiento de Cristo y de esa comunión es, como nos recuerda la liturgia de estos días de Pascua, "la alegría incesante por la actualización repetida de nuestra Redención" (24).

III. EN LOS CONFINES DE LA VIDA Y DEL EVANGELIO

La experiencia de la Redención de Jesucristo, ardiente y gozosamente vivida en la Iglesia, y testimoniada en el mundo, contiene en sí una respuesta a algunos de los interrogantes más hondos que se plantean los hombres en la hora actual, y puede, por tanto, contribuir decisivamente a la construcción de un futuro más humano en España, en Europa y en el mundo. Voy a señalar tres puntos que me parecen centrales: la fundamentación de la vida moral, la experiencia de la libertad y el ministerio de la comunión. En realidad, no se trata de añadir "tres motivos" nuevos a los que acabo de describir como tarea esencial de la evangelización. Son más bien tres puntos en los que confluyen, por una parte, los interrogantes culturales más acuciantes para el hombre de hoy, y por otra la conciencia y la misión de la Iglesia. De lo que se trata, además, no es sólo de ofrecer formulaciones teóricas o sistematizaciones abstractas que permitan vislumbrar una salida constructiva al *impasse.* Lo que las comunidades católicas han de dar es un testimonio concreto en la vida cotidiana que muestre existencialmente el valor para la vida de la experiencia de la Iglesia, en relación con estas cuestiones que el hombre de hoy no puede eludir sin destruirse, y sin destruir algunos de sus bienes más preciosos.

1. La fundamentación de la moral y del derecho

Crisis de la conciencia moral

Decía al comienzo, cuando describía el panorama europeo en esta hora, que la fundamentación de los valores morales y del comportamiento humano aparece, cuando menos, incierta, y que con ello se debilitan los cimientos de la convivencia social. La Instrucción pastoral de la Conferencia Episcopal Española *La Verdad os hará libres* señalaba lúcidamente los aspectos más importantes de esa crisis moral, de los que ahora recuerdo algunos: la pérdida de vigencia social de criterios morales fundamentales, la difusión de una moral de situación y el clima de permisividad total, la mentalidad pragmática por la que el fin justifica los medios, la privatización de la moral (25).

Los hombres llevamos dos siglos intentado construir la ciudad terrena al margen de Dios, y parece como si, a medida que Dios ha sido expulsado de nuestro horizonte, hubieran crecido las dificultades para fundamentar las pautas del comportamiento individual y social. La pura racionalidad ética inmanente (liberal o marxista) se muestra cada vez más incapaz de esta fundamentación, y no faltan voces que ya proclaman abiertamente la imposibilidad de toda fundamentación racional de las actitudes morales. Quedaría como única salida una consideración de los comportamientos humanos en la que ninguno es superior a su contrario, y donde no se admite una instancia capaz de valorarlos. En las relaciones públicas o privadas, el otro es amenaza o freno de la propia libertad; carece de autoridad para limitarla, y por eso, se llega, cuando más, a un control recíproco de carácter utilitario, para poder convivir. La plenitud del individuo y la de la comunidad aparecen como incompatibles. Se comprende sin dificultad que una postura semejante imposibilita a la larga la construcción de un verdadero bien social, atento a todas las dimensiones de la persona.

La tentación del positivismo jurídico

En una situación así, en que los fundamentos morales han quedado desdibujados, surge con más facilidad la tentación de sustituir, en el orden jurídico y político, la moral por el derecho. Es la opción del positivismo jurídico. A falta de criterio moral objetivo, la norma jurídica se hipertrofia y pretende ser la instancia última que dictamina sobre la legitimidad de los comportamientos. Sin embargo, la norma jurídica no se fundamenta en sí misma de modo absoluto. Su legitimidad reposa últimamente en el carácter inalienable de la persona humana y de sus derechos fundamentales (26).

---

(23) Cf. Jn 17,3; 1 Jn 1,3.

(24) Misal Romano, *Oración sobre las ofrendas,* IV Domingo de Pascua.

(25) Cf. *La verdad os hará libres,* nn. 7-13.

(26) Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et spes,* n. 79; *La verdad os hará libres,* n. 32; *Declaración Universal de Derechos Humanos* (10 de diciembre de 1948) 5, § 2. Se puede ver también el documento *De Dignitate necnon de Iuribus Personae Humanae* de la Comisión Teológica Internacional (1983). Las democracias más vivas y sólidas de Occidente, como han sido las de Estados Unidos y Alemania, al menos en sus momentos fundacionales, fundaban la legitimidad de sus ordenamientos jurídicos en valores incondicionales, no escritos, que escapan a la manipulación de los hombres, y que son más decisivos para la salud del sistema democrático que todo el derecho positivo. Para América, cf. la obra clásica de Alexis de Tocqueville, *La Democracia en América* (ed. crítica), 2 vols. Madrid, ed. Aguilar, 1989. Entre los numerosos pensamientos que podrían citarse, señalo éste: "El despotismo puede pasarse sin la religión, pero no la libertad". Cf. vol. I, p. 279 nota. Para Alemania, cf. Behrendt, E.L. *Gott im Grundgesetz. Der vergessene Grundwert "Verantwortung vor Gott",* München, 1980. Tampoco convendría olvidar que el positivismo jurídico ha sido el sistema legal del nazismo y, de otro modo, también el de los regímenes marxistas. En este sistema, al final, la norma jurídica no contiene ninguna racionalidad. Es pura arbitrariedad, pura expresión de la voluntad de poder.

Dios, fundamento de la dignidad de la persona y de los valores

La dignidad de la persona ha sido interpretada de maneras muy distintas, casi contradictorias; por eso es útil recordar que no consiste en una autonomía absoluta (27), sino en una autonomía relativa, cuyo fundamento es la relación del hombre con el Misterio trascendente (28). La cima de la dignidad del hombre y de su razón es la apertura al Infinito, al Misterio que lo constituye. Sólo cuando cada individuo libre reconoce, con un agradecimiento confiado, que Otro (con mayúscula) es el Autor del don de su existencia, sólo entonces afirma en todas sus dimensiones su dignidad, y se hace así posible fundamentar los comportamientos sociales de manera que la contribución al bien de la comunidad sea, a la vez, un crecimiento de la propia libertad (29). Cuanto más se oscurece en la conciencia y en la sociedad esta relación con el Misterio que lo constituye, tanto más difícil le resulta al hombre percibir la vida como algo interesante, percibir su propia dignidad, y dar un fundamento adecuado a los valores que sostienen la convivencia.

Jesucristo, arquetipo de lo humano

Los cristianos saben que la imagen perfecta del hombre, su plenitud, no es un ideal inalcanzable, sino que ha entrado en la historia. Jesucristo, el Hijo de Dios, es a la vez el hombre perfecto, y se ha hecho históricamente cercano a todos y cada uno de los hombres en la Encarnación (30). Jesucristo es el arquetipo y la meta de la realización humana. Desde entonces, la tensión de lo humano hacia su perfección ya no es "utópica" (es decir, "sin lugar"), sino que es, por pura gracia, la tensión hacia la plenitud concreta representada por Jesús de Nazaret, y ofrecida a los hombres en la participación de su Espíritu (31). Jesús muestra que la verdadera moralidad no consiste en la autosuficiencia, sino en la perfecta dependencia del Padre. En la apertura confiada e ilimitada a quien nos quiere bien porque nos ha dado todo. Jesús realiza plenamente su libertad al entregarse obedientemente hasta la muerte por la vida del mundo, y al abrir la comunión que se da entre El y su Padre a todos los hombres.

Una nueva conciencia

En el encuentro con Jesucristo y en la acogida del don del Espíritu, que se dan en la vida de la Iglesia, la persona accede a una conciencia nueva, hecha de misericordia y de gracia. Venimos a ser hijos en el Hijo, partícipes de su "gloriosa libertad" y coherederos de la vida eterna (32). En esta experiencia, que renueva al hombre desde el mismo centro de su ser, la persona establece una nueva relación con la plenitud, que llena de contenido la vida y la dignidad de la persona, y fundamenta de modo nuevo todo el trabajo moral. Esto no significa que quien ha encontrado a Jesucristo no tiene defectos, o que no se da en él la fragilidad propia del hombre. Significa que la vida entera está bañada en la luz de la misericordia divina, y que la tensión hacia la plenitud adquiere un renovado interés, y un significado nuevo: la súplica, por ejemplo, adquiere en la vida moral un lugar central, porque la plenitud no es sólo fruto del esfuerzo humano. Es, sobre todo, un don de amor, una gracia.

2. Libertad y verdad

Una libertad que se destruye a sí misma

Estrechamente vinculado con lo anterior está el tema de la libertad. Dado que el hombre tiene una dignidad superior a las demás criaturas por su peculiar apertura al Misterio mediante el ejercicio pleno de su razón y su libertad, está impulsado por su propia naturaleza a buscar la verdad (33). Fuera de la verdad, la existencia humana se mueve en el vacío, se convierte en una aventura desorientada (34). Una libertad que se concibe a sí misma desvinculada de la búsqueda de la verdad se destruye y se vuelve contra el hombre, acaba esclavizándole

---

(27) *Gaudium et spes,* n. 20.
(28) *Gaudium et spes,* nn. 12, 14-16,36.
(29) En este sentido, Juan Pablo II ha insistido en que la libertad religiosa es el fundamento de las demás libertades, cf. los mensajes para la Jornada Mundial de la Paz de 1988 y 1991; y la encíclica *Centesimus annus,* n. 47. Véase, además, la novena tesis sobre la ética cristiana de H.U. von Balthasar, *Neun Sätze zur christlichen Ethik,* en Ratzinger, J. (Hrsg.) *Prinzipien Christlicher Moral,* Einsiedeln, Johannes, [2] 1981, pp. 67-93. p. 92.
(30) Cf. *Gaudium et spes,* n. 22; Juan Pablo II, Encíclica *Redemptor hominis,* n. 10; Comisión teológica internacional, *De dignitate necnon de luribus Personae Humanae,* § 2.2.3; *La verdad os hará libres,* n. 36.
(31) Véanse las tres primeras tesis de von Balthasar sobre la ética cristiana: Cristo es la norma concreta y universal (op. cit., pp. 71-77).
(32) Cf. Rom 8, 14-17.21.
(33) Cf. Concilio Vaticano II, Declaración *Dignitatis humanae,* n. 2.
(34) Cf. *La verdad os hará libres,* n. 37.

a sus propios instintos, o al poder de las opiniones comunes (35).

El hombre está encomendado a sí mismo. Para alcanzar su plenitud debe decidirlo libremente, y en el carácter libre de su realización personal reside su grandeza. Nuestra vida está en nuestras manos, hasta el punto que se puede decir que "el hombre es principio de sus obras" (36), eligiendo a lo largo de su vida, entre distintas posibilidades, su meta y su camino. El hombre es plenamente libre cuando elige lo que es bueno para sí mismo y para los demás, lo justo, lo verdadero, lo que agrada a Dios (37). En el ejercicio de su libertad, la persona humana no puede desligarse de los imperativos que han sido inscritos por Dios en su mismo ser personal, para hacerle posible reconocer y alcanzar su propia plenitud.

Cuidar la libertad

Es necesario, en consecuencia, un amor cuidadoso y delicado por la propia libertad, que sólo se desarrolla y crece en la tensión hacia la verdad. Sin libertad se frustra toda posible realización humana, y no faltan ejemplos en la historia reciente de Europa para atestiguarlo. Pero acaso hay un mal peor que las presiones externas sobre la libertad. Es cuando la libertad, desligada de la verdad, ha concluido el proceso de su autodestrucción, y el hombre mismo pierde el aprecio por ella, cuando ya no la comprende y la desea en lo profundo de su corazón (38). Debemos pues estar atentos a educar la libertad, para que permanezca despierta y así no nos veamos privados de aquel rasgo que mejor define nuestra dignidad: la posibilidad de adherirnos a Aquél que es el origen, el fin y la plenitud de nuestro ser.

La verdadera libertad

En esta hora, el pueblo cristiano ha de dar un testimonio inequívoco de amor a la libertad en la verdad. Quien en Cristo ha podido reconocer el valor real de su vida, de dónde procede y a dónde se encamina, está en mejores condiciones para testificar a diario una libertad real frente a aquellos condicionamientos, interiores o externos, propios o ajenos, que tienden a esclavizar la existencia. El cristiano ya no depende de la suerte o de las circunstancias, puede mirar de otro modo el presente y el futuro, los avatares de cada día y la muerte. Cristo hace posible el milagro de una libertad liberada, regenerada, para emprender una y otra vez el camino de la vida con una energía nueva. No se trata, en modo alguno, de una superioridad ética del cristiano frente al que no lo es, sino de un don inaudito, de una misericordia y una gracia que, aun en medio de la fragilidad, permite al hombre confiar en la salvación de su vida, y vivir con la dignidad plena de los hijos de Dios.

3. El ministerio de la comunión

Ecumenismo, diálogo interreligioso, solidaridad con todos

Los trabajos del Sínodo han subrayado la atención que hay que prestar al diálogo y la cooperación con los demás cristianos, con el pueblo hebreo y con todos los que creen en Dios (39). Más aún, es precisa una cooperación con todos los hombres para la construcción de una sociedad más humana, más solidaria, más responsable para con el clamor de los pobres, en nuestras sociedades y en todo el mundo. Y es que pertenece constitutivamente a la naturaleza de la Iglesia ser signo y sacramento, no sólo de la vocación de los hombres "a la unión íntima con Dios", sino también de su vocación "a la unidad de todo el género humano" (40).

En el pasado, y aún hoy, las religiones han sido presentadas interesantemente como un factor de división y de enfrentamiento entre los hombres. No cabe duda de que las luchas de religión se cuentan entre los pecados más graves que hemos podido cometer, y la historia de Europa ha visto sus terribles consecuencias. Ahora bien, no es la fe religiosa en sí misma la que provoca la división entre los

---

(35) Cf. J. Ratzinger, "Conciencia y verdad", en *La Iglesia, una comunidad siempre en camino,* Madrid, ed. Paulinas, 1992, pp. 95-115. "Si el juicio de la conciencia, o lo que uno toma por tal, tiene siempre la razón, (...) ello significaría que no existe ninguna verdad, al menos en materia de moral y de religión, o sea en el ámbito de los fundamentos verdaderos y propios de nuestra existencia. Puesto que los juicios de la conciencia se contradicen, no habría más que una verdad del sujeto, que se reduciría a su sinceridad (...) El que tiene el valor de llevar esta concepción a sus últimas consecuencias llega, por tanto, a la conclusión de que no existe ninguna verdadera libertad, y que lo que suponemos dictámenes de nuestra conciencia, en realidad no son otra cosa que reflejos de las condiciones sociales. Esto debería conducir a la convicción de que la contraposición entre libertad y autoridad deja algo de lado; que debe existir algo más profundo, si se quiere que la libertad, y por tanto la humanidad, tengan sentido". La cita está tomada de la p. 96.

(36) Cf. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I-II, prol.

(37) Cf. Rom 12,2; Flp 4,8.

(38) Véase la vibrante respuesta de G. Bernanos a la famosa pregunta de Lenin, "la libertad, ¿para qué?", en *La liberté, pour quoi faire?,* Paris, Gallimard, 1953, especialmente, pp. 75-118; versión española, *La libertad, ¿para qué?,* Madrid, ed. Encuentro, 1989, pp. 61-102. La pregunta sobre el fundamento de la libertad, como la pregunta por el fundamento de la vida moral, remiten necesariamente a la pregunta por el sentido de la vida humana, y por tanto desembocan, si se llevan hasta el final, en la pregunta religiosa.

(39) Sínodo especial para Europa, *Declaración final,* nn. 7-9.

(40) Concilio Vaticano II, Constitución *Lumen gentium,* n. 1.

hombres, sino su uso ideológico, instrumentalizado por otros intereses que muchas veces quedan ocultos. No son "guerras de religión", tampoco hoy, todas aquéllas a las que se aplica esa etiqueta. El hombre sinceramente religioso, consciente de su carácter de criatura de Dios, podrá reconocer con más facilidad al otro hombre como su hermano, y podrá construir con él la civilización del amor y de la vida, que cada vez nos es más urgente.

Llamados a la unidad

Desde la experiencia de la Redención que los cristianos vivimos, estamos especialmente llamados a luchar con decisión por la unidad de todos los hombres, colaborando lealmente con los esfuerzos que miran a establecer la justicia y la paz en la familia humana. Aquí se abre un campo inmenso de trabajo, que abarca desde el diálogo ecuménico hasta la aplicación de la Doctrina Social, pasando por la superación de prejuicios raciales, sociales o religiosos, que están lejos aún de haber desaparecido entre nosotros. El testimonio de Jesucristo no será nunca creíble si no suscita en el cristiano una pasión por la unidad de los hombres, y un esfuerzo perseverante por superar todo aquello que nos divide y nos conduce a la insolidaridad o al odio.

IV. CONCLUSION

"Ser testigos de Cristo que nos ha liberado" (41). Esta palabra ha sido el motivo inspirador de los trabajos del Sínodo. En las condiciones de la hora presente, el testimonio de Cristo se expresa principalmente en un testimonio del valor de la persona humana, del valor y la dignidad de la vida. "La Iglesia —decía el *Sumario* que sirvió de documento de trabajo a los Padres Sinodales— está llamada a defender la verdad de la persona humana, que ella aprende de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Esta verdad abarca, entre otras cosas, la defensa de la razón y de la libertad humanas, de los valores de la modernidad, precisamente en el momento en que estos valores hacen crisis" (42).

Un pasaje de San Juan de la Cruz

No hace mucho que hemos clausurado el Centenario de San Juan de la Cruz. No puedo evitar que me venga a la mente un pasaje del Cántico Espiritual, aquél en que el Santo Padre habla de las innumerables riquezas que hay en Cristo. Tantas, dice, "que por más misterios y maravillas que han descubierto los santos doctores y entendido las almas santas en este estado de la vida, les quedó todo lo más por decir y aun por entender, y así hay mucho que ahondar en Cristo; porque es como una abundante mina con muchos senos de tesoros, que por más que ahonden, nunca les hallan fin ni término, antes van en cada seno hallando nuevas venas de nuevas riquezas acá y allá" (43). Hacia la "inescrutable riqueza de Cristo" (44) se dirige nuestra mirada. La nueva evangelización tiene su fuente en la certeza de que "el Espíritu Santo hace siempre nueva la palabra de Dios, y solicita continuamente a los hombres en su intimidad" (45). No hay razón alguna para temer. A la hora de acometer la tarea que Dios nos pide y la urgencia de la hora reclama, nuestra esperanza no está en nosotros mismos, ni en nuestros pensamientos ni en nuestros proyectos, sino en la sobreabundante riqueza del misterio de Jesucristo, que es capaz de colmar el corazón y los deseos del hombre de hoy como del de hace veinte siglos. "Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por él quiso reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz" (46).

Madrid, 18 de mayo de 1992

---

(41) Cf. Hech 1,8; Gal 5,1.
(42) *Ut testes simus Christi qui nos liberavit. Sinodo dei vescovi. Assemblea speciale per l'Europa. Sommario,* Città del Vaticano, 1991, n. 45.
(43) S. Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual* (B), canción 37, 4. Edición BAC, Madrid 1960, p. 959.
(44) Ef 3,8.
(45) Sínodo especial para Europa, *Declaración final,* n. 3.
(46) Col 1,19-20.

2

PALABRAS DE SALUDO DEL NUNCIO APOSTOLICO EN ESPAÑA A LOS PARTICIPANTES EN LA LVI ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA*

Emmos. Sres. Cardenales, Excmos. Sres. Arzobispos, Obispos, Hermanos y Hermanas:

Bajo el signo del gozo de Cristo resucitado, que llena el tiempo Pascual que estamos celebrando, y en la súplica del don del Espíritu Santo, alma y vida de la Iglesia, da comienzo esta Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. Con mucho gusto he aceptado, una vez más, la amable invitación que me ha sido dirigida, para unirme a esta sesión inaugural. A todos los participantes en la Asamblea, a sus colaboradores y a los de la Conferencia Episcopal, a los representantes de los medios de comunicación que se hallan esta mañana entre nosotros, a todos dirijo mi saludo cordial. A ese saludo se une el deseo de que los trabajos de estos días produzcan abundante fruto para el bien de la Iglesia a la que servimos, y para el bien de la sociedad entera. Me uno también a la alegría porque la Iglesia española cuenta desde ayer con un nuevo beato, José María Escrivá de Balaguer, lo cual es signo de su vitalidad, y ha de estimularnos a todos en los trabajos de la santidad y del Evangelio.

A las tareas de la santidad, es decir, de la vida plena de los hombres, y del Evangelio, es decir, de todo el trabajo que conduce a hacer posible que los hombres puedan vivir esa vida, quiere servir también la reciente Instrucción Pastoral del Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales "Aetatis novae", sobre la responsabilidad pastoral de la Iglesia en el mundo de las comunicaciones sociales, que actualiza el Decreto conciliar "Inter mirifica" y la Instrucción Pastoral "Communio et progressio", cuyo vigésimo aniversario conmemora este nuevo texto (1).

La Instrucción Pastoral se sitúa, pues, en el marco de la renovación de la conciencia de la Iglesia y de su misión en el mundo contemporáneo, promovida por el Concilio. El último gran texto que ha tratado de esa misión es la Encíclica *Redemptoris missio,* y en él se llamaba ya la atención sobre la importancia primordial de hacer presente el contenido y el testimonio de la fe en este "nuevo areópago" del tiempo moderno que es "el mundo de la comunicación" (2).

La Encíclica contiene una serie de afirmaciones importantes, que ahora recoge y desarrolla la Instrucción Pastoral: La primera está contenida en la misma idea de "areópago", "como símbolo de los nuevos ambientes donde debe proclamarse el Evangelio" (3). En efecto, si el mundo de la comunicación, en sus múltiples facetas, interesa a la Iglesia, es por la relación que tiene con el desempeño de su misión, que no es otra sino el anuncio del Evangelio, la comunicación de la vida y de la verdad que Cristo Jesús nos ha entregado. "En El y por El la vida de Dios se comunica a la humanidad por la acción del Espíritu" (4), de modo que "Cristo es a la vez el contenido y la fuente de lo que la Iglesia comunica cuando proclama el Evangelio" (5). Todo el capítulo II de la Instrucción Pastoral desarrolla este punto, y está lleno de ricas sugerencias sobre la relación entre la misión de la Iglesia y la de los medios de comunicación social.

Naturalmente, cuando se dice que los medios interesan a la Iglesia en función de su misión evangelizadora, hay que entender el concepto de evangelización con toda la densidad que ha ido descubriendo en él el Magisterio y la reflexión de la Iglesia. Por una parte, se trata de no ocultar quién es "el contenido y la fuente", es decir, de proclamar explícitamente que Jesucristo es "el único nombre que se nos ha dado bajo el cielo para que los hombres podamos ser salvos" (6), "el centro del cosmos y de la historia" (7). Por otra parte, y precisamente porque Jesucristo es la plenitud del hombre, "el camino de la Iglesia es el hombre", y por tanto, todo lo que hace relación con la vida real de los hombres, con su destino, su historia y su cultura,

(*) Celebrada en Madrid, 18-23 de mayo de 1992.

(1) Cf. *Ecclesia,* n. 2575 (11 abril 1992), pp. 26-37. Véase también la alocución de S.S. Juan Pablo II a la asamblea plenaria del Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, del 20 de marzo de 1992, con motivo de la presentación de la Instrucción Pastoral "Aetatis novae", *ibid.,* pp. 23-25.

(2) Cf. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Redemptoris missio,* n. 37c.

(3) *Ibid.*

(4) *Aetatis novae,* n. 6.

(5) *Aetatis novae,* n. 7.

(6) Hech 4,12.

(7) Juan Pablo II, Encíclica *Redemptoris missio,* n. 1.

su actividad y los avatares de su vida, tiene relación con Jesucristo y con la misión de la Iglesia.

Aquí aparece un segundo pensamiento de la Encíclica y de la Instrucción Pastoral: "Los medios de comunicación social han alcanzado tal importancia que para muchos son el principal instrumento informativo y formativo, de orientación e inspiración para los comportamientos sociales. Las nuevas generaciones, sobre todo, crecen en un mundo condicionado por estos medios" (8). La Instrucción describe detenidamente esta condición del mundo moderno, caracterizado hasta tal punto por la comunicación social que "la experiencia humana como tal ha llegado a ser una experiencia de los medios de comunicación" (9). "El entramado cada vez más estrecho de los medios de comunicación con la vida cotidiana influye en la comprensión que pueda tenerse del sentido de la vida" (10). Su influencia pesa decisivamente "no sólo sobre los modos de pensar, sino también sobre los contenidos del pensamiento. Para muchas personas la realidad corresponde a lo que los medios de comunicación definen como tal; lo que los medios de comunicación no reconocen explícitamente parece insignificante" (11).

Caer en la cuenta de este dato, en toda su hondura y en todas sus implicaciones permite comprender este juicio pastoral de la Encíclica *Redemptoris missio,* que no puede menos de hacernos pensar a todos, pastores y fieles cristianos, especialmente aquellos que trabajan en el mundo de la comunicación: "Pablo VI —recuerda en su Encíclica el Papa— decía que la ruptura entre Evangelio y Cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo; y el campo de la comunicación actual confirma plenamente este juicio" (12). Por eso la tarea de la Iglesia en relación con los medios no se limita a la transmisión de noticias eclesiásticas" (13), "no tiene solamente el objetivo de multiplicar el anuncio", "no basta usarlos para difundir el mensaje cristiano y el Magisterio de la Iglesia" (14). No se trata, pues, sólo de tener un altavoz para la palabra de los pastores o para la enseñanza de la Iglesia. Esto también, sin duda, pero el reto es mucho más grande: "integrar el mensaje mismo en esa nueva cultura creada por la comunicación moderna" (15). Es evidente que, para que esta integración pueda producirse en los medios mismos, ha de darse en primer lugar en la vida de los mismos comunicadores cristianos, y por eso una pastoral de los medios es inseparable de un exquisito cuidado pastoral de quienes trabajan en la comunicación. Este cuidado pastoral es lo que la Conferencia Episcopal ha querido promover con las recientes Jornadas de Comunicadores Cristianos, celebradas en Madrid el pasado mes de febrero.

Por último, ya el Papa señalaba en la Encíclica que "quizás se ha descuidado un poco este areópago: generalmente se privilegian otros instrumentos para el anuncio evangélico y para la formación cristiana, mientras los medios de comunicación social se dejan a la iniciativa de individuos o de pequeños grupos, y entran en la programación pastoral sólo a nivel secundario" (16). Ahora, la Instrucción Pastoral nos ha recordado a los pastores la necesidad "de conceder una adecuada prioridad a este campo" (17), y recomienda particularmente "que las diócesis y las Conferencias o asambleas episcopales procuren que la problemática de los medios de comunicación social sea abordada en todos sus planes pastorales" (18). Más aún, "cada Conferencia episcopal y cada diócesis deben elaborar un plan pastoral completo sobre las comunicaciones", y "sería necesario que en los otros planes pastorales, incluidos los que conciernen al servicio social, a la educación y a la evangelización, se tenga en cuenta, en su elaboración y realización, lo que afecta a las comunicaciones sociales" (19). La misma Instrucción Pastoral da pautas para la elaboración de esos planes, y señala sus puntos esenciales.

Sé bien que esta preocupación no os es extraña en absoluto. En esta misma Asamblea Plenaria vais a dedicar algunas de vuestras reflexiones al tema de las comunicaciones sociales. Por este y por los demás trabajos de la Asamblea pido al Señor, y a nuestra Madre, la Virgen del cenáculo, que permaneció junto a los Apóstoles invocando el Espíritu, fuente de sabiduría y de vida.

Madrid, 18 de mayo de 1992

---

(8) *Redemptoris missio,* n. 37c.
(9) *Aetatis novae,* n. 2.
(10) *Aetatis novae,* n. 4.
(11) *Ibid.*
(12) *Redemptoris missio,* n. 37c.
(13) *Aetatis novae,* n. 4.
(14) *Redemptoris missio,* n. 37c.
(15) *Ibid.*
(16) *Ibid.*
(17) *Aetatis novae,* n. 20.
(18) *Aetatis novae,* n. 21.
(19) *Aetatis novae,* n. 23.

3
COMUNICADO DE LA LVI ASAMBLEA PLENARIA SOBRE LA SITUACION SOCIOPOLITICA DE ESPAÑA

Entre los temas del comunicado final de la LVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, del 18-23 de mayo de 1992, aparece la siguiente manifestación de la Asamblea sobre la situación sociopolítica en España:

1. La incorporación de España al Mercado Común Europeo y el Plan de Convergencia adoptado en Maastricht obligan a realizar unos determinados ajustes, entre los varios posibles, en nuestro sistema económico. Todas las fuerzas sociales, económicas y políticas deben afrontar, en un diálogo sincero, los problemas planteados y los pasos necesarios para su posible solución en un clima de justicia y solidaridad que combata con tesón la lacra del paro y respete los derechos de los trabajadores y de los demás ciudadanos.

2. Algunas de las medidas legislativas adoptadas por el Gobierno han producido gran crispación social en los sectores más afectados y un tenso debate en la opinión pública. La razón es que esas medidas tienen una dimensión social que repercute, una vez más, en los sectores más deprimidos y débiles de nuestra sociedad. Uno de sus efectos más importantes es el deslizamiento hacia una sociedad dual, en la que la distancia económico-social de los que trabajan y los que no pueden hacerlo se acentúa cada vez más.

Subyace a dichas medidas, por otra parte, un modelo socioeconómico que tiende a primar la competitividad en detrimento de la justicia social, de la solidaridad y de la participación de todos los sectores sociales. Penaliza, además, con mayores costes sociales a los más débiles y gravita especialmente sobre la agricultura y la industria.

3. Los sindicatos, como respuesta a esta situación, han convocado un "paro general de media jornada" y manifestaciones en todo el país. La huelga es un derecho ético y constitucionalmente incuestionable siempre que se cumplan las condiciones de necesidad, libertad y respeto a las personas y a las instituciones. En el desarrollo de la misma hay que evitar cuidadosamente todo signo y realidad de violencia coactiva o represiva y hay que asegurar a los ciudadanos, mediante el oportuno diálogo, los servicios mínimos imprescindibles.

4. Ante el reto de nuestra integración en Europa y los procesos económicos de convergencia, los católicos debemos tomar conciencia de las consecuencias sociales, apoyar las positivas, denunciar las contrarias a la dignidad de la persona humana, colaborar en la búsqueda de soluciones y ser un signo de esperanza para todos con nuestra solidaridad. Debemos también, en la medida de nuestras posibilidades, asumir y promover iniciativas concretas y eficaces para evitar o paliar esas consecuencias sociales negativas.

Madrid, 22 de mayo de 1992.

4
APROBACION DE ASOCIACIONES NACIONALES

1. Movimiento Cultural Cristiano

DECRETO

La Conferencia Episcopal Española, en virtud de la facultad que le confiere el canon 312 § 1. 2° del Código de Derecho Canónico, por acuerdo tomado en la LVI Asamblea Plenaria, el día 22 de Mayo de 1992, erige canónicamente en persona jurídica privada de la Iglesia Católica a la ASOCIACION "MOVIMIENTO CULTURAL CRISTIANO" y aprueba sus Estatutos.

Madrid, a veintidós de Mayo de mil novecientos noventa y dos.

+ **Angel, Cardenal Suquía**
Presidente

+ **Agustín García-Gasco**
Secretario General

2. Fundación Educación Católica

DECRETO

La Conferencia Episcopal Española, en virtud de la facultad que le confiere el canon 312 § 1. 2° del Código de Derecho Canónico, por acuerdo tomado en la LVI Asamblea Plenaria, el día 22 de Mayo de 1992, erige canónicamente en persona jurídica privada de la Iglesia Católica a la FUNDACION "EDUCACION CATOLICA" y aprueba sus Estatutos.

Madrid, a veintidós de Mayo de mil novecientos noventa y dos.

+ Angel, Cardenal Suquía
Presidente

+ Agustín García-Gasco
Secretario General

3. Cáritas Regionales

La LVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, del 18-23 de mayo de 1992, aprobó la modificación de algunos artículos de los Estatutos de "Cáritas Regionales".

4. Confederación Ekumene

La LVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, del 18-23 de mayo de 1992, aprobó la modificación del artículo primero de los Estatutos de la "Confederación Ekumene".

5
CANTIDAD TOPE PARA ENAJENAR LOS BIENES ECLESIASTICOS SIN AUTORIZACION DE LA SANTA SEDE

La Conferencia Episcopal Española en su LIII Asamblea Plenaria (19-24 de noviembre de 1990) acordó modificar el art. 14,2 del Decreto General de la Conferencia (cf. BOCEE, 1(1984)103), referente a los topes máximo y mínimo que pueden autorizar los Obispos para la enajenación de los bienes eclesiásticos.

La Congregación para los Obispos ha ratificado este acuerdo por el rescripto siguiente:

CONGREGATIO PRO EPISCOPIS
Prot. N. 38/84.

BEATISSIME PATER,

Hispaniae Episcopi, maioritate iure praescripta suffragiorum, djudicaverunt decretum generale circa canonem 1292 § 1 C.I.C., die 26 maii 1984 probatum, paulum immutari debere. Proinde novam praefati decreti redactionem proponunt, pro qua canonicam recognitionem expostulant.

EX AUDIENTIA SUMMI PONTIFICIS
diei 11 aprilis 1992

Summus Pontifex Ioannes Paulus, Divina Providentia PP.II., de consilio Congregationis pro Episcopis, audita Congregatione pro Clericis, sequentem mutationem decreti generalis (art. 14,2) probavit seu confirmavit:

"A efectos del canon 1292, se fija como límite mínimo la cantidad de 10.000.000 de pesetas y límite máximo la de 100.000.000 de pesetas".

Contrariis quibusvis non obstantibus.

Datum Romae, ex Aedibus Congregationis pro Episcopis, die 11 aprilis Anno 1992.

+ Justinus Rigali
a Secretis

Silvius Padoin
Subsecr.

COMISIONES EPISCOPALES

1. C.E. DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS

CATEQUESIS DE ADULTOS
Orientaciones Pastorales (II)

SEGUNDA PARTE:

LA NATURALEZA INTERNA DE LA CATEQUESIS DE ADULTOS

V. LA CATEQUESIS DE ADULTOS, ACCION DE LA IGLESIA

"Mirad cómo la Madre Iglesia gime para traeros a la vida y a la luz de la fe" (S. Juan Crisóstomo, *Ocho catequesis bautismales).*

106. En los capítulos anteriores hemos tratado de acercarnos a la catequesis de adultos a partir de sus relaciones con otras acciones pastorales y con otras formas de educación en la fe. En esa relación comparativa se clarifica el *carácter propio* de la catequesis.

Ahora, entrando más directamente dentro de ella, se debe analizar su *naturaleza interna:* su carácter eclesial, su finalidad y tareas, su estructura gradual. A estas cuestiones se dedican los próximos capítulos.

En este capítulos se aborda la catequesis de adultos en cuanto *acción de la Iglesia.* Como toda acción evangelizadora, la catequesis de adultos es de naturaleza eclesial.

Esta dimensión de la catequesis presenta, en la práctica, no pocos problemas. Otras dimensiones (cristológica, antropológica, misionera...) se admiten, en general, más fácilmente y configuran a la catequesis que, de hecho, se realiza. En esta reflexión sobre la eclesialidad de la catequesis se deben abordar esos problemas, sin tratar de eludirlos.

Estamos persuadidos de que la catequesis de adultos, tal como se realiza entre nosotros, para que pueda servir mejor a la nueva evangelización, ha de acrecentar su sentido de eclesialidad.

A. LA CATEQUESIS DE ADULTOS, TRANSMISION MATERNAL DE LA FE DE LA IGLESIA

La Iglesia, depositaria del Evangelio

107. La Palabra de Dios, revelada en Jesucristo, habita en la Iglesia.

"La Palabra de Cristo habite *en vosotros con toda su riqueza" (Col 3, 16).*

La catequesis de adultos es ministerio de esa Palabra, es una "iniciación ordenada y sistemática a la *Revelación* que Dios ha hecho al hombre en Jesucristo" (CT, 22). Por ella, el adulto se adhiere al *Evangelio,* lo hace suyo en su corazón. Gracias a

ella, la *Palabra de Dios* actúa en el hombre y le transforma. Pues bien, esta acción catequizadora no puede realizarse más que en el seno de quien es depositaria del Evangelio: la Iglesia (1).

El Evangelio ha sido confiado a la Iglesia. En ella se conserva "íntegro y vivo" (DV, 7). Todo el pueblo de Dios es responsable de que el Evangelio siga vivo en la Iglesia (2). Esta conservación vital se consigue cuando los cristianos contemplan e interiorizan la Palabra de Dios, cuando la viven en su existencia diaria, cuando la celebran en los sacramentos, cuando la anuncian en la evangelización (3). La función de garantizar la autenticidad de esta conservación vital del Evangelio ha sido confiada al "magisterio vivo de la Iglesia" (DV, 4) (4).

"Imitando a la Madre del Señor, la Iglesia, por la virtud del Espíritu Santo, conserva *virginalmente la fe íntegra, la sólida esperanza, la sincera caridad" (LG, 64) (5).*

La catequesis de adultos, acto de la tradición viva...

108. La Iglesia es *depositaria* del Evangelio del Reino para ser su *transmisora.* Dios ha dispuesto que este Evangelio *"permaneciera* íntegro para siempre y se *transmitiera* a todas las generaciones" (DV, 7).

Por eso la Iglesia es, esencialmente, evangelizadora; es decir, difusora del Evangelio (6). La acción misionera, la acción catequética y la acción pastoral de la Iglesia son el cauce de esta misión evangelizadora. Por medio del ministerio de la Palabra, de la liturgia y del ejercicio de la caridad, la Iglesia no cesa de difundir la Buena Noticia del Reino a los hombres.

"La Iglesia es depositaria *de la Buena Nueva que debe ser* anunciada" *(EN, 15) (7).*

En la catequesis la Iglesia no transmite otra cosa que su propia *experiencia del Evangelio:*

— Entrega su comprensión de la historia como historia de salvación, que se resume en el Credo o Símbolo de la fe.

— Entrega la fuerza transformadora del Evangelio, que el Espíritu Santo ha puesto en ella, para que los hombres reconozcan en Dios al Padre de todos y se vayan hermanando.

— Entrega la dicha de quien ha encontrado en la amistad con Dios la perla de un valor incalculable, y cuyo descubrimiento le lleva a celebrarlo.

— Entrega el dinamismo que le lleva a anunciar el Evangelio y a mostrar a todos las señales de la salvación que Dios está realizando (8).

...que los adultos reciben de forma activa y creativa

109. La catequesis de adultos, como acto de tradición, no es pura repetición del pasado, "no es un tesoro muerto que las generaciones cristianas reciben o dan sin más" (9). Es, por el contrario, ofrecimiento y entrega de una *experiencia,* que el adulto recibe de forma activa y creativa:

"La semilla, que es la Palabra de Dios, al germinar en tierra buena, regada con el rocío celestial, ab-

---

(1) En *La catequesis de la comunidad* (CC, 106-139) se ha tratado de fundamentar la naturaleza de la catequesis en la concepción de la *revelación* y de la *tradición* expuestas en la constitución *Dei Verbum,* del Concilio Vaticano II. En concreto se afirma: "Es importante que, entre nosotros, la acción catequética se vea fecundada por la concepción conciliar de *la tradición*" (CC, 136).

(2) "Prelados y fieles colaboran estrechamente en la *conservación,* en el *ejercicio* y en la *profesión de fe* recibida" (DV, 10). "Todo el Pueblo santo de Dios *conserva* fielmente este depósito" (Catecismo III, *Esta es nuestra fe, ésta es la fe de la Iglesia),* p. 105.

(3) El carácter *activo* de la conservación del Evangelio en la Iglesia ha sido subrayado por el Concilio: "Esta *tradición,* que viene de los apóstoles, *progresa* en la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo, como quiera que crece la inteligencia lo mismo de las cosas que de las palabras transmitidas, ora por la contemplación y estudio de los creyentes que las meditan en su corazón, ora por la íntima inteligencia que experimentan las cosas espirituales, ora por la predicación de quienes, a par de la sucesión del episcopado, recibieron el carisma cierto de la verdad. Es decir, que la Iglesia, en el correr de los siglos, tiende a la plenitud de la verdad divina hasta que en ella se consumen las palabras de Dios" (DV, 8).

(4) "A fin de que *el Evangelio* se conservara constantemente íntegro y vivo en la Iglesia, los apóstoles dejaron por sucesores suyos a los obispos, transmitiéndoles su propio cargo de magisterio" (DV, 7). "La función de interpretar auténticamente *la palabra de Dios,* escrita o tradicional, sólo ha sido confiada al magisterio vivo de la Iglesia" (DV, 10).

(5) El Concilio Vaticano II expresa bellamente la carga afectiva implicada en la conservación viva del Evangelio: "La Iglesia *custodia* pura e íntegramente la fe prometida al Esposo" (LG, 64).

(6) "La evangelización de todos los hombres constituye la *misión esencial* de la Iglesia" (EN, 14).

(7) El Señor confía el Evangelio a la Iglesia no para esconderlo sino para *transmitirlo:* "Yo recibí del *Señor* lo que os he transmitido" (I Cor 11,23). "Todo eso le ha sido confiado (a la Iglesia). Es ni más ni menos que el contenido del *Evangelio* y, por consiguiente, de la evangelización, que ella *conserva* como un depósito viviente y precioso, no para tenerlo escondido sino para *comunicarlo*" (EN, 15).

(8) El Concilio define a la *tradición* como la entrega por parte de la Iglesia de todo lo que ella es: "La Iglesia en su doctrina, en su vida y en su culto *perpetúa y transmite* a todas las generaciones todo lo que es, todo lo que cree" (DV, 8). Este texto ha sido recogido también por DCG, 13. El Catecismo III *Esta es nuestra fe,* de la Conferencia Episcopal Española, define así a *la tradición:* "La palabra tradición significa, en general, la acción de entregar o transmitir algo a alguien. La Iglesia designa con este término la *entrega o transmisión* a las generaciones cristianas de la revelación que Dios ha hecho de Sí mismo en Cristo, y que ella recibió de los Apóstoles" (ver pág. 101).

(9) Catecismo III, *Esta es nuestra fe,* pág. 101.

sorbe la savia, la transforma y la asimila para dar fruto abundante" (AG, 22).

La experiencia cristiana del adulto catequizado se incorpora a la Iglesia y la enriquece. La antigua melodía de la tradición, al ser *recibida* de una forma viva, se *devuelve* a la Iglesia coloreada con nuevos armónicos. La pedagogía catequética ha de ser, por eso, una *pedagogía de creatividad.*

"No se trata de que (el adulto) adquiera solamente un conocimiento de las expresiones objetivas *de esa tradición, sino de que se introduzca y participe en la corriente* viva *de la existencia cristiana que, desde la época apostólica hasta nuestros días, ha profundizado y actualizado, cada vez más, el Evangelio de Jesús" (CC, 136)(10).*

La catequesis de adultos, transmisión maternal de la fe de la Iglesia

110. Mediante la *iniciación cristiana,* de la que los sacramentos de iniciación y la catequesis son elementos esenciales, la Iglesia transmite su propia vida.

"La Iglesia se hace Madre *por la Palabra de Dios, fielmente recibida. En efecto, por la predicación y el bautismo* engendra *para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios" (LG, 64).*

"La Iglesia es Madre *por los hijos que engendra en las aguas del Bautismo" (S. Agustín) (11).*

Puede decirse que, a través de la catequesis de la Iglesia, el Espíritu Santo, "Señor y dador de vida", está desarrollando en los adultos bautizados la *vida nueva* de los hijos de Dios, hasta hacerla *adulta* (12).

La Iglesia, fecundada por el Espíritu, se realiza como Iglesia igual que una *madre:* concibiendo, gestando, alumbrando a nuevos hijos de Dios. Y, como madre, aspira a que la vida que transmite alcance en sus hijos una *madurez* tal que, configurados cada vez más con Jesucristo, lleguen a ser testigos fieles del Evangelio en medio del mundo.

En todo proceso catequizador de un adulto se desarrolla esta acción maternal de la Iglesia, que alimenta con su propia fe a sus hijos nacidos por el Bautismo (13). Es inherente a la catequesis, en consecuencia, que la *vinculación cordial* del cristiano con la madre Iglesia quede bien consolidada. La salud espiritual del adulto depende de ese vínculo.

Las comunidades cristianas inmediatas, en cuyo ámbito se realiza la catequesis, así como los agentes concretos que la llevan a cabo, participan de manera eminente de esa maternidad de la Iglesia (14).

"Dios nos engendró *con la palabra de la verdad"* (Sant 1,18).

ALGUNAS CUESTIONES PASTORALES

a. Dificultad en desarrollar el sentido eclesial...

111. La experiencia catequética con adultos muestra la dificultad de vivenciar, por parte de los catequizandos, el *sentido de pertenencia eclesial.* A pesar de saberse miembros de la Iglesia, en la vida diaria siguen hablando, muchas veces, de ella como de una institución que estuviese fuera de su mundo personal; al criticar a la Iglesia no tienen conciencia de criticar a su propia familia.

---

(10) "El ministerio de la palabra no es una mera *repetición* de la doctrina del pasado, sino su reproducción fiel con una *adaptación* a problemas nuevos y una creciente inteligencia de ella" (DCG, 13). "Para que la inteligencia de la revelación se haga *cada vez más profunda,* el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones" (DV, 5). "Dios sigue hablando *sin intermisión* con la esposa de su Hijo amado" (DV, 8).

(11) *S. Agustín, De symbolo: sermo ad catechumenos,* 212.

(12) *S. Pablo* tenía plena conciencia de que al transmitir el Evangelio ejercía una *función maternal:* "He sido yo quien, por el Evangelio, *os engendré* en Cristo Jesús" (I Cor 4,15). "Te ruego en favor de mi hijo, Onésimo, a quien *engendré* entre cadenas" (Flm 10). (Ver también Gal 4,19; I Ts 2,11).

(13) Los *SS. Padres* asimilan, frecuentemente, la formación catecumenal a una gestación de la Iglesia, que da a luz a sus hijos en la pila bautismal. Por ejemplo, *S. Gregorio Grande* dice: "Después de haber sido fecundada, concibiendo a sus hijos por el ministerio de la predicación, la Iglesia les hace crecer en su seno con sus enseñanzas" (ML 76,108). *S. Agustín,* por su parte, dice dirigiéndose a los catecúmenos: "Aunque todavía no hayáis nacido, habéis sido ya concebidos y váis a ser alumbrados en la fuente bautismal como en el seno de la Iglesia" *(Sermones ad competentes,* 56, IV,5).

(14) *Metodio de Olimpia,* por ejemplo, apunta a esta *acción maternal* de los catequistas, cuando educan en la fe a los cristianos más inmaduros: "Respecto a los que son todavía imperfectos (en la vida cristiana), son los más maduros los que les forman y les dan a luz como en una *acción maternal*" (Symposium, III,8). El *Concilio Vaticano II,* en nuestros días, repite la misma idea: "La Virgen en su vida fue ejemplo de aquel *afecto materno* con el que es necesario estén animados todos los que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a *regenerar* a los hombres" (LG, 65).

"Se ha difundido entre nosotros una crítica radical de todo lo institucional y del ser mismo de la Iglesia" (TDV, 50) (15).

Los adultos que frecuentan los grupos de catequesis se muestran, sin duda, agradecidos a los desvelos del catequista, pero les cuesta descubrir toda esa *dimensión materna* de una Iglesia que les está alimentando con lo mejor de sí misma (16).

...debido a diversos factores que contribuyen a ello

¿Qué *factores* han podido contribuir a este debilitamiento del sentido eclesial? He aquí, según nuestro parecer, algunos de ellos, que un planteamiento correcto de la catequesis de adultos deberá revisar con seriedad:

— El más hondo parece ser la sensibilidad propia de la modernidad, proclive a la crítica de todo lo institucional.

— Una asimilación superficial y selectiva de la eclesiología del Concilio Vaticano II.

— La falta de suficiente vivencia eclesial en algunos catequistas y, como consecuencia, el no ver en ellos un signo de la dimensión maternal de la Iglesia, que trae como consecuencia la no concienciación de esa dimensión en el grupo catequético.

— A veces, los responsables de la catequesis aparecen más preocupados de verificar objetivamente la fidelidad a la exactitud de las formulaciones empleadas que de saber si, de verdad, se está gestando en los adultos una nueva vida.

— La falta de valoración y de atención pastoral de algunos pastores a los incipientes grupos de catequesis de adultos existentes.

— Por circunstancias unas veces comprensibles y otras injustificables, a veces los laicos no asumen la responsabilidad que deben tener en la Iglesia, lo que redunda en menoscabo de su sentido eclesial.

De estos como de otros factores no citados viene a resultar una acción catequética que no educa el sentido de la adhesión filial a la Iglesia, la cual no ha sido mostrada como madre. Este es uno de los problemas más serios que, entre nosotros, tiene planteada la catequesis de adultos (17).

b. Recuperar la riqueza del sentido de la tradición

113. Es preciso recuperar, para la catequesis de adultos, el sentido de la tradición viva de la Iglesia. Hemos de saber situar activamente al adulto en la corriente viva de las generaciones cristianas y hacer que se sienta *eslabón creativo* en esa transmisión ininterrumpida.

Para ello, hay que evitar tanto el *recelo* ante la sola mención de la palabra "tradición", entendida como sinónimo de involución y oscurantismo, como ese tipo de *nostalgia* de quienes buscan la pura y simple restauración de las formas del pasado.

Por faltar el sentido auténtico de una tradición viva, nos encontramos con no pocos itinerarios catequéticos que tratan de conectar directamente al adulto con la letra de la Escritura, olvidándose de veinte siglos de vivencia eclesial del Evangelio del Reino:

* El adulto, en ese caso, no recibe un alimento natural: el Evangelio tal como brota de la madre Iglesia, según la viva conciencia que ella tiene, *hoy,* de él. Se le suministra un alimento empobrecido, al desconectarlo de la savia materna.

* Respecto al *pasado,* la catequesis deja de ser puente entre los adultos de hoy y los hermanos que nos precedieron en la fe. El no presentar la historia de la Iglesia, leída con lucidez y con corazón filial, es una deficiencia importante en nuestras catequesis.

* Y en relación con el *futuro,* la esperanza es vivida por el creyente o por el grupo sin la indispensable hondura escatológica con que la Iglesia pere-

---

(15) En *Testigos del Dios vivo* los obispos españoles hemos constatado este debilitamiento del *sentido eclesial:* "No faltan cristianos y aun grupos o movimientos que por excesivo personalismo o por la influencia de una crítica permanente y sistemática llegan a perder o a debilitar excesivamente el *afecto eclesial* y la comunicación real con la Iglesia concreta de la que forman parte" (TDV. 33).

(16) La grandeza de la Iglesia es que, a pesar de sus limitaciones, ha sido siempre *fiel* al hecho de transmitir el Evangelio a lo largo de la historia: "Esto es lo que caracteriza más profundamente a la Iglesia: haber transmitido y ofrecido *sin cesar,* desde el tiempo de los Apóstoles y de generación en generación, *la fe en Jesucristo* y, por ella, la comunión de vida y amor con Dios a todos los hombres" (Catecismo *Esta es nuestra fe,* pág. 104).

(17) Sobre la necesidad de intensificar hoy, entre nosotros, el *conocimiento y la estima de la Iglesia* cabe recordar lo siguiente: "Es preciso que caigamos en la cuenta de la naturaleza esencialmente *eclesial* de nuestra fe personal, desarrollando el conocimiento y la estima de la Iglesia como *fuente y matriz* permanente de la fe" (TDV, 32). Los *criterios de eclesialidad* para las asociaciones de fieles, que Juan Pablo II describe en *Los fieles laicos,* deben aplicarse, en su medida, a los grupos de catequesis de adultos. Estos criterios son los siguientes:

— "El primado que se da a la vocación de cada cristiano a la santidad".
— "La responsabilidad de confesar la fe católica".
— "El testimonio de una comunión firme y convencida con los pastores de la Iglesia".
— "La conformidad y la participación en el fin apostólico de la Iglesia".
— "El comprometerse en una presencia en la sociedad humana".

(Christifideles laici, 30).

grina aguarda anhelante el encuentro con su Señor.

"La catequesis será tanto más rica y eficaz cuanto más lea los textos (de la Escritura) con la inteligencia y el corazón de la Iglesia y cuanto más se inspire en la reflexión y en la vida dos veces milenaria de la Iglesia" (CT, 27).

c. Necesidad de establecer, con carácter oficial, la catequesis de adultos

114. En gran parte, la catequesis de adultos ha surgido, entre nosotros, desde iniciativas particulares. Es bueno que así suceda y que se den iniciativas catequizadoras en el pueblo de Dios. Lo malo es que, muchas veces, esas experiencias no son reconocidas, ni asumidas e incorporadas a la pastoral ordinaria de nuestras diócesis y parroquias. Siguen ahí, por libre, desconectadas, ignorándose su existencia.

Y sin embargo, la catequesis "es un servicio *público* de la Iglesia, dotado de un carácter *oficial*" (CF, 27). La catequesis de adultos es demasiado importante para la vida y misión de la Iglesia como para que los dirigentes de las comunidades cristianas no asuman la responsabilidad de la misma y la organicen con esmero. No es normal que una comunidad cristiana deje de institucionalizar un servicio eclesial tan fundamental. Así como no es concebible que una parroquia no asuma y encauce las acciones que en ella se ejercen en favor de la catequesis de niños, tampoco debe ser concebible que la comunidad ignore y no asuma las iniciativas en favor de la catequesis de adultos.

Sucede, entonces, que a la *necesidad* real de catequización de adultos que se da entre nosotros, que es mucha, no corresponde la *oferta* catequizadora que proporcionan nuestras comunidades. ¿No nos falta todavía la imaginación y creatividad necesarias para establecer, con carácter oficial, este fundamental servicio eclesial? (18).

"Los pequeñuelos piden pan y no hay quien se lo parta" (Lam 4,4).

B. LA CATEQUESIS DE ADULTOS, ACCION DE UNA IGLESIA PARTICULAR

"La Iglesia universal se realiza de hecho en todas y cada una de las Iglesias particulares *que viven en la comunidad apostólica y católica" (TDV, 41).*

La Iglesia particular vive la fe y anuncia el Evangelio en un espacio cultural determinado

115. El anuncio, transmisión y vivencia del Evangelio se realizan en el seno de una *Iglesia particular.* Sólo en comunión con ella se vive la experiencia cristiana (19).

La Iglesia particular es una porción del pueblo de Dios enraizada en un espacio *socio-cultural* determinado. Está compuesta por hombres y mujeres que, mediante la acción del Espíritu, han acudido a la convocatoria del Evangelio y lo han acogido. Por la fe, reconocen a Jesús como Señor, piedra angular y única de salvación y *viven unidos,* sobre todo gracias a la predicación del Evangelio y la celebración de la Eucaristía, bajo la presidencia y guía del obispo con su presbiterio (20).

"El Bautismo nos ha proporcionado un nuevo nacimiento y ha hecho de nosotros un único ser" (Teodoro de Mopsuestia) (21).

La *comunión* en la Iglesia particular, sin embargo, está al servicio de la *misión* (22). Todo en ella, en efecto, está al servicio de la tarea evangelizadora. Su máxima preocupación es que el Evangelio sea realmente anunciado, celebrado y vivido en ese *espacio socio-cultural* en que ella vive (23).

Esta *inculturación* del Evangelio, realizada por la Iglesia particular, debe ser considerada en una doble dimensión:

---

(18) "En nuestras circunstancias la catequesis de adultos constituye una necesidad de primer orden" (CC, 37). "No es excesivo afirmar que la existencia de auténticas catequesis de adultos es todavía una gran laguna en la pastoral de la Iglesia en España" (CC, 38).

(19) La *importancia* de la Iglesia particular ha sido puesta de relieve reiteradamente por Pablo VI: "La apertura a las riquezas de la *Iglesia particular* responde a una sensibilidad especial del hombre contemporáneo" (EN, 62). "Una legítima atención a las *Iglesias particulares* no puede menos de enriquecer a la Iglesia. Es indispensable y urgente. Responde a las aspiraciones más profundas de los pueblos y de las comunidades humanas de hallar cada vez más su propia fisionomía" (EN, 63).

(20) Es conveniente recordar cómo define el Concilio a la diócesis: "La *diócesis* es una porción del Pueblo de Dios que se confía al Obispo para ser apacentada con la cooperación del presbiterio, de suerte que, adherida a su Pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por medio del Evangelio y la Eucaristía, constituya una Iglesia particular, en que se encuentra y opera verdaderamente la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica" (CD, 11).

(21) *Teodoro de Mopsuestia, Homilías catequéticas,* 15.

(22) *Christifideles laici,* la exhortación de Juan Pablo II sobre los fieles laicos, está estructurada según esta doble dimensión de *comunión y misión,* íntimamente unidas: "La *comunión* y la *misión* están profundamente unidas entre sí" (Ch.L. n. 32).

(23) La *inculturación* del Evangelio es tarea esencial de la Iglesia particular: "Las Iglesias particulares profundamente amalgamadas no sólo con las personas sino también con las aspiraciones, las riquezas y límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo que distinguen a tal o cual conjunto humano, tienen la *función* de asimilar lo esencial del mensaje evangélico, de trasvasarlo, sin la menor traición a su verdad esencial, al lenguaje que esos hombres comprenden, y, después, de anunciarlo en ese mismo lenguaje" (EN, 63).

— por una parte, la fe se ve enriquecida al encarnarse en el modo de ser concreto de un pueblo (24), y

— por otra parte, la fuerza del Evangelio lleva a transformar aquellos aspectos, valores o estructuras, opuestos al reino de Dios (25).

"La evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia si no toma en consideración al pueblo concreto *al que se dirige, si no utiliza su "lengua", sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea y no llega a su vida concreta" (EN, 63).*

La catequesis de adultos en la Iglesia particular

116. La catequesis de adultos, como etapa del proceso de la evangelización (26), participa de este esfuerzo evangelizador de la Iglesia particular por hacer presente el Evangelio en el espacio *socio-cultural* donde está inserta.

Esto quiere decir que toda Iglesia particular ha de ofrecer a sus miembros y a cuantos se acerquen a ella un proceso catequético que les permita conocer, vivir, disfrutar y difundir el Evangelio dentro de *su propio horizonte cultural.* De esta manera, la confesión de fe, en que desemboca la catequesis, puede ser proclamada en un lenguaje (27) comprensible y significativo. Los cristianos podrán, así, contar "en su propia lengua" (Hch 2,11) las maravillas que Dios obra en ellos.

La catequesis no hace alejarse de su mundo a los miembros de una Iglesia concreta, sino que les capacita para asumir, purificar, fortalecer y elevar todo lo que hay de bueno en él. No sería auténticamente eclesial la catequesis que ignorara las *condiciones culturales* de los adultos y no se realizara en referencia al sentido de la vida que ellos tienen. Una diócesis que no tomara en serio, en su catequesis, los rasgos culturales que le están condicionando ocultaría la significación del Evangelio para la vida del mundo.

"De la catequesis, como de la evangelización en general, podemos decir que está llamada a llevar la fuerza del Evangelio al corazón de la cultura y de las culturas" (CT, 53) (28).

Esta fidelidad de la catequesis a la cultura local no puede entrar en contradicción con su condición de ser un servicio a la unidad y comunión de la fe. De aquí que toda catequesis diocesana busque coordinar su tarea con otras Iglesias particulares, siguiendo las orientaciones de la Iglesia universal.

La catequesis de adultos, una acción vinculada al obispo

117. Siendo la catequesis de adultos una acción tan importante en la Iglesia particular, ya que es el cauce básico de transmisión del Evangelio, hay que concebirla muy ligada al *obispo.*

En la historia de la Iglesia se recuerda el papel preponderante de grandes y santos obispos que marcaron, con su iniciativa, el período más floreciente de la institución catecumenal. Es la época de Cirilo de Jerusalén y de Juan Crisóstomo, de Ambrosio y de Agustín, en la que brotan de la pluma de tantos Padres de la Iglesia obras catequéticas que siguen siendo puntos de referencia para nosotros (29).

La preocupación episcopal por la catequesis de adultos les exige estar muy cerca de los párrocos, responsables de la catequesis y de los catequistas en las comunidades, buscando con ellos la manera de convocar a la catequesis al hombre de hoy y de ayudarle a crecer en el proceso de la fe. El obispo ha de estar muy entrañado en la catequesis de adultos que se desarrolla en su diócesis, velando con cuidado por la catequesis de adultos que se desarrolla en su diócesis, velando con cuidado por

---

(24) "La Iglesia... no disminuye el bien temporal de ningún pueblo, antes al contrario, *fomenta y asume,* y al asumirlas las purifica, fortalece y eleva todas las capacidades, riquezas y costumbres de los pueblos en lo que tienen de bueno" (LG, 13). "Dichas Iglesias reciben de las costumbres y tradiciones, de la sabiduría y doctrina, de las artes e instituciones de sus *pueblos,* todo lo que puede servir para confesar la gloria del Creador, para ensalzar la gracia del Salvador y para ordenar debidamente la vida cristiana" (AG, 22).

(25) Se trata de "transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento... que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación" (EN, 19).

(26) Ver el cap. II de este documento: "La catequesis de adultos dentro del proceso evangelizador".

(27) "El *lenguaje* debe entenderse aquí no tanto a nivel semántico o literario cuanto al que podría llamarse antropológico y cultural" (EN, 63). "La evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia si no toma en consideración al *pueblo concreto* al que se dirige, si no utiliza su "lengua", sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea y no llega a su vida concreta" (EN, 63).

(28) Juan Pablo II, recogiendo las aportaciones del Sínodo sobre el laicado (1987), insiste en una formación que tenga muy en cuenta la cultura local: "En la labor formativa se deberá reservar una atención especial a la *cultura local,* según la explícita invitación de los Padres sinodales: "La formación de los cristianos tendrá máximamente en cuenta la cultura humana del lugar, que contribuye a la misma formación, y que ayudará a juzgar tanto el valor que se encierra en la cultura tradicional como aquel otro propuesto en la cultura moderna. Se preste también la debida atención a las *diversas culturas* que pueden coexistir en un mismo pueblo y en una misma nación" (Ch. L. n. 63).

(29) Las dificultades, a veces existentes, entre *teólogos y pastores* se obviarían con una mayor presencia de los obispos en la dirección de la acción catequética de modo que se provocara una mayor reflexión del quehacer cristiano por parte del servicio teológico de la Iglesia particular.

la autenticidad de la confesión de fe a la que prepara y proyectando los acentos y el perfil del hombre y mujer cristianos que quisiera ver en su Iglesia (30).

"¡Qué la solicitud por promover una catequesis activa y eficaz no ceda en nada a cualquier otra preocupación! Esta solicitud os llevará... a haceros cargo en vuestra diócesis, en conformidad con los planes de la Conferencia Episcopal a la que pertenecéis, de la alta dirección de la catequesis" (CT, 63).

ALGUNAS CUESTIONES PASTORALES

a. Se debe tomar plena conciencia de que la misión oficial de catequizar se recibe del obispo diocesano

118. A veces, determinadas experiencias de catequesis de adultos se realizan sin una *vinculación real* con el obispo que preside la Iglesia particular. En la práctica sucede, a veces, que la vinculación de muchos grupos catequéticos con el obispo o los presbíteros de sus comunidades se da en un nivel puramente formal, sin que éstos se vean solicitados a intervenir en la configuración, contenidos o método de la catequesis que se va a impartir (31). De hecho, hay catequistas que se ven a sí mismos más como enviados por su propia organización que por el obispo diocesano.

El problema no hay que plantearlo tanto a nivel *afectivo* cuanto a un nivel *eclesiológico,* ya que sólo el obispo es el que confiere la misión oficial de catequizar:

"Los catequistas reciben del obispo, *"primer responsable de la catequesis y catequista por excelencia" (CT, 63), la misión oficial o encargo para ejercer su tarea en nombre de la Iglesia y al servicio de su misión evangelizadora" (CF, 27).*

Uno de los objetivos que persigue la catequesis es establecere la *comunión* con la Iglesia y sus pastores. El vínculo eclesial que une al catequista con el obispo que le envía es objetivamente más fuerte que el que le une a los responsables de una determinada "familia" catecumenal.

b. Un entronque claro de la catequesis de adultos en el plan evangelizador de la diócesis

119. Todo proceso catequético con adultos que trate de implantarse en una Iglesia particular debe responder, al menos, a estas tres exigencias:

— Cumplir con las *características propias* de lo que es realmente catequesis, y que a lo largo de estas orientaciones estamos tratando de precisar. No conviene llamar catequesis a cualquier acción educativa desarrollada con adultos.

— Atender a las *exigencias socio-culturales* del lugar en que dicha catequesis se va a llevar a cabo, a la hora de realizar la programación catequética concreta.

— Entroncarlo en el *proyecto evangelizador* de la Iglesia particular. La catequesis, desde su carácter propio, ha de colaborar en su realización. Esto quiere decir que los grandes objetivos evangelizadores que una Iglesia se da han de configurar a la catequesis de adultos en sus propios planteamientos.

c. Necesidad de un departamento diocesano de catequesis de adultos

120. Para que una diócesis pase del nivel de la toma de conciencia a la puesta en práctica de la catequesis de adultos, es preciso contar con una *estructura organizativa* a la que dedique "sus mejores recursos de hombres y energías" (CT, 15), "personas dotadas de competencia específica" (DCG, 126) y "dignos de confianza de su obispo" (CT, 63).

Muchas diócesis comienzan a contar con un *responsable diocesano* para la catequesis de adultos, el cual —a su vez— acostumbra a trabajar con un equipo de colaboradores (32). Las tareas más propias de este *Servicio diocesano de catequesis de adultos* podrían ser, entre otras:

* Conocer la realidad catequética de adultos existente en la diócesis y entrar en contacto con ella.

---

(30) El Concilio recomienda a los obispos la preocupación por la catequesis: "Vigilen para que se de con diligente cuidado la formación *catequética"* (CD, 14). "En el ejercicio de su deber de *enseñar,* anuncien a los hombres el Evangelio de Cristo, deber que descuella entre los principales de los Obispos, llamándolos a la fe por la fortaleza del Espíritu o afianzándolos en la fe viva" (CD, 12).

(31) Pablo VI subraya muy bien el *carácter eclesial* de toda acción evangelizadora: "Ningún evangelizador es el dueño absoluto de su acción evangelizadora, con un poder discrecional para cumplirla según los criterios y perspectivas individualistas, sino en *comunión* con la Iglesia y sus Pastores" (EN, 60).

(32) *La catequesis de adultos en la comunidad cristiana* recomienda encarecidamente la organización de este *Servicio diocesano de catequesis de adultos:* "Dada la importancia y la complejidad, a un mismo tiempo, de la tarea se recomienda que el Obispo encargue a *una o más personas* para que dirijan y coordinen las diversas iniciativas de catequesis de adultos en la diócesis. Es útil recordar que, en algunos países, los *laicos* preparados prestan un válido servicio a nivel diocesano y parroquial como directores de la catequesis de adultos. Su contribución debe ser alentada y sostenida" (CACC, 82).

* Elaborar un proyecto diocesano de catequesis de adultos en el que se establezcan los criterios comunes a toda experiencia catequética que se realice.

* Estudiar el modo de promocionar y capacitar a sacerdotes, religiosos/as y laicos para la función catequizadora con adultos.

* Estudiar los distintos materiales catequéticos existentes en el ámbito de nuestra Iglesia, con vistas a recomendar, o en su caso a elaborar, los instrumentos más adecuados para la propia realidad.

* Fomentar la colaboración interdiocesana de una misma región, "de modo que las diócesis mejor dotadas ayuden a las demás y aparezca un programa de acción común que llegue a toda la región" (DCG, 127).

d. Hay que avanzar hacia una catequesis de adultos más enraizada en la propia cultura

121. Nuestra catequesis de adultos ha de avanzar hacia una mayor *inculturación* (33), para responder mejor a la diversa problemática social y cultural de nuestras gentes. Para ello consideramos que debería asumir los siguientes polos de atención:

— Que la preocupación por la *fidelidad doctrinal* se vea acompañada por una adecuada *"fidelidad al hombre"* (MPD, 9). La catequesis de adultos se resiente, a veces, por falta de adaptación (34).

— Consecuentemente, los *materiales catequéticos,* sean de elaboración propia o importados de otras diócesis, en consonancia con este principio, deben de tener en cuenta la problemática concreta de los fieles a los que se dirigen.

— De la misma forma, las *familias catecumenales* de implantación nacional, siguiendo este principio, deben evitar repetir en diócesis muy diversas los mismos esquemas y contenidos, y han de plantearse, por tanto, qué respuesta evangélica deben dar a los hombres concretos con los que se encuentran.

e. Necesidad de crear cauces de diálogo y reflexión entre los diferentes proyectos catecumenales...

122. La realidad de la catequesis de adultos en nuestras diócesis muestra una *diversidad* de tendencias catecumenales. De hecho, confluyen juntas en una misma Iglesia particular, en sus diversas zonas pastorales y, a veces, hasta en una misma parroquia.

El problema pastoral que aquí se plantea es acertar a conjugar, en la catequesis de adultos diocesana, la *unidad* de la fe con la *diversidad* de tendencias:

— La unidad de la fe es incuestionable en la Iglesia. Los creyentes, a partir del bautismo, están unidos por la confesión de una misma fe, de un mismo Señor: "Un solo Señor, una sola fe, un solo Dios y Padre" (Ef 4,5).

"Función principal de la catequesis es ese servicio a la unidad *de confesión de fe" (CC, 71) (35).*

— Esta unidad de la fe es compatible, sin embargo, con el pluralismo de sus expresiones. Toda la historia de la Iglesia lo demuestra. La catequesis está, también, al servicio de ese pluralismo legítimo:

"La variedad *en los métodos es un signo de vida y una riqueza" (CT, 51).*

El pluralismo en la catequesis puede provenir, por ejemplo, de la diversidad de horizontes culturales en los que se desenvuelve la vida de las distintas comunidades (36). Puede provenir, también, de las diferentes situaciones espirituales de las personas o de los distintos niveles de fe (37).

---

(33) "El término *"inculturación",* además de ser un hermoso neologismo, expresa muy bien uno de los componentes del gran misterio de la Encarnación" (CT, 53).

(34) "La catequesis es un instrumento de *inculturación,* es decir, que desarrolla y, al mismo tiempo, ilumina desde dentro las formas de vida de aquellos a quienes se dirige. La fe cristiana ha de encarnarse en las culturas por medio de la catequesis. La verdadera "encarnación" de la fe por medio de la catequesis supone no sólo el proceso de "dar", sino también de "recibir" (Sínodo 1977, sobre la catequesis, MPD, 5).

(35) "La catequesis para mantenerse fiel a su carácter propio dentro del proceso total de la evangelización, ha de ser un *servicio a la unidad de la confesión de fe"* (CC, 75).

(36) "Esta variedad es requerida también, en un plano general, por el *medio socio-cultural* en que la Iglesia lleva a cabo su obra catequética" (CT, 51). Ya hemos indicado cómo hemos de avanzar en este *pluralismo cultural* de la catequesis.

(37) En el capítulo segundo se han indicado, en esta línea, los diferentes tipos de destinatarios de la catequesis. Insistiremos en ello en el capítulo dedicado a la pedagogía. Esta diversidad de la catequesis según la diferente madurez de fe y otras circunstancias personales ha sido recordada por Juan Pablo II: "El grado de madurez eclesial y espiritual y muchas otras circunstancias personales postulan que la catequesis adopte métodos muy *diversos* para alcanzar su finalidad específica: la educación en la fe" (CT, 51).

...con el cuidadoso respeto a los diversos carismas catequéticos...

123. Entre nosotros, sin embargo, la diversidad de tendencias viene, sobre todo, de los diferentes *carismas* con que se han suscitado las diversas experiencias de catequesis de adultos que existen, varias de ellas de implantación nacional. Han surgido, así, diferentes "familias catecumenales" (38). Este fenómeno en sí mismo es *positivo.* Las dificultades surgen de una mala comprensión de su significado y de no saber poner al servicio de la comunión eclesial el ejercicio de tales carismas.

La pregunta que se le plantea, entonces, a todo responsable de la pastoral es cómo crear "las condiciones indispensables para que (esa variedad) sea útil y no perjudique a la unidad de la enseñanza de la fe" (CT, 51). La *convergencia* de esas diferentes tendencias en la unidad de la confesión de fe presenta, en la práctica, sus dificultades" (39). Si, como ocurre en ocasiones, el pluralismo catequético se hace divergente respecto a las exigencias de la comunión, la naturaleza misma de la catequesis en una diócesis queda afectada.

"La unidad de la acción catequética es fundamental para la unidad de la Iglesia" (CC, 76).

La solución a este problema pastoral no está en la uniformidad. A la unidad de la confesión de fe no se opone, propiamente, la diversidad y el pluralismo, sino la falta de diálogo y la negación de la convergencia y de la mutua complementariedad.

...y avanzando hacia una mayor unidad dentro del pluralismo catecumenal

124. Para profundizar en la posibilidad de un auténtico pluralismo catequético es importante tener en cuenta lo siguiente:

— Que la Iglesia particular tenga un *"proyecto diocesano de catequesis de adultos",* en el que se señalen las metas, contenidos, acentos evangelizadores, coordinaciones necesarias... que deben inspirar a las iniciativas catequéticas que puedan promoverse en la diócesis (40). Se trataría, como se ve, de unos "mínimos comunes", asumidos por todos y garantizadores de la unidad.

— Es necesaria la puesta en marcha, dentro de una Iglesia particular, de unos *cauces de convergencia* donde esas legítimas tendencias puedan coordinarse y complementarse mediante el diálogo y la colaboración mutuas. La creación de este espacio de intercomunicación puede resultar decisivo para la catequesis de adultos diocesana, ayudando a que las posibles tendencias o familias se enriquezcan mutuamente y se eviten posturas exclusivistas.

— En el contexto de este pluralismo catequético, han surgido en varias diócesis experiencias de catequesis de adultos promovidas directamente por el *Secretariado diocesano de catequesis.* Algunas tienen sus propios programas, orientaciones y materiales. ¿No será tarea obligada de los Secretariados diocesanos el promover tales experiencias con vistas a poder atender, sobre todo, a la gran masa de nuestros fieles?.

La catequesis de adultos de una Iglesia particular, *una* y sin embargo *diversa,* deberá inspirarse siempre en aquel vivo deseo del Señor:

"Que todos sean uno" (Jn 17,21) (41).

C. LA CATEQUESIS DE ADULTOS, UNA ACCION REALIZADA EN LA COMUNIDAD CRISTIANA

Las comunidades cristianas inmediatas

125. Por comunidad cristiana entendemos "la comunidad eclesial *inmediata* donde el creyente nace y se educa en la fe" (CC, 255). Es importante recordar que toda *comunidad cristiana* es la realización concreta del don de la *comunión* que el Espíritu concede a los cristianos (42).

---

(38) A propósito de los *carismas,* el Concilio manifiesta: "Estos *carismas,* tanto los extraordinarios como los más comunes y difundidos, deben ser recibidos con gratitud y consuelo porque son muy adecuados y útiles a las necesidades de la Iglesia" (LG, 12). Y añade a quién corresponde juzgar de su autenticidad: "El *juicio de su autenticidad* y de su ejercicio razonable pertenece a quienes tienen la autoridad en la Iglesia, a los cuales compete ante todo no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno (cf. I Tes 5,12 y 19-21)" (LG, 12).

(39) Hablando de las dificultades de *convergencia* que, a veces, se dan entre algunas familias catecumenales, *La catequesis de la comunidad* afirma lo siguiente: "La acción catequética de una Iglesia diocesana, hoy, no puede quedar a merced del pluralismo teológico, contemplando cómo se establecen procesos formativos o itinerarios catecumenales basados en inspiraciones teológicas que no favorecen la convergencia en la necesaria unidad de la profesión de fe" (CC, 76).

(40) Estas *Orientaciones pastorales* quieren ayudar, precisamente, a conseguir este fin.

(41) Recordemos también los entrañables textos del N.T. que hablan del espíritu de comunión, propio de los discípulos de Cristo:
— "En esto conocerán que sois mis discípulos: en que os amáis unos a otros" (Jn 13,35).
— "Tenían un solo corazón y una sola alma" (Hch 4,32).
— "Habrá un solo rebaño y un solo pastor" (Jn 10,16).

(42) La *comunidad cristiana* es la realización histórica del don de la *comunión,* concedido por Dios: "La *comunión,* en efecto, se refiere a los bienes que surgen de la vida trinitaria y unen a todos los creyentes. Mientras que la *comunidad* es la realidad histórica y visible de la Iglesia, hecha de palabras, de signos, de estructuras, de iniciativas prácticas, de relaciones personales que brotan de la comunión" (CC, 254).

Los ámbitos comunitarios en los que puede realizarse la catequesis de adultos son *diversos* (43), y entre ellos destaca la *parroquia* como la forma más habitual de comunidad cristiana y lugar privilegiado para la catequesis.

"La comunidad parroquial debe seguir siendo la animadora de la catequesis y su lugar privilegiado" (CT, 67).

La *parroquia* está llamada a ser una casa de familia, fraterna y acogedora, donde los bautizados se hacen conscientes de ser el pueblo de Dios. Por ser la catequesis el descubrimiento de las riquezas recibidas en el bautismo, la parroquia —en cuya pila bautismal los cristianos reciben el germen de la fe— es el ambiente especialmente indicado para realizarla (44).

Junto a la parroquia, nos referimos también —como ámbitos de catequesis de adultos— a los *movimientos apostólicos* (45), que anuncian el Evangelio en ambientes más caracterizados por la clase social o por la actividad profesional, a las *asociaciones de fieles* (46), surgidas en torno a un carisma concreto, o especializadas en algunos de los elementos que integran la tarea evangelizadora de la Iglesia y a las denominadas *comunidades eclesiales de base* que, asentadas sobre unas relaciones interpersonales intensas son "un valioso instrumento para la formación cristiana y la penetración capilar del Evangelio en la sociedad" (47).

La catequesis de adultos, responsabilidad de toda la comunidad cristiana

126. La catequesis, transmisión del Evangelio a todos los que se inician en la fe, es responsabilidad de toda la comunidad cristiana:

"El Pueblo de Dios siempre debe entender y mostrar que la iniciación de los adultos es cosa suya y asunto que atañe a todos los bautizados" (RICA, 14) (48).

El sentido materno de la comunidad cristiana, que a través de todo lo que le hace vivir va alimentando a los catequizandos, proporciona el *medio vital* en el que esta transmisión del Evangelio se realiza (49). La referencia y el contacto con la comunidad cristiana, a lo largo de la catequesis, es algo obligado. Sólo el trato con ella, donde la vida es entendida, vivida y celebrada según el Evangelio, puede suscitar, alimentar y satisfacer el deseo de vivir como discípulo de Jesús.

La catequesis de adultos es, por tanto, una acción educativa que se realiza *desde* la responsabilidad de toda la comunidad, *en* un contexto o clima comunitario referencial, *para* que los adultos que se catequizan se incorporen activamente a la vida de dicha comunidad.

"El lugar o ámbito normal de la catequesis es la comunidad cristiana" (MPD, 13).

La comunidad cristiana acompaña a la catequesis de adultos a través de diversas acciones

127. La comunidad cristiana está presente de muchas maneras en la acción catequizadora con los adultos:

— Muchos de los catequizandos deben, posiblemente, su presencia en la catequesis a que algunos miembros de la comunidad, por el propio testimonio y la palabra de la fe, les han animado a participar en ella, despertándoles el interés por la fe y acompañándoles en los primeros pasos de su caminar.

— El catequista actúa como portavoz de la comunidad, transmitiendo lo que ésta está viviendo. Hace, así, de puente entre el adulto y la comunidad cristiana. Todo buen catequista es "un árbol arraigado en el terreno firme de la comunidad cristiana" (CF, 72).

— La comunidad, a través de algunos de sus miembros, toma parte en las tareas catequizadoras, siempre que el grupo catequético —o el

---

(43) Para una explicación más detallada de estos diferentes *ámbitos comunitarios* en que se puede realizar la catequesis de adultos ver el apartado: "La catequesis se realiza a través de diversos ámbitos comunitarios" (CC, 267-282).

(44) CC, 268-271.

(45) CC, 281-282.

(46) CC, 281-282.

(47) Juan Pablo II: *Mensaje a los líderes de las comunidades de base del Brasil.* Ver también *Los fieles laicos,* n. 61 y *La catequesis de la comunidad,* n. 277-280. De las comunidades eclesiales de base, Pablo VI dice, entre otras cosas:

— "Son destinatarias privilegiadas de la evangelización" (EN, 58).

— "Nacen de la necesidad de vivir con más intensidad la vida de la Iglesia" (EN, 58).

— Se da en ellas "la búsqueda de una dimensión más humana que difícilmente pueden ofrecer las comunidades eclesiales más grandes, sobre todo en las metrópolis urbanas" (EN, 58).

(48) Ya el Concilio había recordado esta responsabilidad común de la comunidad cristiana en la transmisión de la fe: "Esta iniciación cristiana durante el catecumenado no deben procurarla solamente los catequistas y sacerdotes, sino toda la comunidad de los fieles" (AG, 14). Esta presencia activa de toda la comunidad cristiana respecto a los catecúmenos es igualmente necesaria cuando se trata de la catequesis de adultos con bautizados: "Como a los catecúmenos, también a estos adultos debe ofrecer la comunidad de los fieles su ayuda con caridad fraterna" (RICA, 298).

(49) El aspecto maternal de la comunidad cristiana ha sido muy bien recogido por el Concilio: "La comunidad eclesial ejerce... una verdadera *maternidad* para conducir las almas a Cristo" (PO, 6).

catequista— lo requieran. Comunican, entonces, su experiencia de fe, dan a conocer la forma en que oran, manifiestan cuáles son sus compromisos apostólicos, participan en algunas celebraciones de grupos... "La catequesis debe apoyarse en el testimonio de la comunidad eclesial" (DCG, 35).

— La comunidad acoge a los adultos catequizados al término de la catequesis en un ambiente donde puedan vivir, con la mayor plenitud posible, lo que han empezado a experimentar. "La catequesis corre el riesgo de esterilizarse si una comunidad de fe y vida cristiana no acoge al catecúmeno en cierta fase de su catequesis" (CT, 24) (50).

IMPLICACIONES PASTORALES

a. Las parroquias deben asumir la catequesis de adultos como cosa suya

128. En el marco de muchas parroquias tienen lugar experiencias de catequesis de adultos. Ocurre, sin embargo, a menudo que esas experiencias no se presentan como catequesis de adultos parroquial. No quedan integradas en los planes pastorales de la comunidad.

Es importante que los párrocos, que se sienten responsables de la catequesis de niños, adolescentes y jóvenes, asuman también su grado de responsabilidad de pastores en la catequesis de esos adultos de su comunidad. Conviene que sigan de cerca, con todo afecto, bien personalmente, bien por medio del catequista, el desarrollo de la vida de esos grupos y han de estar dispuestos a acompañarles en todo lo que pudieran necesitar.

Los mismos grupos, por su parte, tienen que hacer el esfuerzo de verse a sí mismos como la catequesis de la comunidad parroquial y, por tanto, en comunión y consonancia con ella y con sus pastores.

b. Muchas veces la catequesis de adultos cuestionará la orientación pastoral de la parroquia...

129. Una catequesis de adultos bien hecha interpela, ordinariamente, la orientación y organización de las comunidades parroquiales. La puesta en marcha de la catequesis de adultos en una parroquia no es algo intrascendente, ya que ella "educa al cristiano para su inserción plena en la comunidad de los discípulos de Jesucristo" (MPD, 10), y esto trae sus consecuencias.

Los responsables de la pastoral parroquial, antes de iniciar esta experiencia, han de ser conscientes:

* Por una parte, de que la madurez cristiana de un laico va más allá que los niveles que puede proporcionar un proceso catequético, por muy intenso que éste sea. Esto implica que hay que prever una labor de *continuidad formativa.*

* Por otra parte, los pastores han de estar abiertos al hecho de que unos adultos catequizados, "mayores de edad", ordinariamente van a solicitar de la comunidad que se promuevan atenciones y actividades que pueden obligar a *revisar* cuanto sea necesario para responder adecuadamente a esta demanda.

...y exigirá de ella cauces de referencia y continuidad

130. Para organizar la catequesis de adultos, una parroquia necesita, entre otras cosas, lo siguiente:

— Ha de tener un *proyecto evangelizador* coherente, de forma que se haya planteado, con valentía, la necesidad de llamar a la fe a los alejados y de educar básicamente a todos los que lo necesiten. Sin este plan de acción misionera la catequesis de adultos no podrá llegar a cuajar.

— Debe prever la *continuidad formativa* de un proceso de catequesis que, por su naturaleza, es temporal. Son muchos los catequizandos que se preguntan qué va a ser de ellos al final de la catequesis. Los adultos, en efecto, van a culminar el proceso de su formación con una altura de fe, un estilo de oración y celebración y una ilusión por vivir el compromiso de la fe... que deben ser atendidos.

— Habrá de contar, también, con un *núcleo comunitario* referencial, compuesto por los cristianos más comprometidos con su fe y a los que —superada una pastoral uniformizada— se les está dando un tratamiento pastoral adecuado a su nivel. Esta plataforma comunitaria va a ser punto de referencia fundamental para la catequesis de adultos y órgano de acompañamiento de la misma (51).

---

(50) El RICA (n. 41) enumera con detalle las diversas tareas que, a lo largo de la formación, debe realizar la comunidad con los catecúmenos. La catequesis de adultos con bautizados tiene derecho a esperar de la comunidad cristiana donde se realiza un apoyo análogo.

(51) Es el propio Juan Pablo II quien, recogiendo el sentir sinodal, recomienda vivamente la *renovación de las parroquias:* "Los Padres sinodales han considerado atentamente la situación actual de muchas parroquias solicitando una *decidida renovación* (...). Para que todas estas parroquias sean verdaderamente comunidades cristianas, las autoridades locales deben favorecer:

a) La *adaptación de las estructuras parroquiales,* con la amplia flexibilidad que concede el derecho canónico, sobre todo promoviendo la participación de los laicos en las responsabilidades pastorales;

b) Las pequeñas *comunidades eclesiales de base,* también llamadas comunidades vivas, donde los fieles puedan comunicarse mutuamente la Palabra de Dios y manifestarse en el recíproco servicio y en el amor" (C. L. n. 26).

c. La actitud del párroco ante la catequesis de adultos en la comunidad

131. Los párrocos, "que reúnen en nombre del obispo a la familia de Dios" (PO, 6) deben estar abiertos a las posibles y diversas experiencias de catequesis de adultos que puedan darse en su comunidad. Algunos pueden cerrarse a iniciativas interesantes por el solo hecho de provenir de la base, sin suscitarlas ellos directamente. En relación a estos posibles grupos, los presbíteros deberán recordar el deseo del Concilio:

"Que nadie se sienta extraño en la comunidad de los fieles" (PO, 9).

Otras veces puede ocurrir lo contrario. El párroco, en ese caso, se identifica con una experiencia catequética determinada de tal modo que se deja acaparar o monopolizar por ella. Queda, entonces, atado a un grupo cristiano muy concreto que, acaso, no está bien integrado en la comunidad de la que él es pastor. Han de evitarse, con todo cuidado, estos cotos al margen de la vida parroquial. La catequesis de adultos no puede convertirse en una organización pastoral paralela a las parroquias, que aleje de la vida de las mismas a sus miembros mejores.

Lo que se ha afirmado de los párrocos es aplicable, en su medida, a aquellos presbíteros que se dedican a la tarea concreta de la catequesis de adultos.

"Los presbíteros están puestos en medio de los seglares para conducirlos a todos a la unidad de la caridad" (PO, 9).

d. La educación del espíritu comunitario en la vida de un grupo

132. La vida cristiana en comunidad no se improvisa. Hay que educarla con cuidado. Como dice el Concilio, hay que "cultivar debidamente *el espíritu de comunidad"* (PO, 6).

Para conseguir la vivencia comunitaria la *dinámica grupal* es muy importante para la catequesis. Los adultos van descubriendo en el grupo lo que es vivir en comunidad:

"El grupo que en el desempeño de su tarea alcanza un buen nivel de funcionamiento puede ofrecer a sus miembros no solamente ocasión de formación religiosa, sino también una magnífica experiencia de vida eclesial" *(DCG, 76) (52).*

En este aprendizaje de la vida comunitaria son varias las *actitudes evangélicas* que hay que ir descubriendo. La catequesis sobre la comunidad cristiana que nos brinda el evangelio de Mateo (cap. 18) nos indica algunas de esas actitudes: el espíritu de sencillez y humildad, la solicitud por los más pequeños y humildes, la atención preferente por los que se han alejado, la corrección fraterna, la oración en común, el perdón mutuo... (53).

Hay que dar gracias a Dios por esos grupos de catequesis de adultos que se han dejado guiar por estas actitudes, recomendadas por el propio Jesús.

"Eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones" (Hech 2,42).

VI. FINALIDAD DE LA CATEQUESIS: LA CONFESION DE FE

"La catequesis tiene su origen en la confesión de fe *y conduce a* la confesión de fe" *(MPD, 8).*

133. Es importante definir bien la *meta* o *finalidad* de la catequesis porque, en definitiva, el objetivo final marca la trayectoria a seguir durante el proceso.

A la hora de definir la finalidad de la catequesis nos encontramos, en las orientaciones oficiales de la Iglesia, con descripciones que apuntan hacia aspectos diversos y, a la vez, complementarios.

* Así, unas apuntan hacia la vinculación a Dios en Cristo: "Por obra de la catequesis, las comunidades cristianas adquieren un conocimiento más profundo y vivo de *Dios* y de su designio salvífico, que tiene su centro en *Cristo"* (DCG, 21).

* Otras expresiones destacan la eclesialidad que persigue la catequesis: "La meta de la catequesis consiste en hacer del catecúmeno un miembro activo de la vida y misión de la *Iglesia"* (CC, 60).

* Otras, en fin, subrayan más el aspecto confesante de la fe en medio de los hombres: "Es en este *mundo* (difícil) donde la catequesis debe ayudar a los cristianos a ser, para su gozo y para el servicio de todos, luz y sal" (CT, 56).

134. Sintetizando los diferentes aspectos de la finalidad de la catequesis a que apuntan estas ex-

(52) El Concilio expresa la necesidad de una "educación en *el espíritu de la comunidad"* (PO, 6). hablando de la importancia del grupo, el *Directorio general de catequesis* dice: "Tratándose de adultos, *el grupo* puede ser considerado hoy como la condición de una catequesis que se proponga formentar el sentido de la corresponsabilidad cristiana" (DCG, 76).

(53) Otra pista posible para determinar las actitudes evangélicas básicas que configuran a una comunidad cristiana es el referirse al famoso *himno al amor fraterno* de S. Pablo, recogido en el capítulo XIII de la primera carta a los corintios.

presiones podemos decir, con el Sínodo de 1977, que la finalidad de la catequesis es la *confesión de fe,* esto es, la entrega confiada del hombre a *Dios,* realizada en la *Iglesia,* para el servicio al *mundo* (54).

La catequesis trata, en efecto, de propiciar:

* la vinculación fundamental del hombre *a* Dios (metanoia),

* *en* la comunión eclesial (koinonía),

* *para* el servicio al mundo (diakonía).

Las tres dimensiones *(teologal, eclesial* y *diaconal)* forman parte integrante de la finalidad de la catequesis, y se implican mutuamente. El cristiano se encuentra con *Dios* en la *Iglesia,* y en una Iglesia enviada al *mundo* para anunciarle —con palabras y obras— la salvación.

La consecución de esta meta se expresa en una *confesión de fe* adulta y verdadera, no sólo de labios afuera.

"La catequesis es esa forma peculiar del ministerio de la palabra que hace madurar la conversión inicial *del cristiano hasta hacer de ella una viva, explícita y operante* confesión de fe" *(CC, 96) (55).*

135. En el presente capítulo se tratará, en un primer apartado, de delimitar el alcance de una *confesión de fe* adulta, como meta de la catequesis.

Después, más detenidamente, habrá que examinar cómo esa confesión de fe es un *proceso vinculador,* que nos une en primer lugar a Jesucristo y, a partir de él, a Dios trino, a la Iglesia y al mundo(56).

Finalmente, se describirán los *rasgos del cristiano adulto* que nace de la catequesis y hacia el que todo proceso catequizador apunta continuamente.

A. LA CATEQUESIS TIENE COMO META LA CONFESION DE FE

La confesión de fe es inherente al Bautismo

136. La *confesión de fe* es esencial al Bautismo. Este es, en realidad, "el sacramento de la fe" (57). La triple pregunta de la profesión de fe precede inmediatamente a la inmersión o a la infusión del agua (58). En verdad, la Iglesia nos bautiza en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, Dios trino a quien, por la confesión de fe, confiamos nuestra vida.

En el caso del bautismo de adultos, esta confesión de fe se prepara largamente *antes,* durante el catecumenado. A través de la confesión bautismal, precisamente, todo el catecumenado desemboca en el bautismo.

Cuando uno se bautiza de niño lo hace en la fe de la Iglesia. La catequesis nos capacita *después* para hacer nuestra, de manera personal, esa confesión que se hizo en nuestro nombre.

En cualquiera de las dos hipótesis la confesión de fe es esencial al bautismo, como una parte del mismo. En consecuencia, tanto el *catecumenado,* que prepara esa confesión, como —en nuestro caso— la *catequesis de adultos* que la personaliza, son una exigencia del mismo bautismo.

La catequesis queda, así, penetrada por su *dimensión bautismal.* Su meta no es otra que la confesión adulta de una fe depositada germinalmente en el bautismo. No persigue, por tanto, otra cosa que ayudarnos a asumir personalmente nuestra condición de bautizados (59).

La confesión de fe, manifestación de nuestra entrega a Dios

137. En la gran tradición eclesial, la confesión de fe más estrictamente vinculada al proceso de la

---

(54) *La catequesis de adultos en la comunidad cristiana,* del Consejo Internacional para la catequesis, señala —igualmente— las tres dimensiones de la finalidad de la catequesis:
— La conversión al Señor.
— La pertenencia a la comunidad cristiana.
— Ser cristianos en el mundo (ver CACC, n. 36-38).

(55) Recordemos que el propio Jesús veló por la autenticidad de la confesión de fe de sus discípulos: "No todo el que dice ¡Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mt. 7,21).

(56) Obviamente no se pretende en este capítulo señalar todos los elementos que la catequesis de adultos debe integrar. Se recuerdan sólo algunos aspectos que se deben cuidar, hoy especialmente.

(57) RICA, Observaciones generales, n. 3. El Catecismo III, *Esta es nuestra fe* nos recuerda también lo mismo: "La gran Tradición de la Iglesia ha llamado al Bautismo *sacramento de la fe"* (Ver pág. 231).

(58) Ver RICA, n. 220.

(59) Recordemos, una vez más, que el Catecumenado bautismal es el modelo en el que la catequesis de adultos debe inspirarse: "El modelo de toda la catequesis es el catecumenado bautismal, formación específica que conduce al adulto convertido a *la profesión de su fe bautismal* en la noche pascual" (MPD, 8).

iniciación cristiana es la *Profesión de fe apostólica.* El llamado Credo o Símbolo de los apóstoles, en efecto, es una fórmula que la Iglesia ha utilizado, desde muy antiguo, para profesar su fe bautismal y para iniciar en esa fe a los catecúmenos (60).

El Símbolo apostólico no presenta verdades abstractas sino las *obras* más importantes que Dios ha realizado en favor de los hombres. Es un resumen de la historia de la salvación en el que "se recuerdan las grandezas y maravillas de Dios" (RICA, 25), sus intervenciones salvíficas más decisivas realizadas en la historia humana. Es la "narratio salutis".

En este sentido, el Credo apostólico, de estructura trinitaria, nos relaciona con un Dios *comunicativo* que actúa en favor del hombre. Al recitarlo, el cristiano se dirige a un Dios que se manifiesta hacia nosotros como creador, salvador y vivificador. Sólo a partir de esa "economía" salvífica vislumbramos la "teología" intratrinitaria, es decir, la realidad de Dios en sí misma.

La confesión de fe descansa toda ella en la primera palabra que el cristiano pronuncia: *CREO EN.* Se repite tres veces y se refiere sólo a las personas divinas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Con esta expresión manifestamos algo más que un puro asentimiento racional, expresamos nuestra entrega plena e incondicional al *único Dios* (61). Es el gesto más grande que un hombre puede hacer ya que, vinculándose libremente a la fuente de su ser, renuncia a servir a cualquier absoluto humano. La confesión de fe en Dios es la proclamación de querer liberarnos de cualquier ídolo que nos esclavice. Es, por tanto, un canto de libertad.

Con la confesión de fe en el *Dios uno y trino* los cristianos proclamamos que nuestra existencia humana no es fruto de la casualidad ni consecuencia de una ciega necesidad sino fruto de un designio amoroso. Mediante ella, al confiar nuestra vida a Dios, uno en esencia y trino en personas, manifestamos que el fondo de nuestro ser es comunión participada, sabiéndonos amados por el Dios tres veces santo y capaces, por encima de nuestros egoísmos, de amar a los demás (62).

La confesión de fe, participación en la fe de la Iglesia, que vive al servicio del mundo

138. La confesión de fe sólo es plena referida a la Iglesia. Nuestro Credo no es una proclamación de creyentes aislados sino *la profesión de fe del pueblo de Dios,* como tal, que es la Iglesia (63).

"Te per orbem terrarum
sancta confitetur Ecclesia" (Te Deum).

"A Ti, a través del orbe terrestre,
confiesa la santa Iglesia".

Cada nuevo bautizado recita en singular el Credo durante toda su vida, incluso en la asamblea litúrgica, pues ninguna acción es tan personal como ésta. Pero lo recita siempre *en* la Iglesia y a través de ella, puesto que lo hace como miembro suyo. La fe cristiana no es sino participación de la fe común de la Iglesia (64). Toda fe auténtica se vincula con la fe de la Iglesia, con esa fe perfecta, casta, íntegra e indefectible, como la que corresponde a una Esposa sin mancha (65).

Pero esta confesión de fe de la Esposa de Cristo brota de una Iglesia *peregrina,* en estado de misión, luz y sal de este mundo, anunciadora del Evangelio. No es aún la proclamación gloriosa del final del camino sino la de una presencia misionera en medio de un mundo que, a veces, le rechaza. La confesión de fe está, en la misión, vinculada a la *persecución:* "No temáis a los que matan al cuer-

---

(60) Ver Catecismo III. *Esta es nuestra fe,* pág. 87.

(61) Es conocida la explicación de S. Agustín sobre el alcance del *credere in Deum* (creer en Dios) como distinto y más profundo que el mero *credere Deum* (creer que Dios existe) o el *credere Deo* (creer a Dios que nos revela algo). Sólo el *credere in Deum* expresa la entrega libre y total del hombre a Dios. Ver en *S. Agustín, In Ioannem,* tract. 20,6; *In psalmun* 77, n. 8. En el s. XIII, *S. Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino* se atendrán a esta triple acepción del "Creo" y la desarrollarán metódicamente. "He aquí la regla de nuestra fe:

— *Dios Padre,* no creado y creador del universo; así es el primer artículo.

— El segundo artículo se refiere al *Verbo de Dios,* Cristo Nuestro Señor, que se hizo hombre como nosotros, y que aparecerá al fin de los tiempos para recapitular todas las cosas.

— El tercero se refiere al *Espíritu Santo,* gracias al cual los profetas profetizan y que al final ha descendido de una manera nueva sobre toda la humanidad" (*S. Ireneo, Demostración de la predicación apostólica,* 6-7).

(62) La confesión de fe tiene así, al mismo tiempo, una dimensión *doxológica,* de alabanza y acción de gracias a Dios, y una dimensión *martirial,* de testimonio y confesión de fe ante los hombres. La *Eucaristía* y la *Confirmación* van a acentuar estas dimensiones ya incluidas en el *Bautismo.* En rigor, la meta de la catequesis, que es la confesión adulta de la fe, viene pedida por los tres sacramentos de la iniciación cristiana. "La catequesis, para educar al catecúmeno en el sentido de la nueva existencia recibida en el Bautismo, lo inicia en la *profesión de la fe cristiana,* en la que se expresa la razón de su esperanza y la raíz de su existir" (CC, 164).

(63) Es así, precisamente, como Pablo VI ha llamado al último símbolo oficial de la Iglesia: *El Credo del pueblo de Dios.*

(64) *Teodoro de Mopsuestia,* en una de sus homilías catequéticas, concluye su explicación de la profesión de fe con las siguientes palabras: "Yo creo y soy bautizado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, *dentro* de una única, santa y católica Iglesia" *(Décima homilía catequética,* n. 19).

(65) Estos son los epítetos que utiliza *S. Cipriano* refiriéndose a la fe de la Iglesia. Ver *Epist* 73, c. II. La fe de la Iglesia tuvo su primera expresión en la *confesión de S. Pedro* cerca de Cesarea de Filipo: "Tu eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo". De ella dice *Sto. Tomás:* "¡O feliz confesión, no dictada por la carne ni la sangre, sino revelada por el Padre celestial. Ella, en la tierra, es la que fundó la Iglesia" (En *Catena super Matthaei evangelium).*

po, que al alma no pueden matarla... A todo el que me *confesare* delante de los hombres, yo también le *confesaré* delante de mi Padre" (Mt 10, 28-32) (66).

Esta es, pues, la *meta* de la catequesis: propiciar la *confesión de fe* en Dios, desde el seno de una Iglesia que, presente en el mundo, le da lo mejor de sí misma a pesar del rechazo y la incomprensión.

B. LA CATEQUESIS, UN PROCESO VINCULADOR A JESUCRISTO

"La vida cristiana consiste en seguir *a Cristo" (CT, 5).*

139. La meta que persigue la catequesis es esa entrega, inicial y básica, del hombre a Dios expresada en la confesión de fe. En otras palabras, trata de propiciar una *vinculación fundamental.*

Hablar de vinculación es hablar de unión por medio de un vínculo, de incorporación, de compromiso que condiciona toda la vida.

La vinculación a Dios se realiza a través de *Cristo.* La catequesis trata de propiciar la vinculación básica del hombre con Jesucristo.

La conversión inicial a Jesucristo, que la catequesis ayuda a madurar, es requisito indispensable para seguir un proceso de catequización. Incorporarse a él —o ser admitido— por razones distintas del deseo de llegar a ser una sola cosa con Jesucristo compromete el resultado final. Y esto es algo que, a veces, ocurre.

"En la catequesis lo que se enseña es a Cristo... *La constante preocupación de todo catequista debe ser la de comunicar la doctrina y la vida de* Jesús *(CT, 6) (67).*

Cristocentrismo de la catequesis

140. Esta vinculación del cristiano con Cristo es el *centro* de toda la vida espiritual, y por tanto el centro de la catequesis que en ella inicia. Si Él es "el camino, la verdad y la vida" (Jn 14,6), no hay otra forma de acceder a Dios si no es por El.

"La catequesis necesariamente debe ser cristocéntrica" *(DCG, 40).*

Son muchas las razones que se pueden aducir para mostrar el lugar central de Jesucristo en la catequesis. Recordemos sólo algunas:

— La auténtica catequesis es siempre una iniciación a la revelación (ver CT, 22), y Cristo es la plenitud de dicha *revelación* y el centro de la historia de la salvación (68).

— En la catequesis se amplía y profundiza el núcleo del *kerigma* que propone el primer anuncio y que tiene como centro a Jesús resucitado, constituido como Señor (69).

— La catequesis nos ayuda a entender, asumir y desarrollar la virtualidad recibida en el *Bautismo* y sabemos que el Bautismo es el sacramento por el que "nos configuramos con Cristo" (LG, 7).

— La catequesis tiene como meta la *confesión de fe,* cuya fórmula más primitiva profesa que "Jesús es el Señor" (I Cor 12,3) (70).

Jesucristo nos vincula a El por medio del Espíritu Santo

141. El *Espíritu Santo,* al que los profetas habían anunciado llenando de dones al Mesías, rodeó toda la vida de Jesús, comenzando por su concepción, realizada "por obra del Espíritu Santo" (Mt 1,20).

---

(66) *Tertuliano,* por ejemplo, se expresa de esta forma: "Quien haya sido interrogado en la tierra y haya confesado se llevará con él las llaves del cielo... La *persecución* es el elemento indispensable de toda confesión... La persecución se consuma en la confesión" *(Scorpiace,* c. 10).

(67) *Catechesi Tradendae* insiste en esta idea: "La *finalidad* de la catequesis es la de ser un período de enseñanza y madurez, es decir, el tiempo en que el cristiano, habiendo aceptado por la fe *la persona de Jesucristo* como el solo Señor y habiéndose prestado una adesión global con la sincera conversión del corazón, se esfuerza por conocer mejor a ese *Jesús* en cuyas manos se ha puesto" (CT, 20). El RICA, en el momento de la *signación,* cuando el catecúmeno recibe la señal de la cruz de Cristo, indica cómo el celebrante debe hacer esta recomendación al que empieza la formación catecumenal: "Aprende ahora a *conocerle y seguirle*" (RICA, 83). Toda la finalidad de la catequesis se encierra en esta objetivo. El propio Concilio ya lo había expresado lapidariamente al definir en qué consiste *el catecumenado,* "con el que los discípulos *se unen* a Cristo su Maestro" (AG, 14). La finalidad de la catequesis de adultos es establecer esta *unión,* esta *vinculación* del hombre con Jesucristo. El verbo que utiliza el Concilio, *"coniungere",* apunta a la hondura de la vinculación que se pretende. Es análoga a la que une a los "cónyuges" en matrimonio.

(68) Esta es una afirmación reiterada en *Dei Verbum:*

— Jesucristo es *"mediador y plenitud* de toda la revelación" (DV, 2).

— Jesucristo "lleva a *plenitud* toda la revelación" (DV, 4).

Es el propio *Jesús* el que muestra a los discípulos de Emaús que todas las Escrituras apuntan a él como a su centro: "Y comenzando por Moisés y por todos los profetas les fue mostrando cada una de las Escrituras que se referían a él" (Lc 2,27).

(69) *S. Pedro,* en su primer discurso, lo afirma claramente: "Dios ha constituido *Señor y Mesías* al mismo *Jesús* a quien vosotros habéis crucificado" (2,36).

(70) Fil. 2,11: "Que toda lengua *confiese* que Jesucristo es *Señor".* Rom. 10,9: "Si *confesares* con tu boca al *Señor* Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos serás, salvo".

Son muchos los textos evangélicos que nos presentan a Jesús "lleno del Espíritu Santo" (Lc 4,1) (71). Pero es en la resurrección donde la acción del Espíritu llega a su culminación (72).

Cristo resucitado, poseedor de la plenitud del Espíritu Santo, lo prometió a sus discípulos, para ayudarnos a entender su obra y tener la fuerza suficiente de culminarla: "Cuando venga el Espíritu de la verdad os guiará hasta la verdad completa" (Jn 16,13).

Así es, en efecto. El Espíritu Santo actúa en nosotros, al decir de los Santos Padres, como "el principio de la vida o el alma (actúa) en el cuerpo humano" (LG, 7) (73).

Es, por tanto, el Espíritu Santo quien nos vincula a Cristo. El va iluminándonos con lo recibido de Cristo y nos va configurando poco a poco con El. Esta gestación de Cristo en nosotros se realiza, de forma preeminente, a lo largo del proceso catequizador. Al catequizar, la Iglesia podría muy bien decir con San Pablo:

"¡Hijos míos, por quienes sufro dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros!" (Gál 4,19).

De esta forma Cristo se hace presente, vive y actúa en nosotros a través de su Espíritu:

"Habéis llegado a ser Cristo, porque habéis sido marcados por el Espíritu Santo" (S. Cirilo de Jerusalén, *Cat 21,1) (74).*

Cuestiones catequéticas en torno a la vinculación a Cristo:

142. Es innegable que la catequesis que se realiza, hoy, con adultos se orienta a procurar un mayor acercamiento de los catequizandos a *Cristo.* Jesucristo se convierte en un eje de atracción sobre el que gira toda la vida cristiana. Los adultos se miran en El como en un espejo, confrontan sus actitudes vitales con las suyas, aprenden a reaccionar ante los acontecimientos como El... De todas formas es necesario preguntarse a qué Cristo vincula la catequesis. Es preciso, en efecto, que el adulto entre en contacto con todas las dimensiones de la figura de Jesucristo.

Se ha de velar para que la calidad de esta vinculación a Jesucristo sea lo más evangélica posible y esté en total sintonía con el sentir de la Iglesia (75). Señalamos, a este respecto, algunas exigencias que la catequesis de adultos debe atender.

a. Vincular a Cristo en su dimensión humana y divina...

143. Es necesario que la vinculación del adulto con Cristo tenga en cuenta, al mismo tiempo, su dimensión *humana* y su dimensión *divina.* A veces, en efecto, al subrayar la humanidad de Jesús, y tratar de situar su vida y su mensaje en sus coordinadas históricas —logro sin duda positivo—, se destaca menos su *divinidad* (76).

La vinculación queda, en este caso, dañada. Jesús es algo más que un modelo ético a imitar. Por su condición divina nuestra experiencia humana queda incorporada a la suya y participa de su destino: vivimos, sufrimos, morimos y resucitamos *con* Cristo.

b. ...siguiéndole en el camino del Siervo...

Otras veces, por el contrario, la vinculación que propicia la catequesis no destaca suficientemente el camino concreto a través del cual Jesús fue obediente a su Padre, y que no es otro que *el camino del Siervo.* Hay que hacer descubrir al adulto este camino, basado en la pobreza, la obediencia, el servicio y la entrega (77). En este sentido, la

---

(71) Ver también Lc 4,18; 10,21...

(72) "Con la resurrección de Jesucristo han comenzado ya los últimos tiempos anunciados por los profetas: en ella tuvo lugar la *máxima* efusión del Espíritu Santo" (Catecismo III, *Esta es nuestra fe,* pág. 160).

(73) Ver *S. Agustín, Serm.* 268,2; PL 38,1232. *S. Juan Crisóstomo, In Ep hom,* 9,3; PG 62,72. *Didimo Alej, De Trin* 2,1; PG 39,449.

(74) *S. Agustín* incide en la misma idea: "Alegrémonos: hemos sido hechos no solamente cristianos, sino Cristo" (*In Evang. Ioan.* 21,8).

(75) "No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios" (EN, 22).

(76) "Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre" (*Símbolo niceno-constantinopolitano*). "Los Padres del Sínodo estuvieron bien inspirados cuando pidieron que se evite reducir a Cristo a su sola humanidad y su mensaje a una dimensión meramente terrestre, y que se le reconociera más bien como el Hijo de Dios, el mediador que nos da libre acceso al Padre en el Espíritu" (CT, 29). "No basta predicar un seguimiento de Jesús, fijándose sólo en su vida terrena, considerándolo solamente como mero profeta y pretendiendo hacer de El casi únicamente un reformador de la historia, Jesús muere, sin duda, a manos de los poderes injustos de este mundo. Pero esta muerte, interpretada desde la fe cristiana, es en último término la culminación de la entrega irrevocable que Dios hace de su hijo al mundo para su salvación" (TDV, 19). Ver también, en este mismo sentido, CC, 171.

(77) Estas son, precisamente, las características que la Iglesia debe asumir para continuar la misión de Cristo: "Como esta misión continúa y desarrolla en el decurso de la historia la misión del propio Cristo, que fue enviado a evangelizar a los pobres, la Iglesia, a impulsos del Espíritu Santo, debe caminar por el mismo sendero que Cristo; es decir, por el sendero de la *pobreza,* la *obediencia,* el *servicio* y la *inmolación* hasta la propia muerte" (AG, 5).

auténtica vinculación a Jesucristo debe llevar a asumir el *estilo de vida* del propio Jesús. "El discípulo no puede ser mayor que el maestro" (Lc 6,40).

c. ...en su sensibilidad por los marginados...

144. La catequesis debe unir al adulto a la acción misionera del propio Jesús, "que fue enviado a evangelizar a los pobres" (AG, 5). La sensibilidad de Jesús por los *marginados* está en el origen de "la opción o amor preferencial por los pobres" (SRS, 42), inherente a la fe cristiana. Por otra parte, el mismo Cristo se identifica con los pobres y los que sufren, hasta el punto de decir: "Cuanto hicísteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicísteis" (Mt 25,40). La auténtica comunión con Jesucristo llevará, pues, a la comunión con los pobres.

d. ...en su carácter contemplativo...

A veces se oscurecen, e incluso se prescinde, de determinadas dimensiones de Jesús, por ejemplo, de su carácter *orante* y *contemplativo*. La catequesis debe vincularnos a un Jesús en constante diálogo con su Padre. Su entrega a la oración era frecuente (78), y constituía el motor que sostenía su incansable actividad apostólica y el secreto de su honda felicidad.

e. ...y cultivando la espera de su retorno glorioso

La verdadera vinculación a Cristo suscitará, finalmente, en los adultos el deseo de su *retorno glorioso.* Este sentimiento de poder encontrarle cara a cara, que algunos santos vivieron en grado eminente (S. Pablo, Sta. Teresa de Jesús...), es una dimensión que no está suficientemente presente en nuestra catequesis. Los adultos han de aprender, sin duda, a "tener siempre presente *la expectación de Cristo*" (RICA, 19) (79).

145. En resumen, la máxima preocupación del catequista ha de consistir en tratar de que los adultos se *vinculen* fuertemente al Señor. La figura de Jesucristo ha de llenar la vida del cristiano, de modo que sólo El sea el verdadero *"camino"* (Jn 14,6) en su existencia. No caben dicotomías para el discípulo de Cristo, ni otros "señores" (Mt 6,24) a los que servir; no hay, tampoco, "ídolos" que puedan vencerle (ver SRS, 37).

Habrá, pues, que privilegiar aquellos elementos catequéticos que, de manera particular, facilitan esta vinculación con Jesucristo: la escucha y profundización de su palabra en los *evangelios,* la *oración,* la celebración de su presencia en los *sacramentos,* la *comunión fraterna* donde El se hace presente, la apertura y solidaridad con los *pobres* donde El nos espera... (80).

B.1. JESUCRISTO NOS VINCULA AL PADRE Y AL ESPIRITU

"Por Cristo, con él y en él,
a tí, Dios Padre omnipotente,
en la unidad del Espíritu Santo,
todo honor y toda gloria
por los siglos de los siglos".

Dimensión teologal de la catequesis

146. Una catequesis centrada en Cristo debe generar hombres y mujeres religiosos, adoradores del *Padre* con "la obediencia de la fe" (Rom 1,5). Confesar la fe en Jesucristo es decir un sí rotundo a Dios, porque Jesús "habla palabras de Dios y lleva a cabo la salvación que el Padre le confió" (DV, 4) (81).

Es evidente que en una catequesis cristocéntrica la referencia a Dios Padre es contínua y fundamental. Jesús se presenta como el *camino* que nos conduce al Padre. "Nadie va al Padre sino por mí" (Jn 14,6) (82).

Jesús nos vincula, también, al *Espíritu Santo,* que envía a su Iglesia: "Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré" (Jn 16,7). Es el Espíritu Santo el que nos llena de Dios y nos hace entrar en comunión de vida y amor con el Padre. El, que habita en nuestros corazones, nos im-

---

(78) Ver Mt 14,23; Mc 1,35; Lc 5,16; 6,12; 9,18...

(79) El ordinario de la misa cuida también este aspecto. La Iglesia desea que nuestra confianza en la protección de Dios, a lo largo de toda nuestra vida, se alimente y se mantenga "mientras esperamos la gloriosa *venida* de nuestro Salvador Jesucristo". *La verdad os hará libres* reconoce, sin embargo, lo siguiente: "Se debe reconocer que últimamente se ha debilitado la conciencia cristiana de las realidades últimas" (VL, 49).

(80) En *La catequesis de la comunidad* hemos sintetizado las diferentes dimensiones de la vinculación a Cristo con estas palabras: "Esta iniciación en el *seguimiento de Cristo* implica adherirse a su *persona,* descubrir en profundidad su *mensaje,* adoptar su *estilo de vida,* celebrar su presencia en los *sacramentos,* reunirse —en su nombre— en una *comunidad* de discípulos, prepararse para participar en su *envío misionero* y esperar su *venida gloriosa*" (CC, 124). Propiamente hablando, en una auténtica vinculación a Jesucristo se encierra toda la vida cristiana. La meta de la catequesis no es otra que lograr tal vinculación.

(81) Jesús decía continuamente: "Mi doctrina no es mía sino del que me ha enviado" (Jn. 7,16); "Yo vivo para el Padre" (Jn. 6,57); "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado" (Jn. 4,34). Dios y su reinado son tan importantes para Jesús que "todo se convierte en lo demás" (EN, 8).

(82) "El nombre del Padre, por el mero eco de llamarse así, ya nos trae a la memoria la noticia del Hijo, del mismo modo que el que nombra al Hijo, piensa también, al mismo tiempo, en el Padre" (*S. Cirilo de Jerusalén, Catequesis,* 7,6).

pulsa a dirigirnos a Dios llamándole ¡Abba! (Rom 8,15).

La vinculación a Cristo nos introduce así en la *vida trinitaria* (83). La catequesis, partiendo de Cristo, educa la vivencia y la imagen de Dios en los adultos, al mismo tiempo que favorece su acción en ellos. "La catequesis es un cauce a través del cual Dios actúa en el corazón del catecúmeno" (CC, 108). De ahí la importancia de un *clima religioso* favorecedor del encuentro entre Dios y los catequizandos, y donde el catequista educa el oído de éstos para que respondan generosamente a la llamada de Dios (84).

Jesús, revelador del Padre

147. Jesús no sólo nos *vincula* a Dios, sino que nos *revela* a Dios. Esta revelación es muy importante para la catequesis, ya que los cristianos somos quienes creemos en Dios "Padre de nuestro Señor Jesucristo" (I Cor 1,3). He aquí algunos de los rasgos de ese Dios que encontramos revelado en Jesucristo:

* Un Dios *"amor"* (I Jn 4,8), con una misericordia sin límites, que busca al hombre no para condenarle sino para salvarle, y que envía a su Hijo al mundo para realizar su plan de salvación. "Dios ha visitado y redimido a su pueblo" (Lc 1,68).

* Un Dios que es *"Padre nuestro"* (Lc 11,2), y precisamente por eso siente predilección por los pobres, por aquellos hijos que sufren y son menospreciados en este mundo. "Dichosos vosotros los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios" (Lc 6,20).

* Un Dios *escondido,* oculto en la historia, que no invade nuestra libertad, antes al contrario, asume toda nuestra trayectoria humana hasta morir en la cruz, haciendo suyo —y dándole sentido salvífico— al sufrimiento humano. "Si hemos muerto con Cristo, viviremos con El" (II Tim 2,11).

* Un Dios que *resucita a Jesús* como primogénito de los muertos (Col 1,18) y se nos descubre, así, como un Dios que es futuro y esperanza del hombre. "Voy a prepararos un lugar" (Jn 14,2) (85).

* Un Dios *Trinidad,* comunidad, vida compartida, comunión gozosa de vida, a la vez el que ama, el amado y el amor. "Nosotros somos uno..." (Jn 17,22) (86).

Cuestiones catequéticas en torno a la educación del sentido cristiano de Dios:

148. En el contacto pastoral con los adultos de las comunidades cristianas se palpa, muchas veces, una clara necesidad de purificar la imagen y la vivencia de Dios. No hay duda de que la catequesis de adultos, tal como se realiza entre nosotros, contribuye a esta tarea purificadora. En efecto, los catequizandos van incorporando a su vida religiosa rasgos de Dios que han ido descubriendo más profundamente en la catequesis, tales como el Dios *salvador,* el Dios *Padre,* el Dios de los *pobres,* el Dios de la *misericordia...* Este descubrimiento hace que los adultos se sientan ante Dios de una manera nueva, más gozosa, más confiadamente filial..., en una palabra, con una fe más adulta.

Se manifiestan todavía, sin embargo, algunas exigencias catequéticas a las que hemos de prestar atención:

a. Cultivar continuamente la experiencia religiosa

149. Hay que procurar, ante todo, que la catequesis de adultos propicie el ahondar en la *experiencia religiosa.* Se puede terminar todo un proceso catequético, como ocurre a veces, y no haber avanzado en la vinculación vital con Dios; simplemente se han adquirido más conocimientos sobre El. Es fundamental, por eso, cuidar el *clima religioso* donde esa vinculación se propicie (87).

b. Mantener viva la búsqueda de Dios

Es necesario mantener siempre abierta nuestra *búsqueda de Dios.* A veces ocurre que creemos saber ya quién es Dios y nos dedicamos a cultivar sólo los aspectos más concretos de la vida cristiana. De hecho, en algunos materiales catequéticos el tema de Dios, como tal, no aparece. Una fe adulta sabe, sin embargo, que el hombre nunca "posee" a Dios. Sólo se acerca a El, desde la noche del misterio, superando infantilismos y deformaciones.

---

(83) "La estructura de todo el contenido de la catequesis debe ser *teocéntrico-trinitaria:* Por Cristo al Padre en el Espíritu" (DCG, 41).

(84) "La catequesis ha de desarrollar con cuidado el "oído" del catecúmeno para hacerle sensible a la acción de Dios en él. Es bueno que frecuentemente, en el silencio de un clima religioso, el cristiano sepa formular esta pregunta fundamental: ¡Señor!, ¿qué quieres que haga? ¿qué me pides en este momento de mi vida?" (CC, 208).

(85) "Sabemos de verdad quién es Dios al recordar, desde el fondo de nuestro corazón, sus *actuaciones salvadoras* en la historia de los hombres. Hasta tal punto esto es así que la Biblia designa a Dios con nombres vinculados a hombres históricos, a quienes eligió especialmente para establecer su Alianza con todos los ombres. Dios es llamado: "El Dios de Abraam, Isaac y Jacob". "El Dios que liberó a Israel de Egipto". El *nombre principal* de Dios para los cristianos es: "El Padre de nuestro Señor Jesucristo que lo resucitó de entre los muertos" (Catecismo III, *Esta es nuestra fe,* pág. 97).

(86) Para un desarrollo de estos rasgos de Dios ver la carta pastoral de los obispos de Pamplona, Bilbao, San Sebastián y Vitoria, *Creer hoy en el Dios de Jesucristo,* 1986, III.

(87) Ver CC, 109 y 208.

"Ahora vemos como en un espejo, confusamente" (I Cor 13,12) (88).

c. Ayudar a descubrir la gratuidad del amor de Dios

150. No pocas veces se observa, entre nosotros, una concepción *voluntarista* de la fe, como si el amor de Dios fuese el mero resultado de nuestro esfuerzo. La fe se vive, entonces, como un lanzarse a la conquista del amor del Padre. La *gratuidad* del amor de Dios y del perdón divino deben ser interiorizados claramente en la catequesis. "La catequesis debe tomar como punto de partida el *don* del amor divino en nosotros" (DCG, 10).

d. Educar la religiosidad popular

La catequesis de adultos tiene el deber de hacer que las manifestaciones de la *religiosidad popular* concreta, que los adultos tienen al comienzo de su proceso, se purifiquen y maduren. Hay que ayudarles a descubrir los verdaderos rasgos del *Dios de Jesús,* con sus implicaciones vitales. El acercamiento progresivo a la experiencia religiosa del propio Jesús, a su idea y vivencia de Dios, que desencadenan un estilo de vida y una forma concreta de entender su misión, es básico en la catequesis (89).

B.2. JESUCRISTO NOS VINCULA A SU IGLESIA

"Nadie puede tener a Dios por padre, si no tiene a la Iglesia por madre" (S. Cipriano).

Finalidad eclesial de la catequesis

151. Jesucristo nos vincula a su *Iglesia,* porque en ella reúne a sus discípulos y deposita la continuación de su obra, transmitiéndole para ello su Espíritu. Jesucristo ha venido, en efecto, a *congregar* a los hijos de Dios dispersos y a *enviarles* a anunciar el Evangelio. A través de la catequesis, que nos vincula a Jesucristo, somos reunidos por El en la Iglesia, como una familia fraterna y misionera (90).

Toda la tradición cristiana ha reconocido a la Iglesia como a la *Esposa* de Cristo o el *Cuerpo* de Cristo. Cristo, en efecto, está profundamente unido a su Iglesia, "amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella" (Ef 5,25). El Espíritu Santo conduce, por su parte, a la Iglesia "a la unión consumada con su Esposo. Pues el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: ¡Ven!" (LG, 4; ver AP. 22,17).

La salvación prometida por el Señor la recibimos no sólo en la Iglesia, sino de la Iglesia y por la Iglesia. Es natural pensar, por tanto, que una catequesis que trata de vincularnos con Cristo, nos vincule al mismo tiempo a la Iglesia (91).

Algunos rasgos de la vinculación a la Iglesia

152. La *vinculación a la Iglesia* que pretende la catequesis ha de incluir una serie de rasgos que definen su autenticidad.

"¡Cuán importante es exponer a la inteligencia y al corazón, a la luz de la fe, ese sacramento de su presencia (de Cristo) que es el misterio de la Iglesia!" *(CT, 29) (92).*

Una sana adhesión a la Iglesia supone:

* Haber descubierto su verdadero *misterio* de Esposa fecundada por el Espíritu, y de la que nos viene la salvación de Jesucristo. Este misterio de la Iglesia es, esencialmente, un misterio de *comunión* "con Dios por medio de Jesucristo y en el Espíritu" (93), que se traduce en una comunión entre los hermanos. La catequesis nos vincula a una Iglesia comunitaria que desarrolla y potencia todas las realidades comunitarias eclesiales y estimula la auténtica fraternidad que nace del Espíritu (94).

* Adherirse a una Iglesia evangelizadora, siempre en estado de *misión,* preocupada por anunciar y construir el Reino de Dios en el mundo y por ser signo de salvación en medio de los hombres. En concreto, hemos de iniciar al adulto en aquellas

---

(88) "Es todavía frecuente entre nosotros emplear en la catequesis un lenguaje *positivista* que, al "objetivar" o "cosificar" el misterio de Dios, diluye el lenguaje *simbólico* en el que se nos ha comunicado la Revelación divina" (CC, 116).

(89) En *La catequesis de la comunidad* se afirma lo siguiente: "Los rasgos más "originales" de Dios con quien Jesús se relaciona como Hijo y con quien es "una sola cosa" (Jn. 10,30), se abren paso a través de la *conducta* del Hijo del hombre: detrás de su *presencia* y de su *hacer* descubrimos quién y cómo es Dios" (CC, 178). En concreto, en este texto se hace ver cómo la conducta de Jesús con los *pecadores,* su actitud de *"no-violencia"* ante los poderes de este mundo, su acercamiento a los *marginados,* su entrega en *obediencia* al Padre... dejan traslucir la idea que Jesús tenía de Dios, idea a la que la catequesis debe acercar (ver CC, 178).

(90) "Reúne en torno a tí, Padre misericordioso, a todos tus hijos dispersos por el mundo" *(Plegaria eucarística III).* "Reúne, Señor, a tu santa Iglesia en el reino que le tienes prometido" *(Didaché).* "Como mi Padre me envió, también yo os envío" (Jn 20,21).

(91) Es conveniente recordar la *dimensión trinitaria* subyacente al misterio de la Iglesia (LG, 2-4). El Concilio concluye, así, su visión: "Así se manifiesta toda la Iglesia como una muchedumbre *reunida* por la *unidad* del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (LG, 4). Esta conexión de la unidad de la Iglesia con la unidad de la Trinidad ha sido desarrollada por los Santos Padres. Ver: *S. Cipriano, De orat. dom.* 23; PL 4,553. *S. Agustín, Serm* 71,20,33; PL 38,463. *S. Juan Damasceno, Adv. iconocl,* 12; PG 96,1358.

(92) "Todo proceso catequético, en cualquier edad y situación, debe suponer para quien lo hace una verdadera *experiencia de Iglesia"* (CC, 253).

(93) Sínodo extraordinario 1985, *Relación final,* II, C, 1.

(94) Juan Pablo II, comentando la doctrina del Concilio sobre la *eclesiología de comunión,* afirma: "La realidad de la Iglesia-*comunión* es entonces parte integrante, más aún representa el contenido central del *"misterio",* o sea, del designio divino de salvación de la humanidad" (C. L. n. 19).

mediaciones a través de las cuales la Iglesia realiza su misión (el ministerio de la *palabra,* de la *liturgia* y de la *caridad).* Nos vinculamos, en efecto, a una Iglesia que es pueblo *profético, sacerdotal* y *real* (LG, 10-13) (95).

153. * Descubrir a una Iglesia toda ella *ministerial, corresponsable* en todos sus campos y niveles, con una participación activa de todos sus miembros, mediante los carismas y ministerios propios de cada uno. Al servicio de esta Iglesia corresponsable y ministerial, Cristo instituyó el *ministerio jerárquico,* "ordenado al bien de todo el Cuerpo" (LG, 18) (96).

* Aceptar a la Iglesia en su doble *dimensión divino-humana,* "constituída por un elemento *humano* y otro *divino"* (LG, 8). Esto supone aceptarla, a un tiempo, como:

— *inmutable,* fundada para siempre desde el tiempo definitivo de Jesús, y *mudable,* porque es histórica y se va encarnando en las diversas culturas y en cada época.

— *santa,* ya que Cristo "amó a la Iglesia como a esposa, entregándose a sí mismo por ella para santificarla" (LG, 39) (97), dotándola con el testimonio de innumerables santos, y, por tanto, "necesitada de purificación constante" (LG, 8).

— *necesaria,* porque sin ella es imposible acceder a Cristo y, al mismo tiempo, *relativa,* porque no es un fin en sí misma sino que tiene la misión de conducir a los hombres a Dios.

Cuestiones catequéticas en torno a la educación del sentido eclesial:

154. Dada la finalidad de la catequesis, de vincular al cristiano con la Iglesia, es de esperar que facilite o haga crecer en los adultos una honda *vivencia eclesial.* De hecho, muchas veces ocurre así, y los que siguen un proceso catequético adquieren la conciencia de estar comprometidos con la acción evangelizadora de la Iglesia y la convicción de no poder vivir solos la fe.

Sin embargo, no dejar de advertirse algunos *problemas catequéticos* importantes:

a. Propiciar el afecto cordial a la Iglesia

155. Lo primero, y más importante, es constatar que, a veces, la catequesis de adultos, como otras acciones eclesiales, no logra de forma clara hacer surgir el *amor* o *afecto cordial* hacia la Iglesia. Ya hemos abordado anteriormente este problema (98). El Sínodo universal de obispos de 1985, al revisar el posconcilio, constata la misma realidad:

"Por una lectura parcial del Concilio se ha hecho una presentación unilateral de la Iglesia, como estructura meramente institucional, privada de su misterio. *Quizá no estemos libres de toda responsabilidad de que, sobre todo los jóvenes, miren a la Iglesia como una* mera institución" *(I, 4).*

En la presentación de la vida eclesial, que algunos grupos catequéticos hacen, se ve frecuentemente a la Iglesia como un *colectivo exclusivamente humano,* olvidando dimensiones tan esenciales en ella como su carácter de misterio, comunión y misión, y de esta forma su juicio respecto a ella cobra tintes excesivamente duros.

b. Ahondar en una eclesiología de comunión

156. Cuesta descubrir, en muchas catequesis, el fondo del sentir conciliar acerca de la Iglesia, ya que ese fondo interpela hondamente a nuestras actitudes de pastores y fieles. Ese fondo apunta a la *comunión* en la Iglesia, más que a los *poderes* en la Iglesia:

"La eclesiología de comunión *es una idea central y fundamental en los documentos del Concilio" (Sínodo 1985, II, C, 1).*

Esto quiere decir que es más importante descubrir y vivir la *"común dignidad"* (LG, 32) de todos los miembros de la Iglesia que las *diferencias* que establecen los ministerios y carismas (99). La Iglesia se define antes por el *amor fraterno,* que une a todos por igual, que por los *poderes* que, aunque

---

(95) La vinculación de la *comunión* y la *misión* ha sido expresada por Juan Pablo II con estas palabras: "La comunión genera comunión, y esencialmente se configura como *comunión misionera.* En efecto, Jesús dice a sus discípulos: "No me habéis elegido vosotros a mí, sino yo os he elegido a vosotros, y os he destinado a que *vayáis y déis fruto,* y vuestro fruto permanezca" (Jn. 15,16). La *comunión y la misión* están profundamente unidas entre sí" (Ch. L. n. 32).

(96) "Los pastores han de reconocer y promover los *ministerios, oficios y funciones* de los fieles laicos, que tienen su fundamento sacramental en el bautismo y en la confirmación, y para muchos de ellos en el matrimonio" (C. L. n. 23).

(97) Ha sido *S. Pablo* quien mejor ha descrito este amor de Cristo a la Iglesia: "Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para *santificarla...* y presentársela a sí mismo, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea *santa e inmaculada"* (Ef. 5,25-27).

(98) Ver, en el cap. V, lo que hemos dicho acerca de la dificultad de desarrollar el auténtico *sentido eclesial.*

(99) Convendría meditar detenidamente este texto conciliar sobre la *común dignidad* de todos los miembros de la Iglesia: "Es *común* la dignidad de los miembros, que deriva de su regeneración en Cristo; *común* la gracia de la filiación; *común* la llamada a la perfección; una sola salvación, una sola esperanza y una indivisa caridad (...). Aun cuando algunos, por voluntad de Cristo, han sido constituidos doctores, dispensadores de los misterios y pastores para los demás, existe una auténtica *igualdad* entre todos en cuanto a la dignidad y a la acción común de todos los fieles en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo" (LG 32).

necesarios, sólo están al servicio de esa unidad (100):

"La eclesiología de comunión *no se puede reducir a meras cuestiones organizativas o a cuestiones que se refieren a meras* potestades. *La eclesiología de comunión es el fundamento para el orden en la Iglesia y, en primer lugar, para la recta relación entre unidad y pluriformidad en la Iglesia" (Sínodo 1985, II,C,1).*

c. Mostrar que la Iglesia debe tener las mismas actitudes de Cristo

157. En nuestra catequesis, los adultos descubren más fácilmente la vinculación de la Iglesia con Jesucristo a nivel del *ser* de la Iglesia que a nivel de las *actitudes* con que debe ejercer su misión. Estas actitudes, en efecto, nos interpelan a todos, pastores y fieles, y no son otras que las actitudes del Siervo que vivió el propio Jesús:

"Así como Cristo efectuó la redención en la pobreza *y en* la persecución, *así la Iglesia es llamada a seguir ese mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación" (LG, 8) (101).*

Estas actitudes son las que deben sustentar a una eclesiología de comunión y sólo desde el *testimonio* de ellas, vivo en las comunidades cristianas, la catequesis puede iniciar en el verdadero sentido, evangélico y conciliar, de la Iglesia. La falta de este referente es, como ocurre a menudo, un problema catequético de primer orden. El hombre moderno, en efecto, percibe muchas veces a la Iglesia más como una institución que impone sus criterios a la sociedad que como servidora desinteresada de la auténtica promoción humana. Un reto de la catequesis de adultos es mostrar que toda la actuación de la Iglesia respecto del mundo está motivada por un afán de servicio.

d. Descubrir que la Iglesia es esencialmente misionera

158. Aunque hemos avanzado mucho en estos años, la dificultad en descubrir a la Iglesia como *misionera,* en medio de un pueblo marcado por una honda tradición cristiana, ha sido y es grande. La descubrimos más fácilmente como creyente y como celebrante que como misionera. Esto ha generado, a veces, unos grupos de catequesis de adultos más inclinados a meditar y celebrar la fe que a anunciarla a los no creyentes. La catequesis de adultos, sin embargo, debe ser fecundada en todo momento por el horizonte de la misión.

B.3. JESUCRISTO NOS VINCULA A LOS HOMBRES

"Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único" (Jn 3,16).

Dimensión diaconal de la catequesis

159. Jesús está de tal modo unido a los *hombres,* a quien llama "hermanos míos" (Mt 25,40), que considera que cualquier acción que hagamos a favor o en contra de ellos a El se lo hacemos: "a mi me lo hicísteis" (Mt 25,40).

La encarnación del Hijo de Dios entre nosotros, su incansable actividad apostólica en medio de su pueblo, su muerte "por todos nosotros" (Rom 8,31), su resurrección como "primogénito de entre los muertos" (Col 1,18), el envío a nuestros corazones del Espíritu Santo, son gestos que expresan todo lo que *el hombre* importa a Jesucristo.

La Iglesia, continuadora de la misión de Cristo, piensa que el *hombre* es "el camino primero y fundamental" de su misión (RH,14). La conciencia de esta solidaridad con toda la familia humana la expresa de esta manera:

"Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres *de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo... La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente* solidaria *del género humano y de su historia" (GS, 1) (102).*

Esta vinculación de los discípulos de Cristo con la suerte de todos los hombres es obra, fundamentalmente, del *Espíritu Santo,* ya que solamente él suscita la nueva creación, la humanidad nueva a la que la evangelización debe conducir.

---

(100) Cuesta hacer descubrir a los adultos que *la Jerarquía* es buena noticia para la Iglesia, un don que Cristo le hace para *servicio de la unidad,* a fin de que "todos tiendan libre y ordenadamente a un mismo fin" (LG, 18). A veces este descubrimiento es *selectivo:* hay quienes se presentan muy devotos del Papa, pero prescinden de su obispo local; o "se seleccionan las enseñanzas del Magisterio, acogiendo unas con entusiasmo, y dejando otras en la sombra" (TDV, 39).

(101) En el texto paralelo de AG,5, que antes hemos evocado al hablar del camino del Siervo, aparecen también las cualidades que deben adornar a la Iglesia como continuadora de la misión de Cristo: la *pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación de sí misma* en el diálogo misionero con el mundo.

(102) La Iglesia concibe su presencia en el mundo como un *servicio:* "No impulsa a la Iglesia ambición terrena alguna. Sólo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para *servir* y no para ser servido" (GS, 3). El Sínodo de 1985 utiliza la expresión de "la *diaconía* a favor del mundo" (II, D, 6). Juan Pablo II afirma, por su parte, que "la Iglesia se hace *sierva* de los hombres" (C. L. n. 36), y habla de la responsabilidad de "*servir* a la persona" y "*servir* a la sociedad" (C. L. n. 39).

No es concebible, por tanto, una catequesis que al vincular al creyente con Jesucristo en la Iglesia no le lleve, al mismo tiempo, a sentir y vivir la solidaridad con todos los hombres.

Una vinculación al hombre vivida desde la fe

160. Jesucristo nos ha mostrado la misericordia de Dios llevando una vida rigurosamente humana. La catequesis, vinculadora a Jesucristo, nos vincula al Hijo de Dios hecho hombre, encarnado. Y nos capacita para la encarnación: para tomar conciencia de las condiciones de vida en las que nos desenvolvemos.

De la misma forma que Jesús nos descubre el verdadero rostro de Dios y los rasgos que deben definir a la Iglesia también nos da a conocer la sublime dignidad de la persona humana: "Cristo, el nuevo Adán, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación" (GS, 22).

Es necesario que la catequesis propicie la vinculación del cristiano a los hombres desde esa manera de ver y actuar en favor de la persona humana que era tan característica de Jesús. En El se nos da a conocer que los hombres estamos:

* Predestinados a ser y vivir como *hijos de Dios,* reproduciendo "la imagen de su Hijo" (Rom 8,29), y como *hermanos unos de otros,* por encima de razas y fronteras. Sólo cuando nos descubrimos así somos profundamente humanos.

* Dotados de un *señorío* responsable sobre el mundo, cuidando de él, y haciéndolo más hermoso y habitable según el mandato de Dios: "Llenad la tierra y sometedla" (Gn 1, 28).

* Llamados a *restaurarnos internamente* de las heridas de nuestra condición pecadora, ya que Jesús recupera para el hombre la semejanza divina y, con la concesión de su Espíritu, le capacita para vivir como un hombre nuevo.

* Comprometidos en favor de una *humanidad nueva,* ya que en Jesucristo no sólo se nos descubre el verdadero rostro del hombre, sino que se nos llama a todos a construir una sociedad renovada, más justa y fraterna (103).

Problemas catequéticos en torno a la educación del sentido de servicio al mundo:

161. La educación del compromiso cristiano en el mundo presenta, en la práctica de la catequesis, bastantes problemas. He aquí sólo algunos de ellos:

a. Mostrar el lugar de la Iglesia en una sociedad secularizada

Se dan dificultades para lograr que el adulto descubra el verdadero *lugar* que debe ocupar la Iglesia en el contexto de la sociedad española contemporánea. Nos encontramos, de hecho, frente a dos alternativas igualmente equivocadas:

* "Hay quienes piensan que la Iglesia debería imponer, incluso por medio de la coacción de las leyes civiles, sus normas morales relativas a la vida social como reglas de comportamiento y convivencia para todos los ciudadanos" (CVP, 40).

* "En el otro extremo, no faltan tampoco quienes consideran que la no confesionalidad del Estado y el reconocimiento de la legítima autonomía de las actividades seculares del hombre, exigir eliminar cualquier intervención de la Iglesia o de los católicos, inspirada por la fe, en los diversos campos de la vida pública" (CVP, 41).

b. Descubrir el verdadero rostro del hombre

162. En muchos procesos catequéticos de adultos no se cuida suficientemente la *visión cristiana del hombre.* Cuesta hacer descubrir el verdadero rostro de ese hombre renovado y reconciliado que nos ha revelado Jesús. En estos últimos años, en la catequesis de adultos, ha sido más notorio el redescubrimiento de la figura de Jesús, de la auténtica imagen de Dios o de la misión evangelizadora de la Iglesia. Son menos los adultos que, al final de un proceso, dicen que se les ha ayudado a ver al hombre de otra manera (104).

---

(103) La Iglesia ha condensado su visión del hombre en el cap. I de la constitución *Gaudium et spes,* bajo el título: "La dignidad de la persona humana". Con este capítulo inicial el Concilio nos quiere indicar que toda la convivencia social ha de regirse por este *carácter central* de la persona humana. Ya Juan XXIII había manifestado la *primacía* de la persona humana con estas palabras: "Cada hombre en sí mismo es necesariamente el *fundamento, la causa y el fin* de todas las instituciones sociales" *(Mater et Magistra,* 219). Juan Pablo II dice, por su parte: La *dignidad personal* constituye el fundamento de la igualdad de todos los hombres entre sí" (C.L. n. 37). En *La catequesis de la comunidad* hemos tratado de clarificar este tema, bajo el epígrafe: "El hombre que se nos revela en Jesús" (ver CC, 180 SS). A esas páginas nos remitimos. Los obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria, en la carta pastoral *En busca del verdadero rostro del hombre* (1987), tratan la misma cuestión.

(104) "Los cristianos son de carne y hueso, pero no viven según la carne. Pasan su vida en la tierra, pero son ciudadanos del cielo. Obedecen a las leyes establecidas, pero su manera de vivir supera la perfección que piden esas leyes (*Epístola a Diogneto* 5,1-10).

c. Ahondar en la dimensión social de la fe

163. También cuesta todavía el descubrimiento de la *dimensión social* de la fe(105).Hay cristianos que no han captado aún que su vocación debe impulsarles a tratar de implantar el Reino de Dios en este mundo, lo que implica la transformación de las realidades temporales. A veces los compromisos que se asumen son sólo de carácter asistencial —siempre necesarios— o de carácter intraeclesial, pero se da una resistencia a una mayor *presencia católica* en la vida pública. Nos cuesta mostrarnos creyentes en el mundo secular de hoy. "Ocultar la propia identidad cristiana por propia iniciativa es a la vez infidelidad a Dios y deslealtad con los hombres" (CVP, 83) (106).

d. Fortalecer el carácter secular del seglar

164. Esta falta de audacia misionera está influyendo en el debilitamiento del sentido del *carácter secular* de la vocación de los laicos. La misión propia de los seglares es la que se deriva, precisamente, de su condición secular, es decir, de su presencia activa en el mundo de las realidades temporales. Ellos reúnen la doble condición de ser miembros de pleno derecho en la Iglesia y de vivir plenamente insertos en el mundo. La catequesis de adultos ha de avanzar decididamente en la promoción de un laicado que se haga presente en el mundo a partir de su fe. Sin esta audacia misionera, los seglares no pueden vivir lo que hoy la Iglesia espera de ellos.

c. El hombre nuevo que nace de la catequesis

165. Toda vinculación importante de una persona con otra o con un grupo humano incide hondamente en su vida, en sus actitudes y comportamientos y en el talante con que enfrenta la existencia.

Las cartas de S. Pablo, que tienen como destinatarios —fundamentalmente— a recién bautizados, insisten con vigor en la *novedad de vida* que el bautismo ha de producir en los creyentes.

"Despojáos del hombre viejo *con sus obras y revestíos del* hombre nuevo" *(Col 3,10).*

Una catequesis sistemática con adultos, que desarrolla la virtualidad de un bautismo recibido en la infancia, ha de producir también esa *novedad de vida* que pide el apóstol (107).

La experiencia diaria nos enseña, sin embargo, lo difícil que resulta una renovación interior. El hecho mismo de que S. Pablo tenga que recordar, una y otra vez, a los recién bautizados su nueva condición nos indica la dificultad de tal cambio interior. Esto deberá hacernos ser muy *realistas* respecto al hombre nuevo que quisiéramos ver nacer de la catequesis de adultos.

C.1. UNOS CREYENTES COMPROMETIDOS CON LA CAUSA Y EL ESTILO DE JESUS

Adultos que se han encontrado con Cristo...

166. Quien ha pasado por una catequesis tiene la convicción de haberse encontrado con Cristo a lo largo del camino. Aun cuando no puedan, quizá, precisar momentos concretos en que dicho contacto se ha producido, la experiencia del encuentro con el Señor es una convicción que se adquiere. Los catequizados están seguros de poder afirmar, como los apóstoles: "hemos visto al Señor" (Jn 20,25).

... se han sentido atraídos por El...

Entusiasmados por todo lo que su Persona, su presencia entre nosotros y su mensaje supone para ellos, estos creyentes le dicen una y otra vez al Señor: "Maestro, ¿dónde vivis?" (Jn 1,38); "Te seguiré a donde vayas" (Lc 9,57). Al estilo del creyente que compuso el salmo 15, no tienen reparos en afirmar: "Me ha tocado un lote hermoso: me encanta mi heredad".

... y transformados en el seguimiento...

167. Son cristianos que le han seguido durante largo tiempo "por el camino" (Mc 10,52), y sus vidas han experimentado un *cambio* en su manera de ver y vivir a Dios, de comportarse con el prójimo y de situarse ante la existencia (esperanzados ante los acontecimientos, críticos ante aquellos valores que el mundo adora: el dinero, el poder, el prestigio...) Ha sido un encuentro y un seguimiento transformadores. "¿No es verdad que nuestro corazón ardía mientras nos hablaba por el camino?" (Lc 24,32).

---

(105) "La vida teologal del cristiano tiene una *dimensión social* y aún política que nace de la fe en el Dios verdadero, creador y salvador del hombre y de la creación entera. Esta dimensión afecta al ejercicio de las virtudes cristianas o, lo que es lo mismo, al dinamismo entero de la vida cristiana" (CVP, 60).

(106) "Es frecuente la tentación de querer someter la propia fe y las enseñanzas de la Iglesia a interpretaciones ideológicas o incluso a las conveniencias de un partido o de un Gobierno en el terreno movedizo y cuestionable de los objetivos políticos. Los cristianos debemos conservar siempre una *distancia crítica* respecto de cualquier ideología o mediación socio-política" (CVP, 78-79).

(107) "Antes eras llamado catecúmeno u oyente: oyente de la esperanza sin verla, oyente de los misterios sin entenderlos, oyente de la Escritura sin saber su profundo sentido. En cambio, ahora, tus oídos no sólo perciben el sentido exterior, sino que llegan hasta oír un sonido dentro de ti, porque el Espíritu que mora en tí, hace de tu corazón una cosa divina" (*S. Cirilo de Jerusalén, Protocatequesis,* 6).

... han optado por El

La experiencia gozosa y transformadora del camino recorrido lleva a estos creyentes a constatar que "bajo el cielo no hay otro nombre que puede salvarnos" (Hech. 4,12). *Optan,* entonces, conscientemente por Jesús, el Cristo, el Señor,

* deseando reproducir en sus vidas el *estilo evangélico* del Maestro, que no es otra cosa que "una vida según las bienaventuranzas" (CT, 29), y

* *comprometiéndose* a continuar su causa del reinado de Dios, siendo "luz y sal de la tierra" (Mt 5,13-14) y a darlo a conocer a los que no le conocen. "Id y haced discípulos míos, enseñándoles cuanto os he mandado" (Mt 28,19-20).

Y como consecuencia...

C.2. ADORADORES DEL PADRE

168. Cristo los ha transformado en *adoradores del Padre,* sedientos de Dios: "¡Oh mi Dios, por ti madrugo!" (Ps 62,2). Como auténticos adoradores religiosos no necesitan ubicar a Dios en un lugar determinado, ya que le adoran "en espíritu y en verdad" (Jn 4,23).

Las palabras de Jesús: "Mi Padre es también vuestro Padre" (Jn 20,17) resuenan continuamente en sus oídos y adoptan ante Dios una actitud de *confianza filial.* Muchos grupos catequéticos acostumbran a celebrar la tradicional *entrega del Padre Nuestro* (RICA, 188) reviviendo, así, el espíritu de los hijos de Dios (ver CT, 28).

Esta actitud de filial confianza se traduce en una *oración,* un *culto* y una *celebración* de marcado acento contemplativo y gozoso. Son creyentes que terminan por gustar el diálogo con el Señor: "¡Qué bien se está aquí!" (Mc 9,5). La oración se ha hecho una práctica habitual en sus vidas, "fruto de unos labios que profesan el nombre de Dios" (Heb 13,15). Por otra parte, la celebración, pausada y festiva, es solicitada frecuentemente por ellos para festejar la presencia del Señor y realizar la obra de la salvación.

C.3. COLABORADORES DEL ESPIRITU

169. Los adultos que nacen de la catequesis son conscientes de la acción del Espíritu en sus corazones. El don depositado en la Confirmación, y revivido a lo largo del proceso, les da fuerza para ser *testigos* de la resurrección de Cristo. "Seréis mis testigos... hasta los últimos confines de la tierra" (Hech 1,8). Ellos saben que ese testimonio no es una postura exterior que hay que adoptar, sino la emanación de una *espiritualidad* y de un *deseo de santidad* que sólo el Espíritu puede hacer germinar en ellos.

Ese mismo Espíritu les impulsa hacia la *unidad* de unos con otros, sabedores que sólo unos hombres adultos en la fe pueden ser capaces de "encontrarse más allá de las tensiones reales, gracias a la búsqueda común, sincera y desinteresada de la verdad" (EN, 77).

Del mismo modo, son hombres capaces de dejarse guiar por la voz de ese Espíritu, que "sopla donde quiere" y que, con persistente tenacidad, va marcando a cada uno *el camino* que Dios, en su inescrutable designio, nos tiene reservado en la vida. El es realmente el que nos llama por nuestro *nombre* y el que, dándonos la mano, nos acompaña en la apasionante aventura de la *búsqueda contínua de Dios.*

C.4. HOMBRES DE LA IGLESIA

170. Si la eclesialidad pertenece a la misma esencia de la catequesis es natural que de ella surjan creyentes con un gran *espíritu eclesial:*

* Que, por muy compenetrados que estén con su vocación secular, se sienten hombres y mujeres de Iglesia, miembros activos y responsables de ella, sobre todo, a través de la participación en las tareas y servicios de la Iglesia local.

* Que viven en comunión con toda la Iglesia, comunión que se expresa en la preocupación, apoyo y comprensión mutuos de todos los cristianos... en la oración y el compartir de unas comunidades con otras... en la fidelidad al Magisterio de la Iglesia... en el respeto y aprecio a una tradición viva que viene desde los apóstoles... en el recuerdo y la oración a la Iglesia celestial, donde están los hermanos que nos precedieron en la fe.

Se trata, en suma, de adultos *agradecidos* a esta Iglesia que nos ha dado cuanto ella es y cuanto ella guarda: "¿tienes algo que no lo hayas recibido?" (I Cor 4,7). Este agradecimiento no está reñido con una sana actitud de *crítica positiva,* que unos creyentes pueden y deben tener ante las deficiencias de la Iglesia.

Son creyentes de *talante comunitario* que, tras haber descubierto la importancia y validez de buscar, compartir y celebrar juntos la fe, no pueden en adelante vivir su cristianismo por libre. Esto les moverá a buscar grupos cristianos donde se viva comunitariamente y a colaborar en la transformación de la vida parroquial.

En una palabra, son cristianos que reconocen en la Iglesia el seno materno del que han surgido.

C.5. En actitud de servicio al mundo

171. Una catequesis catecumenal debe propiciar creyentes ansiosos de *comunicar* su experiencia cristiana a aquellos que aún no la han gustado. La experiencia gozosa de la fe, y una mayor sensibilidad hacia los demás, que han adquirido en la catequesis, han hecho nacer en ellos una fuerte *preocupación* por el mundo de los *increyentes* y por la suerte de los *pobres.* Pero ello exige:

* Ser capaces de *decir la fe,* de "dar razón de su esperanza" (I Pe 3,15), de expresarla coherentemente en términos cercanos a las gentes.

* Vivir en *solidaridad* con los hombres, sobre todo con los que más sufren, sabiendo que es toda la persona la que hay que salvar, y viviendo, por ello, encarnados en las gentes de su entorno, con la actitud liberadora propia del Maestro.

* Comprometerse, según sus posibilidades, en la *transformación de la sociedad,* tratando de convertir la vida pública en una realidad cercana al Evangelio de Jesucristo.

* Estar atentos a los *signos de los tiempos,* a los acontecimientos, descubriendo en ellos interpelaciones del Espíritu de Jesús resucitado.

En resumen, se trata de unos creyentes que han asumido y desean hacer carne el hecho de pertenecer a una comunidad eclesial constituida "para la vida del mundo".

VII. LAS TAREAS DE LA CATEQUESIS DE ADULTOS

La finalidad de la catequesis se logra por medio de tareas diversas (108)

172. La *finalidad* o *meta* de la catequesis consiste, como ya se ha dicho, en la maduración de la vinculación a Jesucristo de los hombres y mujeres que han decidido seguirle. Se trata de lograr una unión madura *a* Cristo, *en* la Iglesia, *para* el servicio evangelizador al mundo.

"El fin de la catequesis es conducir a una fe madura a cada fiel y también a las comunidades" (DCG, 38).

Esta vinculación a Jesucristo va produciéndose a lo largo del proceso de la catequesis. Acontece por obra del Espíritu Santo, maestro interior del hombre, a medida que la *Palabra de Dios,* Evangelio vivo, va siendo conocida, contemplada, vivida y anunciada. La celebración de los sacramentos expresa, sella y consuma esta acción del Espíritu Santo, que nos convierte en *criaturas nuevas* por esa vida de hijos de Dios que nos infunde.

Esta *vida nueva* no es algo sobreañadido a la *vida humana.* Es la vida humana misma transformada por el Evangelio. Será, pues, tarea de la catequesis ayudar a los adultos a encontrar el camino mejor de esa liberación y plenitud humanas que brota de la comunión con Cristo, y sostenerles y acompañarles en ese camino (109).

Las dimensiones de la formación de Jesús a sus discípulos

173. Para definir cuáles son las *tareas* con las que ha de realizar su finalidad, la catequesis debe inspirarse en la manera con que Jesús formaba a sus discípulos. En efecto, junto al anuncio del Evangelio a las muchedumbres, aparece en el ministerio de Jesús la cuidadosa formación de sus discípulos. Las dimensiones incluidas en esta formación son el paradigma en el que la catequesis debe inspirarse:

* Jesús explica a sus discípulos los misterios del Reino. Les dedica "a solas" (Mc 4,10), una *enseñanza* especial. "A vosotros se os ha dado el conocer los misterios del Reino de los cielos" (Mt 13,11).

* Jesús enseña a sus discípulos a *orar.* "Maestro, enséñanos a orar" (Lc 11,1). Les hace partícipes de su propia manera de dirigirse al Padre. Les inculca la necesidad constante de la oración.

* También desea Jesús que sus discípulos le imiten en sus *actitudes morales.* Por ejemplo les dice: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11,29).

* Finalmente les enseñó a *evangelizar.* "Les envió de dos en dos" (Lc 10,1), y les fue preparando para que asumieran, tras su muerte, la gran tarea misionera de la Iglesia: "Id y anunciad el Evangelio a toda criatura" (Mc 16,16).

Con esto estamos indicando que la catequesis es un aprendizaje o entrenamiento en la vida nue-

---

(108) Hablamos de *tareas* para conseguir la *finalidad.* Se podrían utilizar otras expresiones: *objetivos específicos* para conseguir el *objetivo general; cauces o caminos* para llegar a la *meta; funciones o medios* para conseguir el *fin.* Lo importante es descubrir que el fin de la catequesis es una *experiencia* que sólo se consigue a través de unos medios adecuados. El *Código de derecho canónico,* recogiendo la descripción que hace *Cristus Dominus,* 14 de la catequesis, distingue muy bien entre el fin y los medios: "Es un deber... cuidar la catequesis del pueblo cristiano, *para* que la fe de los fieles, *mediante* la enseñanza de la doctrina y la práctica de la vida cristiana, se haga viva, explícita y operativa" (c. 773).

(109) "La *vida nueva...* no es más que la vida en el mundo, pero una vida según las bienaventuranzas y destinada a prolongarse y transfigurarse en el más allá" (CT, 29).

va, "un *noviciado* de toda la vida cristiana" (AG, 14), que implica una *diversidad de tareas,* apropiadas para cultivar las diferentes dimensiones de la fe (110).

"Todas estas cosas determinan las tareas *propias de la catequesis" (DCG, 21) (111).*

Las cuatro tareas u objetivos específicos de la catequesis

174. La catequesis, inspirándose en este paradigma de Jesús Maestro, desarrollará con los adultos una formación similar. Por ello se presentan a continuación lo que puede considerarse las cuatro *tareas* fundamentales de la catequesis:

* Una iniciación orgánica en el *conocimiento* del misterio de la salvación.

* Una capacitación básica para *orar* y *celebrar* la fe en la liturgia.

* Un entrenamiento en la adquisición de *actitudes evangélicas.*

* Una iniciación en la *acción apostólica* y *misionera.*

Esta manera de entender las *funciones peculiares* de la catequesis se inspira en lo que afirman importantes documentos oficiales de la Iglesia. Entre ellos, el *Ritual de la iniciación cristiana de adultos* afirma que la formación catecumenal "se obtiene por *cuatro caminos"* (RICA, 19). La catequesis de adultos hará bien en inspirarse en esta cuádruple vía.

Si el *amor* a una persona nos lleva a *conocerla* mejor, a *comprometernos* por ella, a *celebrar* de mil formas el encuentro y a *darla a conocer* a los demás, la vinculación del creyente con Cristo debe seguir la misma dinámica. El amor al Señor Jesús se alimenta en el cristiano al *conocer, celebrar, vivir* y *anunciar* el Evangelio (112). Aún más, es el propio Jesucristo, con su amor, el que nos envuelve y nos conduce a conocerle y amarle.

A. CONOCER EL MISTERIO DE LA SALVACION

"El hombre maduro en la fe conoce *el misterio de la salvación revelado en Cristo, y los signos y obras divinas que atestiguan que este misterio se realiza en la historia humana" (DCG, 24).*

La adhesión de la fe reclama el conocimiento de la fe

175. La primera tarea por la que se fomenta la finalidad de la catequesis es la iniciación orgánica en el *conocimiento* del mensaje evangélico como lo vive y enseña la Iglesia.

El hombre que se ha encontrado con Cristo desea conocerle lo más posible y conocer su plan salvador. El *conocimiento de la fe* viene pedido por la *adhesión de la fe,* es decir, por la vinculación del hombre con Dios.

Ya en el orden humano, el amor a una persona lleva a conocerla y a interesarse por sus planes y proyectos. El encuentro con Cristo exige conocer su persona, su vida y su mensaje. Sin este *conocimiento* nuestra entrega a El no sería una vinculación del hombre entero, no sería una fe verdadera (113). Con todo, este encuentro es fruto principalmente de la iniciativa y del poder del propio Jesucristo.

Este conocimiento de la fe exige no sólo descubrir el mensaje de la revelación, sino saber *interpre-*

---

(110) S. Juan Crisóstomo también concibe el período del catecumenado como un entrenamiento. Dirigiéndose a los que van a ser bautizados les dice: "El período de tiempo anterior a vuestra iniciación fue un tiempo de *entrenamiento,* pero de ahora en adelante el campo de batalla está abierto y el combate ya ha comenzado" *(II Cat baut,* PG, 49,234).

(111) El DCG también distingue la *finalidad* de la catequesis (DCG, 21) de las *funciones o tareas* (munera) para desarrollarla (DCG, 22-29).

(112) El Concilio Vaticano II describe así las *cuatro tareas* que debe desarrollar la catequesis: "La formación catequética,
— ilumina y robustece *la fe,*
— anima *la vida* con el espíritu de Cristo,
— lleva a una consciente y activa participación del *misterio litúrgico,*
— y alienta a la *acción apostólica"* (GEM, 4).
El Código de derecho canónico, sintetizando las dimensiones de la formación catecumenal que el Concilio define en AG,14, indica también que la *iniciación en el misterio de la salvación* —finalidad de dicha formación— se obtiene a través de cuatro tareas: "Por la enseñanza y el aprendizaje de la vida cristiana, los catecúmenos han de ser convenientemente *iniciados* en el misterio de la salvación, e *introducidos* a la vida de *la fe, de la liturgia y de la caridad* del pueblo de Dios, y del *apostolado"* (CDC, c. 788,2). En *La catequesis de la comunidad* hemos indicado cómo "una catequesis inspirada en el modelo catecumenal es una *iniciación* en la realidad desbordante del *misterio de Cristo"* (CC,84), y enumeramos las cuatro dimensiones o tareas que canalizan dicha iniciación.

(113) "No es suficiente que la catequesis sólo suscite una cierta *experiencia religiosa,* aunque ésta sea verdadera, sino que debe conducir a la percepción paulatina de *toda la verdad* del designio divino" (DCG, 24). Si "por la fe el hombre *entero* se entrega libremente a Dios" (DV, 5) esta entrega no sería completa si se excluyera la razón del hombre.

tar —a su luz— la vida de los hombres para descubrir en ella los planes de Dios (114).

ALGUNAS ORIENTACIONES SOBRE ESTA TAREA

a. La catequesis ha de ofrecer una síntesis orgánica y significativa del mensaje cristiano

176. La experiencia nos dice que muchos procesos de catequesis de adultos no llegan a ofrecer un *marco referencial doctrinal* suficiente, tanto para poder vivir con hondura la fe cristiana en una sociedad secularizada, como para poder dar razón de nuestra esperanza ante los hombres (115).

En este caso, no se capacita al adulto para dialogar con los no creyentes. Hay no pocas gentes que en su caminar hacia la fe tropiezan y se sienten bloqueados por algunos temas de moral, eclesiales y directamente religiosos. Una buena formación doctrinal capacitará al adulto para promover este diálogo (116).

Por otra parte, es necesario que los adultos adquieran una visión orgánica de la fe, es decir, un *cuadro mental coherente* al que referir toda su vida de creyente(117).Esta síntesis del mensaje cristiano estará penetrada, como hemos dicho, por una honda *significación vital,* mostrando cómo afecta a la vida de los hombres. La catequesis no sólo hace contemplar la luz, sino la realidad iluminada por la luz. La interpretación cristiana de la realidad es inherente al ejercicio de esta tarea.

"Se revela hoy cada vez más urgente la formación doctrinal *de los fieles laicos, no sólo por el natural dinamismo de profundización de su fe, sino también por la exigencia de "dar razón de la esperanza" que hay en ellos, frente al mundo y sus graves y complejos problemas" (Ch.L. n. 60) (118).*

b. Un contenido al servicio de la vinculación a Dios y al hombre

177. A veces se observa que algunos procesos de catequesis, en los que se ha proporcionado una riqueza doctrinal suficiente, no transforman a los catequizandos en cristianos que posean la debida hondura religiosa y humana. Los frutos obtenidos inclinarían a valorar la catequesis realizada como una mera *enseñanza* y no como una verdadera *iniciación.*

El punto fundamental consiste, entonces, en saber situar el *conocimiento de la fe* al servicio de la *adhesión de fe* (119). La llama del amor a Dios y del compromiso con los hombres ha de ser alimentada con la dosis doctrinal adecuada. La llama puede apagarse o porque tiene poco combustible o porque se le echa demasiado y se la sofoca.

"Estos dos aspectos no pueden separarse por su naturaleza, y la maduración normal de la fe supone su coherente progresión" *(DCG, 36).*

Hay aquí un principio catequético muy importante: la adecuación entre *conocimiento* y *vida* de fe. La fe de los sencillos necesita y tiene derecho a estar dotada de unos contenidos esenciales y vitales para alimentar su vida cristiana y vivir en coherencia con ella. Avanzar más o menos en la explicitación de esos contenidos es algo que, fundamentalmente, ha de decidirse a la luz del hambre personal

---

(114) "El ministerio de la palabra no sólo *recuerda* la revelación de las maravillas de Dios hechas en el pasado y llevadas a su perfección en Cristo sino que, al mismo tiempo, *interpreta,* a la luz de esta revelación, la vida de los hombres de nuestra época, los signos de los tiempos y las realidades de este mundo, ya que en ellos se realiza el designio de Dios para la salvación de los hombres" (DCG,11). "La revelación no está aislada de *la vida* ni yuxtapuesta artificialmente a ella. Se refiere al sentido último de *la existencia* y la ilumina, ya para inspirarla, ya para juzgarla, a la luz del Evangelio" (CT, 22). En *La catequesis de la comunidad* se ha insistido, también en este carácter sapiencial del conocimiento de la fe, que sepa dar sabor y significación vital a la vida del hombre (ver CC, 85).

(115) Mantenemos todavía la advertencia que se hacía en *La catequesis de la comunidad,* acerca del contenido de algunas catequesis de adultos: "Entre nosotros, la educación de la dimensión noética o cognoscitiva de la fe deja, a menudo, bastante que desear. La *pobreza doctrinal* de muchas catequesis con jóvenes y adultos es considerable. Una cierta tendencia a acentuar casi exclusivamente lo vivencial brota, muchas veces, de una alergia anti-intelectualista —hoy en día muy arraigada—, que desprecia o no tiene en cuenta lo que es un auténtico saber" (CC, 86).

(116) "Te enviamos una especie de memoria sobre los puntos capitales, de modo que puedas entender rápidamente todos los miembros del cuerpo de la verdad, y con este resumen poseas las pruebas de las cosas divinas" (*S. Ireneo, Demostración de la predicación apostólica,* 1).

(117) Respecto al contenido de la catequesis, Juan Pablo II destaca en *Catechesi tradendae* varios puntos: "El primero se refiere a la *integridad* de dicho contenido. A fin de que la oblación de su fe sea perfecta, el que se hace discípulo de Cristo tiene *derecho* a recibir la "palabra de la fe" (Rom. 10,8) no mutilada, falsificada o disminuida, sino *completa e integral,* en todo su rigor y su vigor" (CT, 30).

(118) La insistencia del *Directorio catequético general* en la necesidad de que el contenido de la catequesis ilumine la vida del hombre es, como estamos viendo, muy grande: "El hombre maduro en la fe es capaz de reconocer en medio de las diversas circunstancias y encuentros con el prójimo la invitación de Dios que le llama a cumplir su designio salvador. Por consiguiente, pertenece a la catequesis destacar esta tarea, enseñando a los fieles *a interpretar* cristianamente las realidades humanas, sobre todo los signos de los tiempos, de tal manera que todos logren examinar e interpretar todo con íntegro criterio cristiano" (DCG, 26).

(119) "Todo lo que les expliquéis, explicádselo de tal manera que vuestro oyente, al escucharos, *crea,* creyendo *espere* y esperando *ame" (S. Agustín, Catec.* IV,8).

de los catequizandos y de las exigencias del ámbito en que tiene que vivir su vida cristiana (120).

c. El contenido del mensaje cristiano se basa en la Escritura y en la Tradición

178. Existen en nuestra realidad catequética con adultos acentuaciones muy dispares en la presentación del mensaje cristiano:

* Hay materiales catequéticos basados sólo en la Escritura, sin tener suficientemente en cuenta la tradición viva de la Iglesia a lo largo de su historia. Se centran en un lenguaje exclusivamente bíblico.

* Otros materiales, por el contrario, se reducen a una enseñanza doctrinal, con un lenguaje exclusivamente teológico, que parece querer prescindir de la necesidad de que el cristiano tenga un contacto directo con la Sagrada Escritura.

Ambos extremos deben evitarse. El contenido del mensaje cristiano que ofrece la catequesis se inspira en la *Sagrada Escritura* y en la *Tradición:*

"La catequesis extraerá siempre su contenido de la fuente viva de la Palabra de Dios, *transmitida mediante la* Tradición *y la* Escritura" *(CT, 27).*

La formación catequética ha de iniciar al cristiano en el estudio directo de la *Sagrada Escritura,* según el deseo del Concilio: "Acérquense de buen grado al texto mismo" (DV, 25). También ha de hacerles entrar en contacto con el *pensamiento de la Iglesia* que, a lo largo de la historia, en sus documentos oficiales, condensa la conciencia que tiene de una Palabra constantemente meditada y vivida (121).

Según esto, el adulto que sigue un proceso catequético dispondrá de dos puntos de referencia y de consulta constante: *la Biblia* y *el Catecismo oficial* de la Iglesia. Toda la riqueza de la acción catequética, sea cual sea la programación concreta que la canaliza, estará presidida por la luz que emana de estas fuentes.

d. La función del Símbolo de la fe en la catequesis

179. La clave para estructurar esta doble dimensión —bíblica y doctrinal— de la enseñanza de la fe, tal como atestigua la práctica secular de la comunidad cristiana, está en *"la entrega del símbolo"* (RICA, 183), que la Iglesia, en el momento oportuno, lleva a cabo con los catecúmenos y, en nuestro caso, con los adultos que se catequizan (122).

El *Símbolo de la fe* es, al mismo tiempo, resumen de la Sagrada Escritura y expresión de la fe de la Iglesia(123).Con él, recordando las más importantes acciones salvíficas, los cristianos *confiesan* su fe en Dios, la *proclaman* en la comunidad y la *testimonian* en el mundo. La confesión adulta de la fe sella y consuma la meta de la catequesis.

El Símbolo condensa la historia de la salvación y toda la fe de la Iglesia. Según esto, la iniciación en el conocimiento del mensaje cristiano debe incluir la *narración* (narratio) de la historia de la salvación, la entrega del CREDO, y la *explicación* (explanatio) doctrinal del mismo (124).

"La instrucción se dirá completa cuando, partiendo de aquel "En el principio creó Dios el cielo y la tierra", llega hasta los actuales tiempos de la Iglesia" (S. Agustín, *De Catequizandis rudibus, 5)* (125).

---

(120) En relación con este tema está el respeto a la *jerarquía de verdades* en la catequesis: "En el mensaje de la salvación existe cierta *jerarquía de verdades* (cf. UR, 11), que la Iglesia siempre reconoció al confeccionar los símbolos o compendios de las verdades de la fe. Esta jerarquía no significa que algunas verdades pertenecen a la fe menos que otras, sino que algunas verdades se apoyan en otras como más principales y son iluminadas por ellas. Tenga en cuenta la catequesis esta *jerarquía de verdades* en todos sus grados" (DCG, 43). A veces, se dan malos entendidos sobre este concepto de la *jerarquía de verdades;* v.g. cuando se considera que hay unas verdades que hay que transmitir y hay otras que se pueden omitir o silenciar o, incluso, que puede resultar perjudicial darlas a conocer.

(121) "La *Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura* constituyen un solo depósito sagrado de la palabra de Dios encomendado a la Iglesia, al que se adhiere todo el pueblo santo unido a sus pastores" (DV, 10). "El primer lenguaje de la catequesis es la *Escritura y el Símbolo.* En esta línea, la catequesis es una auténtica introducción a la "lectio divina", es decir, a la lectura de la Sagrada Escritura hecha "según el Espíritu" que habita en la Iglesia (...). El creyente asimila también aquellas expresiones de fe acuñadas por la reflexión viva de los cristianos durante siglos, y que son recogidas en Símbolos y en los principales documentos de la Iglesia" (Sínodo 1977, MPD, n. 9).

(122) "Durante siglos, un elemento importante de la catequesis era precisamente la *"traditio Symboli"* (o transmisión de compendio de la fe), seguida de la entrega de la oración dominical (...) ¿No habría que encontrar una utilización más concretamente *adaptada* (en la catequesis) para señalar esta etapa? (CT, 28).

(123) *S. Cirilo de Jerusalén* describe la importancia del Símbolo como resumen de las Escrituras: "Como no todos pueden conocer las Santas Escrituras, unos porque no saben leer, otros porque sus ocupaciones se lo impiden, para que ninguno perezca por ignorancia, hemos *resumido* en los pocos versículos del Símbolo el conjunto de las enseñanzas de la fe" (Ver Catecismo III, *Esta es nuestra fe,* p. 107).

(124) Para facilitar la profundización en la explicación del Símbolo conviene consultar el Catecismo III, *Esta es nuestra fe,* de la Conferencia episcopal española. En *La catequesis de la comunidad* (cap. IV), hemos descrito los "acentos y elementos que, desde nuestra responsabilidad episcopal, nos parecen necesarios hoy para salvaguardar la identidad de la catequesis" (CC, 169). A esos números nos remitimos.

(125) *Egeria* nos explica lo que se hacía en Jerusalén: "Comenzando por el Génesis, durante estos cuarenta días, el obispo recorre todas *las Escrituras...* Al final de cinco semanas (intensas) de instrucción los catecúmenos reciben *el Símbolo"* (Itinerario, 46).

El contenido de la enseñanza de la fe se estructura, por tanto, según la dinámica de la *historia de la salvación,* cuyo centro es Cristo y que incluye —como dimensión fundamental de esa historia— el *tiempo de la Iglesia.* Su vida, su doctrina y su culto son un elemento interior a la historia salvífica (126).

En el catecumenado tradicional, la iniciación a la *historia de la salvación* era lo primero. Después, en la Cuaresma, se explicaban el *Símbolo* y, durante el tiempo pascual, después del Bautismo, se explicaba los *sacramentos.* La *dimensión moral* de la fe era algo subyacente a cada una de estas enseñanzas. Tenemos aquí una referencia en la que la catequesis de adultos deberá inspirarse.

B. APRENDER A ORAR Y CELEBRAR LA FE

"La catequesis debe ayudar a una participación activa, consciente y genuina en la liturgia *de la Iglesia.*
Debe también educar a los fieles para la meditación *de la palabra de Dios y para* orar *en privado" (DCG, 25).*

La vinculación a Jesucristo a través de la oración y la liturgia

180. La progresiva vinculación a Jesucristo que tiene lugar a lo largo del proceso catequético se realiza también a través de la *oración* y la *celebración litúrgica.* Toda relación supone verse, hablarse, celebrar juntos los acontecimientos... La unión a Cristo implica que los catequizandos dediquen tiempo a escucharle, a suplicarle, a darle gracias, a celebrar los frutos que brotan de esa vinculación. La oración y la celebración, sin embargo, no son sólo expresión de la unión a Cristo, sino que la realizan y la hacen crecer.

"Cristo está siempre presente *en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica" (SC, 7).*

La experiencia indica que la *oración* da profundidad a la existencia cristiana y que la catequesis cobra nueva dimensión cuando se abren espacios a la oración. Hay momentos en los que la importancia de la oración cobra especial relieve: cuando el adulto se enfrenta a los aspectos más exigentes del Evangelio y se siente débil, o cuando descubre, maravillado, la acción salvadora de Dios en sí mismo (127).

La *celebración litúrgica,* por otra parte, es algo inherente a la catequesis, ya que el misterio cristiano que se propone en ella, y que alimenta la fe en los adultos, pide ser celebrado en la comunidad cristiana. La fe sólo es verdadera cuando se proclama, se celebra y se confiesa(128).Por eso es importante que, a lo largo del proceso catequético, los cristianos puedan iniciarse en los diferentes *tipos* de celebración litúrgica, capacitándose para participar después activamente en ella en la vida de la comunidad cristiana (129).

ALGUNAS ORIENTACIONES SOBRE ESTA TAREA

a. Aprender a orar con Jesús

181. La *oración* es un encuentro personal con Dios y Jesús es la mediación para acercarnos a Dios. Jesucristo une a sí mismo, mediante el Espíritu, a toda la humanidad. El une a su oración la de todos los hombres, de modo que la oración de un creyente se hace "por Cristo con El y en El".

Aprender a orar con Jesús es orar con "los propios sentimientos de Jesús" (Fil 2,5): la adoración, la alabanza, la acción de gracias, la confianza filial, la súplica, la admiración por la gloria de Dios...

Aprender a orar con Jesús es orar con las mismas *palabras* que él lo hacía:

* Los evangelios dejan traslucir que Jesús oraba con los viejos *salmos* de su pueblo. En ellos los creyentes expresan los sentimientos del hombre que se dirige a Dios con angustia, arrepentimiento, gozo o paz... en las circunstancias concretas de su vida.

"Quienes los recitan ven reflejados en ellos sus sentimientos y lo más hondo de sí mismos" (S. Atanasio).

* El *Padre nuestro* es el modelo de toda oración cristiana. Es la oración que Jesús enseñó a sus discípulos. En él está condensado lo mejor de los salmos y lo nuclear de la oración y de la predicación

---

(126) "El objeto de la catequesis es el misterio y las obras de Dios, es decir, las obras que Dios hizo, hace y hará por nosotros los hombres y por nuestra salvación. Todo esto está armoniosa y estrechamente ligado entre sí y constituye *la economía de la salvación"* (DCG, 39). Ver también DCG, 44, sobre el "carácter *histórico* del misterio de la salvación".
(127) "Todos aquellos que están convencidos y creen verdaderamente las cosas que enseñamos y decimos y que aseguran vivir de esta manera son asociados a *orar,* mientras nosotros oramos y ayunamos con ellos" (*S. Justino, I Apología,* 61-66).
(128) El Sínodo 1977 lo expresó así: "La catequesis es *Palabra, Memoria y Testimonio"* (MPD, 7).
(129) La catequesis es cauce muy adecuado de *educación litúrgica:* "Los pastores de almas fomenten con diligencia y paciencia la *educación litúrgica* y la participación activa de los fieles, interna y externa, conforme a su edad, condición, género de vida y grado de cultura religiosa" (SC, 19).

de Jesús. Su espíritu, eminentemente escatológico, ha de impregnar toda nuestra oración. Con él intensificamos el espíritu filial que el bautismo depositó germinalmente en nosotros (130).

b. Iniciación en la oración individual y comunitaria

182. Los cristianos oran junto a Dios, en comunidad, y unidos a Cristo: "Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18,20). La práctica de la *oración comunitaria* se inicia desde los comienzos de la Iglesia. Pablo la recomienda continuamente en sus cartas: "Te ruego, Timoteo, lo primero de todo que hagáis oraciones, plegarias y acciones de gracias" (I Tim 2,1).

En la catequesis los adultos descubren la riqueza del *orar juntos,* del compartir la fe tanto con palabras que surgen del fondo de uno mismo como con el silencio contemplativo. La oración común es una constante en la vida de un grupo catequético. Algunos grupos llegan, incluso, a establecer periódicamente encuentros dedicados únicamente a la oración. Este aprendizaje cala tan profundamente en los catequizandos que, una vez finalizada la catequesis, muchos buscan organizar en sus comunidades parroquiales momentos especiales de oración compartida (131).

Esta oración comunitaria, sin embargo, no cobra pujanza si no va acompañada de la práctica de la *oración individual.* "En efecto, el cristiano llamado a orar en común debe, no obstante, entrar también en su cuarto para orar al Padre en secreto (cf. Mt 6,6), más aún, debe orar sin tregua, según enseña el Apóstol (cf. I Ts 5,17)" (SC, 12).

Resulta enriquecedor para el grupo el poder tener, en algún momento del proceso, una sencilla iniciación a la oración y a la celebración liturgica *(132).*

De cualquier forma, téngase en cuenta que el aprendizaje de la oración es distinto según se realice con adultos que han estado alejados de la fe que con creyentes ya habituados a hacerlo. En el primer caso se procederá más lentamente, para ir incorporándoles poco a poco a la oración de la Iglesia. En el segundo caso lo importante es descubrir la originalidad de la oración cristiana respecto a posibles formas inmaduras de dirigirse a Dios.

c. Educar las actitudes básicas de toda celebración

183. Son muchas las razones que explicarían la poca vitalidad que, a veces, tienen muchas de nuestras celebraciones cristianas. Una de las más importantes consiste en que los cristianos de nuestras comunidades han sido poco educados en las *actitudes básicas* que subyacen y sostienen toda celebración, como son:

* La sensibilidad a los *símbolos,* que evocan la presencia de Dios y de su acción salvadora en la comunidad, así como a los *signos* que apuntan a la acción divina en la historia humana.

* La *escucha* vivencial de la Palabra, dejándose iluminar e interpelar por ella.

* El *silencio* en uno mismo, como lugar de encuentro y contemplación de Dios.

* La *alabanza* y la *acción de gracias* ante las maravillas salvíficas que Dios va realizando en nosotros.

* La capacidad de *celebración* y de *fiesta* en la vida.

* La educación a las categorías del *tiempo sagrado:* al domingo, como el día en que los creyentes pueden alabar al Señor sin la preocupación del trabajo; a las fiestas, como celebración de las acciones salvadoras de Dios en favor de los hombres.

* La utilización del *cuerpo* como medio dúctil de expresar nuestro interior.

---

(130) "Iniciar al catecúmeno en la plegaria de *los salmos,* desarrollar en él la dimensión contemplativa de la experiencia cristiana... es imprescindible para la catequesis. Todo esto debe hacerse desde las actitudes religiosas que configuran el *"Padre nuestro",* modelo de toda oración cristiana" (CC, 90). En este sentido, *"la entrega del Padre nuestro* es una dimensión de la catequesis que ha de estar permanentemente presente a lo largo de todo el proceso" (CC, 90). "En la *oración dominical* (los elegidos) descubren más profundamente el nuevo *espíritu de ijos,* gracias al cual llaman Padre a Dios" (RICA, 25). "Os entregamos la oración del *Padre nuestro* para que sepáis a quién estáis orando y qué tenéis que pedir" (*S. Agustín, Sermones,* 56). "Esta oración os anima no solamente a aprender a pedir a vuestro Padre que está en los cielos lo que vosotros deseáis, sino a aprender también lo que vosotros debéis desear" (*S. Agustín, Sermones,* 59).

(131) "No podemos menos de alabar los esfuerzos realizados entre nosotros para tratar de conseguir que un proceso catequético se convierta en verdadera *escuela de oración"* (CC, 90).

(132) En diversos grupos cristianos se incorporan al aprendizaje de la oración individual y comunitaria diversos *métodos orientales,* inspirados en otras religiones, como el "Zen", la "meditación trascendental", el "yoga"... En la línea de la declaración *Nostra aetate,* el Concilio Vaticano II, "la Iglesia nada rechaza de lo que, en estas religiones, hay de santo y verdadero" (n. 2). En todo caso, la catequesis de adultos habrá de cuidar de no perder nunca de vista la *concepción cristiana de la oración,* su lógica y sus exigencias. A este respecto, la Sgda. Congregación para la doctrina de la fe ha publicado una *Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre algunos aspectos de la meditación cristiana* (1989), en la que subraya aspectos positivos y negativos de esta utilización de *tradiciones orantes,* procedentes de otras manifestaciones religiosas. Es importante, catequéticamente, tomar en cuenta las orientaciones contenidas en la referida carta.

La educación litúrgica exige el cultivo de éstas y otras dimensiones, ya que la vitalidad de una celebración depende de ellas:

"Hemos de cuidar muy especialmente la iniciación a la celebración litúrgica, *educando con cuidado las actitudes generales básicas presentes en toda celebración" (CC, 90)* (133).

d. Privilegiar las celebraciones litúrgicas

184. Todos sabemos por experiencia que toda celebración vincula a cuantas personas participan en ella. La práctica de la catequesis, por su parte, muestra también la fuerza vinculatoria que, para el grupo catequético, tiene toda celebración litúrgica.

* La *Eucaristía,* que en el Catecumenado sólo es posible celebrarla en el tiempo final de la "mystagogia" (cf. RICA, 40), en la catequesis de adultos es posible realizarla desde el principio, y en muchos casos constituye un componente preeminente del proceso catequizador. Estas celebraciones eucarísticas son momentos privilegiados para interiorizar el proceso catequético, así como para el desarrollo de la vida del grupo. En cierto sentido, la catequesis de adultos adquiere, toda ella, un cierto *carácter mistagógico.* Esto representa una originalidad muy importante respecto a la formación estrictamente catecumenal.

"La catequesis se intelectualiza si no cobra vida en la práctica sacramental" (CT, 23).

* Como en el catecumenado tradicional, las *celebraciones de la Palabra* deben ocupar el lugar celebrativo ordinario en la vida del grupo catequético. Tienen la ventaja de que los catequistas seglares pueden organizarlas y dirigirlas con gran libertad. Los fines que pueden asumir son los mismos que asigna la Iglesia para la formación de los catecúmenos:..

"Para la utilidad de los catecúmenos prepárense peculiares celebraciones de la palabra de Dios, *procurando en primer lugar los fines siguientes:*

a. Que la doctrina recibida penetre en las almas.
b. Que enseñen a saborear los diversos métodos y aspectos de la oración.
c. Que expliquen a los catecúmenos los símbolos, gestos y tiempos del misterio litúrgico.
d. Que les vayan introduciendo gradualmente en los actos de culto de la comunidad total" (RICA, 10).

* *Como en todo aprendizaje activo, al depositar en los catequizandos la responsabilidad* de la oración y celebración grupal es el mejor camino para una participación vital en la vida litúrgica. Difícilmente se logrará esto si el catequista monopoliza toda la iniciativa. Incluso cuando se trata de preparar la celebración de la Eucaristía hay muchos aspectos de participación en que deben colaborar todos de forma activa.

"La catequesis capacita realmente al catecúmeno a participar activamente *en la vida litúrgica ordinaria de la comunidad cristiana" (CC, 90).*

* Es importante, finalmente, ayudar a los adultos a vivir el *año litúrgico,* sobre todo cuando se trata de creyentes habitualmente practicantes, ya que nada —ordinariamente— vincula tanto a Cristo como la celebración litúrgica de sus misterios a lo largo del ciclo anual. "En el círculo del año (la Iglesia) desarrolla todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor" (SC, 102).

"Una catequesis que forme auténticamente hace que la vida del catequizando se vea jalonada poco a poco por las principales fiestas del año litúrgico" *(CC, 90).*

C. EJERCITAR LAS ACTITUDES EVANGELICAS

"Dejáos transformar, renovad vuestro interior de tal manera que sepáis apreciar lo que Dios quiere" (Rom 12, 1-2).

Seguir a Cristo, adoptando su estilo de vida

185. Todo intento de vinculación a una persona supone, en quien lo pretende, una capacidad de poder convivir con ella, de dejarse transformar, de seguirla. Son muchos los textos evangélicos en los que se ve cómo Jesús condiciona el poder ser discípulo suyo a un cambio profundo de actitudes: "Cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes no puede ser discípulo mío" (Lc 14,33). El joven rico, por ejemplo, no cumplía una de las condiciones para poder participar en un seguimiento fiel del Señor y renunció al seguimiento (Lc 18,22-24).

La catequesis, que busca vincular a los catequizandos con Cristo, debe entrenarlos en aquellas actitudes más propias del Maestro. De este modo, el adulto "emprende un *camino* espiritual por el que, participando ya por la fe del misterio de la muerte y de la resurrección, pasa del *hombre viejo*

(133) "La catequesis debe ayudar a una participación activa, consciente y genuina en la liturgia de la Iglesia, no sólo aclarando el significado de los *ritos,* sino educando también el espíritu de los fieles para la *oración,* para la *acción de gracias,* para la *penitencia,* para la *plegaria confiada,* para el *sentido comunitario,* para la recta captación del significado de los *símbolos,* todo lo cual es necesario para que exista una verdadera vida litúrgica" (DCG, 25).

al *hombre nuevo* perfecto en Cristo" (AG, 13) *(134).*

Este cambio de actitudes, sin embargo, no es condición previa para comenzar el proceso catequizador. Basta el deseo inicial de querer cambiar de vida. La propia catequesis irá facilitando el que los adultos adquieran, poco a poco, el *estilo de vida* del Maestro: su manera de situarse ante los marginados, ante el dinero, el poder, la violencia, el conflicto... y su forma de convivir con sus discípulos: su amor fraterno, su comprensión, su perdón, su oración por los suyos, su compartir todo con ellos... Seguir a Cristo en su estilo de vida lleva a profundizar las actitudes comunitarias y de servicio al mundo, con sus consecuencias sociales y eclesiales.

"Es importante revelar sin rodeos las exigencias, hechas de renuncia pero también de gozo, de lo que el apóstol Pablo gustaba llamar "vida nueva" *(CT, 29)* (135).

ALGUNAS ORIENTACIONES SOBRE ESTA TAREA

a. Respuesta a una experiencia de llamada, a una invitación al seguimiento

186. La renovación de las actitudes vitales en un creyente no nace como fruto de un *moralismo,* de cumplir la norma por la norma. Tampoco es consecuencia de una mera atracción externa que uno puede encontrar en Jesús de Nazareth, viendo sólo en él un modelo moral que imitar.

La transformación evangélica que reclama la catequesis debe ser fruto de una respuesta generosa y consciente a una *experiencia de llamada* y a un deseo de vivir en alianza con Dios. En el origen de la transformación de los grandes santos —y de todo creyente— hay siempre una invitación que Dios hace: "Tú sígueme" (Jn 21,20).

Es una llamada radical al *seguimiento,* que apunta a la raíz de la persona y la coge por entero. El creyente que la percibe intuye que Dios le llama a dejarse guiar por El, a vivir en comunión con El, abandonando otros caminos: "Vete de tu tierra" (Gn 12,1).

En esta tesitura, *el pecado* no es vivido por el creyente como mera infidelidad a una norma, sino como una infidelidad a una relación de amor con Dios y con los hermanos, a la que uno fue gratuitamente invitado.

En consecuencia, las actitudes evangélicas han de ser presentadas en la catequesis como *llamada* a un seguimiento, como *oferta* de vida y como *camino* de felicidad: "Si quieres entrar en la vida... ven y sígueme" (Mt 19,17-21).

No es suficiente presentar a los adultos unas actitudes evangélicas aisladas. Es preciso ofrecerles un *marco referencial moral,* desde donde poder juzgar cristianamente la propia vida, los acontecimientos y las situaciones. Este marco incluye una moral fundamental y la oferta de un estilo coherente de vida cristiana, con las implicaciones sociales que ésta conlleva:

b. Una iniciación a la moral fundamental

187. La catequesis ha de educar al adulto en los *presupuestos básicos* del comportamiento evangélico: la función de la conciencia moral en el hombre, las condiciones del ejercicio de una libertad auténticamente humana, el desarrollo de la conciencia social, la función de la ley, la educación el sentido adulto del pecado, la función del sentimiento de culpa en el hombre, el sentido de la persona como valor supremo en las relaciones sociales, la convivencia en el pluralismo, la opción radical entre el bien y el mal..., todo ello visto a la luz del Evangelio, es decir, que esta iniciación a los fundamentos de la moral brota de las enseñanzas de Jesucristo.

Es difícil pensar en una moral evangélica adulta si no está basada en estos presupuestos de la *moral fundamental.* Dado el carácter fundamentador que corresponde a la catequesis, no cabe duda de que ésta es una tarea insoslayable en nuestro quehacer.

En *La verdad os hará libres* (n. 36-51) el episcopado español recoge los aspectos más importantes que debe asumir esta iniciación a la *moral fundamental.*

c. El sermón del Monte, marco referencial del estilo de vida evangélica

188. El sermón del Monte es referencia en la tarea catequética de iniciar en *la vida evangélica.* Representa la enseñanza moral más importante de Jesús, con la que —como nuevo Moisés— da al

(134) "Si alguno no se ha corregido de sus malas costumbres y no se ha ejercitado en la virtud hasta hacérsele fácil, que no se haga bautizar" (*S. Juan Crisóstomo, II Cat baut,* PG, 49, 234).

(135) Juan Pablo II deduce de aquí la importancia de la *formación moral* en la catequesis: "De ahí la importancia que tienen en la catequesis las exigencias morales personales correspondientes al Evangelio y las *actitudes cristianas* ante la vida y ante el mundo. Nosotros las llamamos virtudes cristianas o evangélicas" (CT, 29). La formación moral es más que *conocer* estas virtudes. Se trata de *ejercitar* en ellas, lo que trae consigo "un *cambio* de sentimientos y costumbres, que debe manifestarse con sus *consecuencias sociales"* (AG, 13). *La verdad os hará libres* subraya, también, la importancia de esta formación moral en la catequesis: "El tema de *la moral* ha de ocupar un puesto imprescindible en la catequesis" (VL, 55).

Decálogo de la Alianza su sentido pleno y definitivo(136). Jesús no vino a destruir la Ley sino a darle toda su hondura humana y religiosa: "No he venido a derogar la Ley o los Profetas. No he venido a derogar sino a dar cumplimiento" (Mt 5,17).

He aquí algunos rasgos más sobresalientes que definen la vida cristiana, tal como Jesús los propuso en dicho sermón:

* Los valores de las *bienaventuranzas,* que constituyen todo un programa de vida (Mt 5,3-10).

* La necesidad de que la vida cristiana suponga una *justicia más honda* que una moral legalista (Mt 5,20).

* El *carácter misionero* de la vida evangélica, como "luz y sal de este mundo" (Mt 5,16).

* El carácter *teónomo* de la conducta cristiana, como motivación última, ya que "el Padre que ve en lo secreto te recompensará" (Mt 6,4).

* La libertad que da la *pobreza evangélica* para poder responder sin trabas a Dios (Mt 6,25).

* El *amar al prójimo* como compendio de toda la Ley (Mt 7, 12).

Todas estas enseñanzas de Jesús en el sermón del monte son la plenificación del contenido y del espíritu del *Decálogo* y, por tanto, del doble mandamiento del amor (137).

d. La dimensión social de la formación moral

189. Las actitudes evangélicas del creyente "deben manifestarse con sus consecuencias sociales" (AG, 13). La denominada *opción preferencial por los pobres* (SRS, 42), por ejemplo, no es posible practicarla sin enfrentarse a las "estructuras de pecado" (SRS, 36) que existen en el mundo.

Muchas veces, sin embargo, la formación moral que se imparte en los grupos de catequesis de adultos queda en un nivel individual, sin abrirse suficientemente a las exigencias de la *moral social.* La enseñanza social de la Iglesia es, con frecuencia, ignorada.

"Ya en la época patrística. S. Ambrosio y S. Juan Crisóstomo, por no mencionar a otros, destacaron las consecuencias sociales de las exigencias evangélicas...
El rico patrimonio de la enseñanza social *de la Iglesia ha de encontrar su puesto, bajo formas apropiadas, en la formación catequética común de los fieles" (CT, 29).*

Estas exigencias sociales de la vida evangélica tienen un profundo sentido eclesial y misionero. Por una parte, han de configurar la propia *vida interna* de la Iglesia. Por otra, en un momento cultural en el que el sentido de los valores y la propia moralidad pública sufren un deterioro, el testimonio colectivo de las comunidades cristianas, insertas en el mundo, es imprescindible para el anuncio del Evangelio.

190. De manera general, es necesario situar toda esta formación moral bajo *la acción del Espíritu.* Vivir el ideal del sermón del Monte puede parecer inaccesible, pero "para Dios ninguna cosa es imposible" (Lc 1,37). "El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad" (Rom 8,26) y obra en nosotros maravillas. "Fruto del Espíritu es el amor, la alegría y la paz" (Gal 5,22).

"Fuisteis cocidos en el fuego del Espíritu Santo para convertiros en el propio pan del Señor" (S. Agustín).

D. FOMENTAR LA ACCION APOSTOLICA Y MISIONERA

"Los catecúmenos han de aprender a cooperar activamente en la evangelización y edificación de la

---

(136) La instrucción *Libertad cristiana y liberación,* de la Sgda. Congregación para la doctrina de la fe, precisa muy bien este sentido pleno que el *Sermón del Monte* da al *Decálogo:* "Las bienaventuranzas, a partir de la primera, la de los pobres, forman un todo que no puede separarse del conjunto del sermón de la montaña. Jesús, el nuevo Moisés, comenta en ellas el decálogo, la ley de la alianza, dándole su *sentido pleno y definitivo"* (n. 62). La instrucción pastoral *La verdad os hará libres* se expresa en estos términos: "Los *mandamientos,* sin diluirse sus exigencias, se desbordan ahora hacia las propuestas de las *bienaventuranzas,* de cuya dicha disfrutan ya en esta tierra quienes han acogido incondicionalmente el Reino de Dios presente en la persona de Jesús" (VL, 45). *S. Agustín* considera que el *sermón del Monte* es un modelo perfecto de la vida cristiana: "Cualquiera que con piedad y recogimiento considere el sermón que N. S. Jesucristo pronunció en el monte, opinó que encontrará en él, por lo que atañe a la buena dirección de las costumbres, un *método perfecto de vida cristiana...,* ya que se contienen en él todos los preceptos conducentes a la perfección de la vida cristiana" (*Sermón del Monte,* I,1,3).
(137) Pablo VI, en el *Credo del Pueblo de Dios* incluye esta dimensión moral, propugnada por Jesús: "Nos dio su *mandamiento nuevo* de que nos amáramos los unos a los otros como él nos amó. Nos enseñó el camino de las *bienaventuranzas evangélicas:* a saber, ser pobres en espíritu y mansos, tolerar los dolores con paciencia, tener sed de justicia, ser misericordiosos, limpios de corazón, pacíficos, padecer persecución por la justicia" (n. 12). De esta inclusión de la moral cristiana en el Credo, *La catequesis de la comunidad* dice lo siguiente: "El mandamiento del amor y las bienaventuranzas, introducidos por Pablo VI en la *Solemnis Professio Fidei* ("Credo del Pueblo de Dios"), supuso una verdadera innovación en la historia de las profesiones de fe al incluir, por primera vez, un apartado dedicado a la moral" (CC, 230, nota 3).

Iglesia con el testimonio de la vida y la profesión de fe" (AG, 14).

Una iniciación en la acción apostólica y misionera

191. La experiencia de la fe, como experiencia gozosa y plenificante que es, tiende a ser compartida y comunicada. "Ay de mi si no evangelizare" (I Cor 9,16). No es posible vincularse a Cristo y no hacerlo a las personas a quienes él denomina "estos hermanos míos" (Mt 25,40), en especial los pobres, los indefensos y los marginados, para compartir con ellos la Buena Nueva y sus consecuencias. Seguir a Jesucristo implica asumir su acción misionera y evangelizadora (138).

Jesús vivió intensamente la convicción de ser enviado por el Padre a evangelizar, es decir, a anunciar e instaurar el *reinado de Dios* en medio de los hombres: "A esto he sido enviado" (Lc 4,43). Esta tarea constituyó la pasión de su vida.

Un discípulo de Jesucristo es misionero al igual que su maestro: "Los envió de dos en dos a todas las ciudades y pueblos por donde él había de pasar" (Lc 10,1). La catequesis debe, por tanto, entrenarle en el ejercicio de la misión (139).

Este aprendizaje capacita al adulto tanto para desarrollar una *presencia cristiana en la sociedad* (vecinal, laboral, sindical, cultural, política...), como para cooperar en *tareas intereclesiales* (catequista, animador litúrgico, acogida, obras asistenciales...). Ambas dimensiones deben ser cuidadas en esta tarea.

"La catequesis está abierta al dinamismo misionero. *Si se hace bien, los cristianos tendrán interés en dar testimonio de su fe, de transmitirla a sus hijos, de hacerla conocer a otros, de servir de todos los modos a la sociedad humana" (CT, 25).*

ALGUNAS ORIENTACIONES SOBRE ESTA TAREA

a. La acción apostólica y misionera es fruto de una vivencia de fe

192. El compromiso evangelizador, al que inicia la catequesis, ha de estar motivado por *la experiencia gozosa de la fe.* De lo contrario cabe el riesgo de quemar a muchos cristianos, al lanzarlos a la empresa apostólica sin motivaciones cristianas hondas.

Sería, en efecto, un desacierto —como ocurre a menudo— que el compromiso cristiano estuviera motivado por un planteamiento voluntarista, exterior, buscando sólo la eficacia y no brotara del interior. Algunos grupos de catequesis de adultos son interpelados frecuentemente por falta de una suficiente presencia activa en la transformación de la vida pública. Los catequistas se sienten, entonces, culpables de ello y esto les lleva a presionar indebidamente al grupo hacia el compromiso social (140).

La verdadera *motivación* de la acción apostólica debe venir de la fe. Toda persona necesita expresar sus vivencias y experiencias más hondas. La luz transformadora de la Palabra de Dios suscita la experiencia del encuentro con Cristo, y es natural querer expresarla mediante la profesión de fe, la celebración y el compromiso cristiano (ver CC, 234).

"Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, *que descenderá sobre vosotros, y seréis mis* testigos *en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaría y hasta los extremos de la tierra" (Hech 1,8).*

b. El discurso de Jesús sobre la misión, clave referencial obligada

193. No sólo es importante educar para la *acción* de evangelizar. Hay que educar las *actitudes* con que debe realizarse. La catequesis de adultos ha de propiciar estas actitudes. Las palabras de Jesús sobre la misión son, a este respecto, referencia obligada. He aquí algunas de sus recomendaciones, tomadas de los evangelios (ver Mt 10,5-42 y Lc 10,1-20):

* Se trata de *ir* en busca de las gentes, no esperar a que vengan: "Les envió de dos en dos" (Lc 10,1).

* Hay que *compartir* la vida de las gentes a las que se trata de evangelizar: "Comed y bebed lo que tengan" (Lc 10,7).

* La evangelización se hace con *palabras* y *obras:* "Decidles: el Reino de Dios está cerca. Curad a los enfermos..." (Mt 10,7-8).

---

(138) "Es impensable que un hombre haya acogido la Palabra y se haya entregado al Reino, sin convertirse en alguien que, a su vez, da *testimonio y anuncia"* (EN, 24).

(139) "Los fieles laicos, precisamente por ser miembros de la Iglesia, tienen la vocación y la misión de ser *anunciadores del Evangelio:* son habilitados y comprometidos en esta tarea por los *sacramentos de la iniciación cristiana* y por los *dones del Espíritu Santo"* (C. L. n. 33).

(140) Juan Pablo II, en la Introducción de la Exhortación apostólica sobre *Los fieles laicos,* recogiendo la reflexión del Sínodo de 1987 sobre el laico, nos recuerda *dos tentaciones* a las que los seglares cristianos no siempre han sabido sustraerse: "La tentación de reservar un interés tan marcado por los servicios y las tareas eclesiales, de tal modo que frecuentemente se ha llegado a una práctica *dejación de sus responsabilidades específicas* en el mundo profesional, social, económico, cultural y político; y la tentación de legitimar la indebida *separación entre fe y vida,* entre la acogida del evangelio y la acción concreta en las más diversas realidades temporales y terrenas" (C. L. n. 2).

* Hay que evangelizar desde la *pobreza evangélica,* sin preocuparse por las seguridades humanas: "No llevéis oro ni plata" (Mt 10,9).

* Hay que ser conscientes y saber asumir el *rechazo* de que se va a ser objeto: "Os envío como ovejas entre lobos... os entregarán a los tribunales" (Mt 10, 16-17).

* Se necesita una gran *confianza en el Padre* en medio de la persecución: "No os preocupéis de vuestra defensa... El Espíritu de vuestro Padre es el que hablará por vosotros" (Mt 10,20).

* El *premio* del discípulo está en haber podido colaborar en la construcción del Reino: "Alegráos de que vuestros nombres estén escritos en el cielo" (Lc 10,20).

La lectura de estas recomendaciones de Jesús hace ver que la *iniciación a la misión* que se realiza en algunos grupos de catequesis está, no pocas veces, muy lejos de este espíritu evangélico.

c. La importancia del talante social del catequista

194. Para una buena iniciación en el compromiso apostólico y misionero el talante del catequista, comprometido en lo social, es fundamental. Es una inquietud que se hace contagiosa. Si falta, en cambio, esta sensibilidad —lo que, a veces, ocurre— la dimensión misionera del adulto quedará disminuida o asfixiada.

Hay que ayudar a los adultos a hacer una *lectura cristiana de la realidad,* de forma que aprendan a juzgar los acontecimientos y las situaciones con los ojos de la fe. El cristiano, en el diálogo con los hombres, ha de enjuiciar las cosas con criterios evangélicos.

Hay que proponerle, también, *campos de acción* concretos, necesitados de una presencia cristiana transformadora, ya que en ellos se está jugando el destino del hombre y de la sociedad (141).

"Uno de los cometidos principales de la catequesis es presentar eficazmente formas nuevas de serio compromiso, *especialmente en el campo de la justicia" (MPD, 10).*

En esta iniciación evangelizadora se impone un gran realismo. El compromiso ha de ser progresivo y enfocado hacia acciones que estén al alcance de los adultos concretos del grupo. Para ello se impone una *pedagogía del compromiso* que sea escalonada, empezando por compromisos más sencillos y respetando el carisma y las cualidades de cada adulto.

Todo ello está pidiendo un catequista con una fuerte *sensibilidad social,* comprometido en su entorno vital, al estilo de los militantes apostólicos.

d. Hay que evitar la contraposición entre acción temporal y acción eclesial

195. Están equivocados quienes piensan que los que evangelizan en la vida pública no están construyendo la Iglesia. Es cierto que algunos cristianos, proyectados hacia afuera, se han desentendido de la marcha interna de la comunidad eclesial y no han tomado parte en la construcción interna de la misma.

Precisamente el *Directorio catequético general* señala como una de las tareas particulares de la catequesis de adultos la clarificación de la relación existente entre la *acción temporal* y la *acción eclesial:*

"Corresponde a la catequesis educar a los cristianos en la percepción de las mutuas relaciones que existen entre las tareas temporales *y las* eclesiales. *La catequesis debe dejar claro que el cumplimiento de las tareas temporales puede influir útilmente en la misma comunidad eclesial, al hacerla más consciente de su fin trascendente y de su misión en el mundo" (DCG, 97).*

Ambos aspectos de la evangelización son necesarios e indisociables y la catequesis educará a los adultos para participar en ambos. La comunidad cristiana sólo se realiza si se proyecta en la *misión.* Pero la acción misionera sólo es fecunda cuando brota de la *comunión:*

"La comunidad es misionera y la misión *es para la* comunión. *Siempre es el único e idéntico. Espíritu el que convoca y une la Iglesia y el que la envía a predicar el Evangelio" (Ch.L. n. 32)* (142).

CONCLUSIÓN: CARACTERISTICAS COMUNES DE LAS TAREAS DE LA CATEQUESIS

196. Analizadas, por separado, las tareas de la catequesis de adultos, hemos de tener —sin

(141) Juan Pablo II señala *campos concretos* de compromiso social para los cristianos (ver C. L. n. 40-44). Los obispos españoles los han señalado, igualmente, en CVP, 150-171. En *La catequesis de la comunidad* indicamos cómo la *pastoral catequética y la pastoral social* han de mantener una estrecha colaboración y sugerimos algunos aspectos en que puede concretarse esta colaboración (ver CC, 301).

(142) "Ciertamente urge en todas partes rehacer el entramado cristiano de la *sociedad humana.* Pero la condición es que se rehaga la cristiana trabazón de las mismas *comunidades eclesiales* que viven en estos países o naciones" (C. L. n. 34).

embargo— en cuenta algunas *características comunes,* que definen al conjunto de estas tareas:

* Lo que las distingue a unas de otras es que exigen *entrenamientos distintos.* La iniciación en el conocimiento del mensaje, en la oración, en las virtudes evangélicas y en la misión son aprendizajes que, aunque muy vinculados, son diferentes. No basta conocer y aprender lo que dice la Sagrada Escritura y el Catecismo sobre cada una de estas dimensiones básicas de la fe. Se trata, más profundamente, de iniciarse en ellas, de cultivarlas.

* Cada tarea, desde su carácter propio, fomenta la *finalidad* de la catequesis: la vinculación madura a Jesucristo en la Iglesia para el servicio salvífico al mundo. En la iniciación en la oración, por ejemplo, aprendemos a relacionarnos con Dios, nos sentimos vinculados a la Iglesia y pedimos por sus necesidades, y nos vemos fortalecidos para la misión en el mundo. Cada tarea fomenta la dimensión teologal, eclesial y diaconal que persigue la catequesis.

* Las tareas *se implican* mutuamente una en otras, pero sin confundirse. Por ejemplo: conocer el Evangelio como lo propone la Iglesia ya está capacitando para anunciarlo; la oración y la celebración interiorizan el conocimiento; ejercitarse en la adquisición de actitudes evangélicas capacita para hacer un anuncio acompañado del testimonio... Una tarea llama a otra, potenciándose mutuamente. Esto exige una *pedagogía unitaria,* integradora de los diferentes aspectos (143).

* Todas las tareas son *necesarias.* La catequesis "es una iniciación cristiana integral, abierta a todas las esferas de la vida cristiana" (CT, 21). Si faltase una de ellas la formación cristiana quedaría seriamente dañada. Si la catequesis, por ejemplo, no iniciase al adulto para la misión, su fe tendría el riesgo de esterilizarse (144).

* Estas tareas han de alimentarse con las distintas *fuentes* de la catequesis. La Sagrada Escritura y la Tradición, la doctrina, liturgia y vida de la Iglesia, y las semillas de la Palabra depositadas por Dios en el mundo, son las fuentes que el adulto ha de beber para calmar su deseo de unirse con Dios (145).

* Las cuatro tareas han de estar *presentes* a lo largo del proceso catequético, pero no todas al mismo tiempo ni con la misma intensidad en las diversas etapas de la catequesis. La mayor o menor acentuación de una tarea depende del tema y del momento del proceso pedagógico, como así mismo de la situación de los catequizados.

197. Sólo mediante el ejercicio de este conjunto de tareas podrá realizarse la meta de la catequesis: nuestra *fe en Jesucristo,* otorgada y sellada en el Bautismo.

"La educación cristiana *busca que los bautizados se hagan más conscientes del don recibido de la fe, mientras:*

* *son iniciados gradualmente en el* conocimiento *del misterio de la salvación,*

* *aprenden a* adorar *a Dios Padre, ante todo en la acción litúrgica,*

* *formándose para* vivir *según el hombre nuevo en justicia y santidad de verdad,*

* *y* contribuyen *al crecimiento del Cuerpo místico".*
(GEM, 2)

VIII. ESTRUCTURA GRADUAL DE LA CATEQUESIS DE ADULTOS

198. Analizada la *finalidad* de la catequesis, y descritas las *tareas* que ha de desarrollar para conseguirla, es conveniente clarificar la *estructura gradual* que debe asumir.

La *gradualidad* de la formación catecumenal era una característica clara en el catecumenado primitivo. Orígenes, por ejemplo, la compara a las etapas que recorrió el pueblo de Israel, desde su liberación de Egipto, hasta llegar a la tierra de la promesa:

"Cuando abandonas las tinieblas de la idolatría y deseas llegar al conocimiento de la ley divina, entonces empiezas tu salida de Egipto.

---

(143) Podríamos poner el ejemplo del entrenamiento para una competición deportiva, que *S. Pablo* también utiliza en ocasiones. La preparación es única, aunque comporta aspectos diversos: ejercicios físicos, alimentación adecuada, el descanso necesario, la concentración psíquica... Las *diversas* tareas de la catequesis son parte del *único* entrenamiento en la vida cristiana.

(144) Tomemos aquí el ejemplo de la vida. Cualquier ser vivo se alimenta básicamente de los cuatro elementos primarios: el agua, la tierra, el aire y el fuego. Basta que falte uno de ellos para estar condenado a morir. Si la iniciación a la vida cristiana careciera de alguno de sus elementos básicos se tornaría enferma.

(145) El *Directorio catequético general* describe así las *fuentes* de la catequesis: "El contenido de las catequesis
— se encuentra en la *palabra de Dios,* escrita o transmitida por tradición,
— es comprendido más profundamente y desarrollado por el *pueblo creyente,* bajo la guía del *Magisterio,*
— se celebra en la *liturgia,*
— resplandece en la *vida de la Iglesia,* sobre todo en los justos y santos,
— y aparece también de algún modo en los genuinos *valores morales* que, por providencia de Dios, existen en la sociedad humana.
Todas éstas son las *fuentes,* principales o subsidiarias, de la catequesis" (DCG, 45).

Cuando has sido agregado a la multitud de los catecúmenos y has comenzado a obedecer a los mandamientos de la Iglesia, entonces has atravesado el mar Rojo.

En las paradas del desierto, *cada día, te aplicas a escuchar la ley de Dios y a contemplar el rostro de Moisés que te descubre la gloria del Señor.*

Pero cuando llegues a la fuente bautismal, entonces, habiendo atravesado el Jordán, *entrarás en la* tierra de la promesa" (146).

A. LA CATEQUESIS DE ADULTOS ES UNA ACCION GRADUAL

Gradualidad de la catequesis

199. La formación catecumenal del adulto que se prepara para recibir el bautismo es una formación *gradual* (147). La catequesis de adultos con cristianos bautizados, inspirada en el modelo catecumenal, ha de serlo también:

"El desarrollo ordinario de la catequesis (con adultos ya bautizados) generalmente corresponde al orden propuesto a los catecúmenos" (RICA, 297).

No se trata de que la catequesis con bautizados reproduzca, *miméticamente,* el proceso catecumenal del no bautizado, ya que "su condición *difiere* de la condición de los catecúmenos" (RICA, 295). La inspiración de fondo y el carácter gradual de su formación deben, sin embargo, mantenerse (148).

Tres etapas de la catequesis de adultos inspiradas en el modelo catecumenal

200. El itinerario catecumenal para no bautizados tiene *cuatro* etapas:

* El *"precatecumenado",* caracterizado por la primera evangelización.

* El *"catecumenado",* destinado a la catequesis integral.

* El tiempo de *"purificación e iluminación",* para proporcionar una preparación más intensa a los sacramentos de iniciación.

* El tiempo de la *"mistagogia",* señalado por la nueva experiencia de los sacramentos y la entrada en la comunidad (ver RICA, 7).

La catequesis de adultos hará bien en asumir el *espíritu* de estas etapas del catecumenado bautismal. Las dos *primeras* se refieren más directamente al proceso de búsqueda y maduración en la fe, y el catequizando adulto, ordinariamente, deberá recorrerlas. Sólo en el caso de que su conversión inicial esté firmemente asegurada se empezaría por la segunda.

Las dos *últimas* etapas, situadas al final del itinerario catecumenal, están estrechamente vinculadas a los sacramentos de iniciación que el catecúmeno va a recibir y que, en nuestro caso, el adulto ya ha recibido. La catequesis asumirá el espíritu de estas etapas finales, tal vez condensándolas en una sola, para ayudar al adulto, al final de su proceso formativo, a renovar los compromisos de su Bautismo y Confirmación y disponerle para asumir una vida activa en el seno la comunidad cristiana y para ser testigo de la fe en el mundo (149).

Según esto, parece conveniente que un proceso orgánico de catequesis de adultos se estructure en torno a estas *tres etapas:*

* Una *precatequesis* (inspirada en el "precatecumenado"), que suscite o renueve, siempre que sea necesario, la conversión inicial del adulto.

* La *catequesis* propiamente dicha, inspirada en el catecumenado bautismal.

* Una tercera etapa, más directamente *espiritual,* explícitamente referida a la experiencia sacramental y, por lo tanto, al estrechamiento de vínculos con la comunidad y a la preparación inmediata para participar activamente en la evangelización (150).

---

(146) *Orígenes, Hom in Jos* 4,1; ver *Hom in Num* 26,4.

(147) La *gradualidad* de la formación catecumenal, recordada por el Concilio, ha sido establecida claramente por la Iglesia en el *Ritual de la iniciación cristiana de adultos:* "Restáurese el catecumenado de adultos, distribuido en *varias etapas* (pluribus gradibus)" (SC, 64). "Los catecúmenos y neófitos han de ser *gradualmente* (gradatim) educados para que conozcan y vivan la vida cristiana" (PO, 6). "La iniciación de los catecúmenos se hace *gradualmente*" (RICA, 4). "En este camino hay *grados o etapas*" (RICA, 6). En rigor los *grados,* de carácter celebrativo y puntual, son los "pasos" o "puertas" que dan acceso a las diversas etapas. En el catecumenado oficial de la Iglesia hay *cuatro* etapas y, entre ellas, tres *grados* (ver RICA 6 y 7).

(148) Sobre el conjunto de la *inspiración catecumenal* de la catequesis de adultos ya nos hemos expresado en el cap. III, apartado C. Aquí sólo desarrollamos lo que concierne a la *gradualidad* de la acción catequética.

(149) En *La catequesis de la comunidad* se expresa así el carácter sacramental de la última etapa de la catequesis de adultos: "Procesos catequéticos de adultos podrán, con toda razón, concluirse o expresarse en la *Vigilia Pascual* de las comunidades cristianas con la *profesión de fe* y la renovación de los *compromisos bautismales*" (CC, 96).

(150) El Consejo Internacional para la Catequesis, en su reciente documento *La catequesis de adultos en la comunidad cristiana,* propone también tres etapas para la catequesis de adultos: "El *precatecumenado,* que pone al adulto ante el compromiso de la conversión mediante el primer anuncio o kerigma, El *catecumenado,* que introduce a los adultos en la fe católica en sus elementos fundamentales, en el Credo, en la celebración litúrgica, en la vida cristiana, La *mistagogia,* por la que el neófito profundiza la doctrina cristiana abriéndose a un desarrollo ulterior que complete la catequesis de base" (n. 67).

Grados cualitativamente diversos

201. La gradualidad de la catequesis es algo normalmente admitido en la praxis catequética. No siempre, sin embargo, se la entiende de la misma forma ni se le da el verdadero sentido que desea la Iglesia.

Frecuentemente, los diversos grados de catequesis se conciben de manera meramente *cuantitativa.* Se trata, en este caso, de acomodarse a los diferentes niveles de los adultos. Hay intensos, entre nosotros, de acomodar un mismo material catequético, en un grado más sencillo o más denso, según se trate de gentes populares o de ambientes más cultivados (151).

Este problema, con ser importante, es sólo un problema de adaptación al nivel psicológico de los adultos. No es éste, sin embargo, el factor que determina la gradualidad de la catequesis, que ha de darse en cualquier nivel cultural.

Las etapas que estructuran un proceso de catequesis de adultos son *cualitativamente* diversas, ya que responden a los diferentes momentos que configuran el devenir de una fe adulta: la búsqueda y la decisión inicial por el Evangelio, la maduración progresiva del ser cristiano, y la preparación inmediata final que marca el paso del nivel iniciatorio, en el que se sitúa la catequesis, al nivel de una fe vivida plenamente en la comunidad.

Esta diversidad cualitativa de las etapas de la catequesis reclama un *tratamiento pedagógico propio* de cada etapa.

"La catequesis apropiada está dispuesta por grados" *(RICA, 19).*

La gradualidad de la catequesis, signo del respeto al adulto y del respeto a las exigencias de la fe

202. La *gradualidad,* tanto de la formación catecumenal como de la catequesis de adultos con bautizados, muestra el gran respeto de la Iglesia hacia la persona del adulto y a su libertad en el acto de fe.

La Iglesia sabe, en efecto, que la decisión de ser cristiano, inspirada por el Espíritu, es de una densidad humana excepcional y quiere respetarla al máximo:

"El acto de fe es voluntario *por su propia naturaleza" (DH, 10).*

Por eso, al establecer etapas sucesivas, y en concreto la precatequesis, la Iglesia desea que el adulto disponga del tiempo suficiente "para que madure la verdadera voluntad de seguir a Cristo" (RICA, 10). No quiere precipitar las cosas. Desea ir acompañando al adulto en el lento proceso de hacer verdadero cristiano. Ella sabe que "el camino espiritual de los adultos es muy variado, según la *gracia* multiforme de Dios y la *libre* cooperación de los catecúmenos" (RICA, 5).

Por otra parte, junto al respeto por la persona del adulto está el respeto a las exigencias de la fe que la Iglesia, por fidelidad al Evangelio, no puede soslayar. Por eso, las diversas etapas de la formación propician que el paso de una a otra se haga con las debidas garantías de autenticidad. La Iglesia recomienda para ello un *discernimiento* y una *evaluación* (ver RICA, 16.23...) (152).

Dificultades de la gradualidad

203. La *gradualidad* de la catequesis de adultos encierra en la práctica diversas dificultades. He aquí algunas de ellas:

— Es más fácil delimitar las etapas de la catequesis en los adultos no bautizados. Se hace más difícil en la catequesis con bautizados, necesitados de una reiniciación. En el primer caso esa frontera es más difícil de establecer.

— En la dinámica de la fe, las fronteras son movedizas. El crecimiento no se produce de manera uniforme. Los momentos de gracia son distintos en un grupo de adultos. Los bloqueos son, también, muy diversos. Un adulto, superado un bloqueo,

---

(151)En la *catequesis infantil,* por ejemplo, siempre han existido diversos grados, según el nivel de la edad evolutiva en que se encontrase el niño. En este caso, el catecismo de primer grado es para los niños pequeños, el de segundo grado para los medianos y el de tercer grado para los niños mayores. Junto a esta acomodación a la edad, siempre necesaria, hoy se impone, dada la extensión del proceso de secularización en las familias, una catequesis infantil *cualitativamente gradual,* en la que se tenga en cuenta que muchos niños no reciben de sus padres el despertar religioso que favorezca la fe inicial que exige su bautismo. La *catequesis de adultos* es, en este caso, modelo inspirador de la *catequesis infantil,* a la que sugiere cuidar la precatequesis que supla, en la comunidad, lo que en la familia no se da. También lo es de la *catequesis juvenil,* ya que muchos jóvenes solicitan el sacramento de la Confirmación sin una fe inicial suficiente.

(152)Una muestra de este doble respeto de la Iglesia, a la persona del adulto y a las exigencias de la fe, está en los diferentes *nombres* que la Iglesia utiliza para los que se encuentran en las diversas etapas del catecumenado bautismal. Se distingue muy bien entre el *no cristiano* a quien se anuncia el Evangelio (RICA, 9); el *simpatizante* (n. 12) que, aunque no crea todavía, está ya inclinado a la fe; el *catecúmeno* (n. 17-18), firmemente decidido a seguir a Jesús; el *elegido o competente* (n. 24), llamado para recibir el bautismo; el *neófito* (n. 37), recién nacido a la luz por el bautismo; el *fiel cristiano* (n. 39), maduro en la fe y miembro activo de la comunidad cristiana. La riqueza de esta *terminología* manifiesta la seriedad de ese proceso gradual, que la Iglesia desea para llegar a ser verdaderamente cristiano.

puede recuperar —de manera acelerada— el terreno perdido.

— Cuando el grupo de adultos es poco numeroso se hace más difícil dividir a los adultos por grados de fe. Una cierta coexistencia de diversos niveles tiene, entonces, también sus ventajas.

Todo lo cual supone un llamamiento a la *flexibilidad* y al *realismo* en la praxis catequética concreta. El concepto de gradualidad y su aplicación flexible y realista deben, no obstante, mantenerse, teniendo en cuenta dos aspectos fundamentales:

* Los simbolismos y ritos que, a lo largo del proceso, deben realizarse han de ser adecuados a una cultura técnica como la nuestra. Supuesta su conveniencia y necesidad, se necesita una gran creatividad pastoral para tratar de que sean verdaderamente significativos para el hombre de hoy. Se requiere, también, una gran paciencia ya que este hombre tiene especiales dificultades para entrar en un universo simbólico que apunte hacia la trascendencia.

* Hay que dejar claro que el recorrido gradual de un proceso de catequesis no se identifica, sin más, con el progreso de la vida de fe. Estructurar la catequesis por etapas es necesario, y lo quiere la Iglesia, pero el Espíritu actúa libremente en el corazón del hombre, sin tener que ajustarse a nuestras técnicas y programaciones.

B. LA PRECATEQUESIS

Carácter propio de la precatequesis

204. La primera etapa formativa del adulto es la *precatequesis.* Se inspira, como hemos dicho, en el "precatecumenado" que establece la Iglesia para los adultos no bautizados (153).

La precatequesis es un *"tiempo de búsqueda"* (RICA, 6)(154)en el que el adulto, interesado por el Evangelio, busca al Señor. Este carácter de búsqueda, con vistas a una firme opción de fe, es lo que define a esta etapa, condicionando su específica metodología (155).

La precatequesis es la acción con la que la Iglesia acoge y acompaña al hombre que, aunque bautizado en su infancia, queda ahora impactado por el anuncio del misterio de Cristo. Intuye que algo nuevo, aún no descubierto, se encierra en él. Ninguna persona se lo hizo ver o, al menos, no tiene conciencia de haber podido vivir esa ocasión.

Esta *inquietud* o *interrogante* es ya fruto de la gracia (156). El Espíritu Santo, maestro interior, suscita, sostiene y alimenta esa pequeña llama por la que el hombre busca al Dios vivo. En la precatequesis el adulto cuenta ya con un primer dato espiritual: la sed de Dios, el interés por el Evangelio (157).

Otras veces, la precatequesis se dirige a adultos en quienes la *religiosidad* está ya presente. No vienen de una situación de lejanía. Se trata, entonces, de ayudarles a descubrir el verdadero rostro del Dios de la Revelación, tal como se ha manifestado en Jesucristo. A pesar de tantos años de práctica religiosa aún no lo han descubierto.

Impactados también por el anuncio del misterio de Cristo e intuyendo igualmente que algo nuevo, nunca percibido, se oculta en él, desean —a partir de su religiosidad— buscar el verdadero rostro del Dios de Jesús.

Dos posibles acentos en la precatequesis

205. En la precatequesis siempre hay, por tanto, una búsqueda:

* Una búsqueda del Dios vivo, desde la *indiferencia* y la *increencia.* Corresponde a aquellos bautizados que, alejados de la fe, se interesan por el Evangelio y consienten en participar en un proceso formativo para replantearse su vida cristiana.

* Una búsqueda del Dios de Jesucristo, desde una *religiosidad* quizá superficial y, de hecho, no cultivada y coherente, cristianamente hablando. Son adultos cuyos planteamientos religiosos necesitan ser purificados y madurados.

Encontramos una analogía de estas dos acentuaciones en la misma predicación de los apóstoles. La dirigida a los gentiles acentúa más la búsqueda de Dios desde una situación de indiferencia. La dirigida a los judíos, creyentes en el Dios del AT, acen-

---

(153) Ver RICA, 9 y siguientes.
(154) Traducimos directamente del latín: "tempus investigationis" (RICA, 6 y 7).
(155) El *Ritual de la iniciación cristiana de adultos,* al describir a los destinatarios, los define precisamente a partir de esta búsqueda: "El *Ritual de la iniciación cristiana* se destina a los adultos que, al oír el anuncio del misterio de Cristo, y bajo la acción del Espíritu Santo en sus corazónes, consciente y libremente *buscan* al Dios vivo y emprenden el camino de la fe y de la conversión" (RICA, 1).
(156) La Iglesia ha considerado siempre que no sólo el *crecimiento de la fe* (augmentum fidei) es fruto de la gracia, sino que hasta el mismo *inicio de la fe* (initium fidei), "la inclinación misma a creer", también lo es (ver Concilio de Orange, can 5; Dz 375).
(157) El RICA dice de los precatecúmenos: "Aunque todavía no crean plenamente muestran, sin embargo, alguna *inclinación* a la fe cristiana" (RICA, 12).

túa más la búsqueda del Dios de la Nueva Alianza y del señorío de Jesucristo (158).

La precatequesis sigue al primer anuncio, distinguiéndose de él:

206. La *precatequesis* sigue al *primer anuncio.* No se identifica con él. Son dos momentos distintos de la propuesta del Evangelio. Ambos forman parte de la acción misionera de la Iglesia. Son varios los rasgos que los distinguen:

a. Por el fin que buscan

* El *primer anuncio* del Evangelio busca despertar al hombre, sembrando la inquietud religiosa y el interés por la figura de Jesús. No es lo normal que, ante la propuesta evangélica, el hombre se decida instantáneamente a ser verdadero creyente. Una decisión de esa trascendencia ordinariamente requiere tiempo y debe ser madurada antes de tomarla.

* La *precatequesis* es la encargada de acoger esa inquietud, de dialogar con el que siente ese interés, de explicar más reposadamente de qué Buena Noticia se trata, de facilitar contactos con creyentes maduros... En una palabra, se pretende ayudar al adulto a que esa inquietud inicial pueda transformarse en una decisión seria por la fe, es decir, en la *conversión.*

b. Por el tiempo que necesitan

207.* El *primer anuncio,* ordinariamente, es más informal, más rápido. Toda ocasión es buena para hacerlo: en las casas, en el trabajo, en la calle, en un viaje... Puede hacerse también de manera más organizada: predicación cuaresmal, misiones populares, ejercicios, cursillos de cristiandad... Los encuentros presacramentales, con alejados de la fe, son también ocasión propicia para el primer anuncio. De cualquier forma éste siempre es más corto en duración.

* La *precatequesis,* en cambio, es más estructurada y sostenida. Requiere más tiempo y sosiego. Implica ya un trabajo educativo que parte de un interés inicial, al que hay que dar cuerpo. Persigue la decisión adulta por el Evangelio, que no hay que precipitar ni presionar (159).

c. Por la distinta iniciativa que exigen

208.* El *primer anuncio* está bajo el signo del *ir.* Supone salir para encontrar al no creyente y ofrecerle la Buena Noticia: "Id por el mundo entero y anunciad el Evangelio a toda criatura" (Mc 16,15). El evangelizador se adelanta a anunciar, toma la iniciativa de la comunicación.

* La *precatequesis* es un momento segundo, que acoge al que *viene* con una inquietud. No se trata ya de ir a despertar a otro. La iniciativa parte del que muestra un interés por la fe y desea buscar respuesta.

d. Por los agentes que los realizan

209.* El *primer anuncio* puede y debe ser hecho por todo cristiano, en virtud de su bautismo. No se requiere una preparación especializada para hacerlo. El testimonio de vida y la palabra son el medio de anunciar a Jesucristo.

* La *precatequesis,* que es ya una primera educación más estructurada, requiere una preparación adecuada en los agentes y una misión especial conferida por la Iglesia, sea cual sea el modo en que se lleva a cabo: en grupos, mediante acompañamiento individual...

En la modalidad individual sería de desear que aquél que ha suscitado el interés por la fe en un alejado pudiera acompañarle hasta la firme adhesión inicial. No siempre es posible, y por ello la comunidad cristiana debería disponer de unos cuantos testigos vivos que pudieran hacer este primer acompañamiento y a quienes ella les confiriese tal misión (160).

La precatequesis busca la conversión

210. La acción misionera de la Iglesia, en su conjunto, busca la *adhesión* de los hombres a Jesucristo, de forma que "creyendo se conviertan libremente al Señor y se unan con sinceridad a El" (AG, 13). Trata de lograrlo mediante el primer anuncio y la precatequesis, que son, como hemos visto, dos momentos de la acción misionera.

La *conversión* al Evangelio implica varios aspectos, profundamente unidos entre sí: la aceptación

---

(158) *S. Pablo* en el Areópago de Atenas, por ejemplo, suscita la pregunta por el "Dios desconocido", al que los atenienses tienen dedicado un altar (ver Hech 17,16-31). *S. Pedro,* en cambio, ante los judíos, sabiendo que aceptan a Dios, trata de mostrar su acción al resucitar a Jesucristo, a quien ellos condenaron (ver Hech. 2,22-36).

(159) Dado que la precatequesis tiene como finalidad propiciar la conversión y esta decisión es libre, su duración es variable y no se puede determinar a priori. El RICA se expresa de esta forma: "Espérese a que los candidatos, según su disposición y condición, tengan el *tiempo necesario* para concebir la fe inicial y para dar los primeros indicios de su conversión (RICA, 50).

(160) "Los cristianos, en cuanto les sea posible, comienzan a poner a prueba las almas de aquellos que quieren ser sus auditores y tratan de formarles en particular" (*Orígenes, Contra Celso,* III, 51).

de *Dios* como referencia última de la vida, el reconocimiento de Jesús como *Señor,* el sentirse arrancado del *pecado* para poder llegar a ser un hombre nuevo y el deseo de incorporarse a una *comunidad cristiana* donde vivir, con otros, la fe (161).

"El anuncio no adquiere toda su dimensión más que cuando es escuchado, aceptado, asimilado y cuando hace nacer en quien lo ha recibido una adhesión de corazón.

Adhesión a las verdades que, en su misericordia, el Señor ha revelado, es cierto. Pero aún más, adhesión al programa de vida que él propone.

En una palabra, adhesión al reino, es decir, al "mundo nuevo", al nuevo estado de cosas, a la nueva manera de ser, de vivir, de vivir juntos, que inaugura el Evangelio" (EN, 23).

IMPLICACIONES PASTORALES DE LA PRECATEQUESIS

a. Discernir qué tipo de precatequesis conviene al grupo y si la necesita realmente

211. Se impone un *discernimiento* en cada situación concreta para determinar el tipo de precatequesis que necesita un grupo de adultos. Conviene incluso decidir si, tratándose de cristianos practicantes, necesitan —en rigor— de una precatequesis o pueden comenzar por la catequesis propiamente dicha.

Para realizar este discernimiento podemos señalar estos tres criterios:

— Ver si hay o no una *voluntad firme* de seguir a Cristo. Acaso descubramos otros móviles por los que acceden a la catequesis (novedad, esnobismo, deseo superficial...).

— Calibrar si los adultos han captado suficientemente el *carácter gratuito* de la oferta salvadora o están más bien guiados por un voluntarismo moral. En este caso —muy frecuente— la precatequesis es necesaria para comenzar el proceso formativo con la verdadera motivación que es la de un tesoro ya descubierto.

— Sopesar —en el otro extremo— si les mueve un verdadero deseo de *cambiar* el estilo de vida cristiana que traen o sólo vienen pidiendo a la catequesis más conocimientos o un grupo de amistad.

Si aplicamos estos criterios seguramente concluiremos que, en una buena mayoría de los casos, se necesita algún tipo de precatequesis, aunque sea más breve.

Pudiera parecer, superficialmente, que en la catequesis de adultos que se realiza con creyentes practicantes la precatequesis será menos necesaria y más fácil. No siempre, sin embargo, es así. Muchos cristianos, en efecto, parecen estar ya vacunados respecto a la fe, y la novedad del Evangelio y el redescubrimiento gozoso del Señor penetra más difícilmente en ellos. El problema se sitúa, en este caso, en un replanteamiento serio de la conversión. Haríamos bien, entonces, en aplicar la recomendación que la Iglesia dirige a propósito de los catecúmenos:

"El tiempo precedente o "precatecumenado" tiene gran importancia *y no se debe omitir ordinariamente" (RICA, 9).*

b. La precatequesis relaciona el mensaje evangélico con la experiencia humana

212. Es imprescindible que la precatequesis sepa unir la semilla de la *Palabra* con la tierra de la *experiencia humana* (162).

Hay que tener en cuenta que la acción de Dios actúa en todo ser humano y que, por tanto, en el hombre existe —oculto— un deseo de absoluto y una sed de trascendencia que hay que saber despertar. La Palabra de Dios cae en un terreno en cierto modo abonado. La precatequesis ha de suscitar y remover esas *"semillas de la Palabra"* ocultas en el hombre. De esta forma, el anuncio evan-

---

(161) Estos rasgos de la *conversión cristiana,* descritos por el Concilio (ver AG, 13), han sido comentados en CC, 41. A menudo, la adhesión al Evangelio es descrita con dos expresiones conjuntas: *"fe inicial"* y *"conversión inicial"* (ver RICA 50.68...). Con ello se hace eco de la doble expresión empleada por Jesús ante el anuncio del Evangelio: *"Convertíos* (metanoia) y *creed* (pistis) en la Buena Nueva" (Mc. 1,15). La *fe inicial* es, entonces, la acogida cordial de la acción divina y la *conversión inicial* es el deseo moral del cambio de vida. Otros textos del NT (Hech. 3,19; 26,20) también utilizan dos expresiones: *metanoia* (conversión) y *epistrofé* (volver a). Apuntan, igualmente, a la dimensión *moral y teologal* de la adhesión al Evangelio. Cuando en los textos oficiales se utiliza sólo la expresión *"conversión",* para describir la adesión al Evangelio, hay que entender que engloba tanto la dimensión teologal como la moral. Por ejemplo, hablando de la precatequesis, el RICA afirma: "El primer grado, etapa o escalón es cuando el catecúmeno se enfrenta con el problema de la *conversión"* (RICA, 6). La importancia fundamental de la *conversión* en la vida cristiana ha sido puesta de relieve por *La verdad os hará libres:* "La *conversión* ha de estar en el primer plano de las preocupaciones y atenciones de la comunidad eclesial. La conversión personal sigue siendo piedra angular para el cristiano y para la comunidad eclesial" (VL, 54).

(162) La imagen de la *Palabra de Dios* fecundando la tierra de la *experiencia humana* ha sido recogida por el Concilio: "La semilla, que es la Palabra de Dios, al germinar en tierra buena, regada con el rocío celestial, absorbe la savia, la transforma y la asimila para dar al fin fruto abundante" (AG, 22).

gélico conecta con lo que hay ya de vida nueva en él (163).

Esas experiencias, hondas de sentido humano, han de ser confrontadas con el kerigma evangélico, es decir, con el anuncio del Evangelio. En él hay unas *constantes,* presentes ya en la predicación de los apóstoles. Esos elementos, siempre presentes en la predicación de la Iglesia a lo largo de la historia, son el núcleo referencial del contenido de la precatequesis, cuya tarea no es otra que la de hacer "una explanación del Evangelio adecuada a los candidatos" (RICA, 11) (164).

El *anuncio evangélico* es la luz que ilumina la búsqueda del hombre, sus *experiencias más profundas*(165).En la precatequesis, el adulto no sólo reconoce que su búsqueda es iluminada por el Evangelio sino que es transfigurada, comprendida y vivida de otra manera, de modo que su sed queda saciada. "El Señor... satisface todas sus exigencias, más aún, las colma infinitamente" (AG, 13). La figura de la samaritana (Jn. 4,5-42) es un ejemplo paradigmático de la persona que ve colmado con creces lo que busca.

Esta búsqueda es muy *variada* y los modos de acceso al Evangelio son, por tanto, muy diversos. Por eso, en esta interrelación entre mensaje y vida, la precatequesis ha de moverse con gran libertad y flexibilidad.

La atención a las inquietudes e interrogantes del adulto es más importante que el seguimiento rígido de un programa de precatequesis preestablecido.

Esta *libertad de adaptación* y el acento de *anuncio gozoso* de la Buena Nueva, sin imponer exigencias a quien aún no se ha decidido por el Evangelio, son rasgos que definen también el carácter propio de la precatequesis.

c. Crear un servicio de acogida y formación en las comunidades cristianas

213. Es muy importante que el primer anuncio realizado en nuestros contextos sea recogido por una precatequesis adecuada. La organización de este *servicio de acogida y formación* es posible y urgente. La acción desarrollada en él puede durar varios meses y es el puente adecuado para la catequesis orgánica.

Pensamos en concreto, como queda apuntado, que las charlas cuaresmales, los ejercicios espirituales, las misiones populares... y otras acciones similares, de marcado acento misionero, deben ir seguidas de la invitación a continuar madurando en la fe en ese espacio formativo que es la precatequesis. Muchos encuentros presacramentales podrían, también, tener ahí una continuidad.

Caben dos formas de realizar la precatequesis: una de manera *grupal,* reuniendo a aquellos adultos en actitud de búsqueda y ayudándoles a realizarla; y otra de manera *individual,* en la que una persona —o una pareja— es acompañada en su búsqueda por otra persona u otra pareja creyentes. Fundamentalmente se trata, en este caso, de que estos *acompañantes* comuniquen su propia experiencia de fe, en un diálogo vital sobre el discurrir ordinario de la vida, y donde ellos testifiquen la salvación y plenitud que aporta el Evangelio.

Dado que los grados de la formación catequética son, como hemos visto, cualitativamente diversos, este primer grado formativo debe tener cierta *unidad en sí mismo.* Hay que tender a que muchos adultos de nuestras parroquias puedan seguirlo. Toda comunidad cristiana debería contar con este servicio de acogida y formación precatequética. Unos laicos bien preparados podrían asumirlo. En conexión con él, las mismas parroquias o las zonas organizarán la catequesis de adultos propiamente dicha, de duración obviamente más larga, y de una asistencia y participación, por tanto, más costosa. Es importante que una gran mayoría de los adultos puedan recibir, al menos, este *primer grado* de formación cristiana (166).

---

(163) "La Iglesia aprecia todo lo bueno y verdadero que entre ellos hay, como *preparación evangélica,* y dado por quien ilumina a todos los hombres, para que al fin tengan la vida" (LG, 16). "Esto vale no solamente para los cristianos sino para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra *la gracia* de modo invisible" (GS, 22). "El Espíritu Santo llama a todos los hombres a Cristo por las *semillas de la Palabra y la predicación del Evangelio*" (AG, 15).

(164) En *La catequesis de la comunidad* se han recogido estas *constantes* que aparecen en el kerigma de los apóstoles, tal como es descrito en los Hechos y en otros escritos del NT: "hay en él unas *constantes,* inalterables al paso del tiempo, y que configuran toda la misión de la Iglesia, tales como: el anuncio del *reinado de Dios,* el reconocimiento actual de Jesús como *Señor,* la aceptación del *amor gratuito de Dios,* y de su juicio de misericordia, la *conversión* a la justicia del Evangelio, el don del *Espíritu,* el *bautismo* para el perdón de los pecados, el llamamiento a constituirnos en *comunidad* cristiana, la invitación a ser *testigos* —en medio del mundo— de la *resurrección de Jesús...*" (CC, 21).

(165) La importancia de *la experiencia humana* en la catequesis ha sido subrayada por el *Directorio general de catequesis:* "La catequesis debe preocuparse por orientar la atención de los hombres, hacia sus *experiencias* de mayor importancia, tanto personales como sociales" (DCG, 74).

(166) En cuanto a la manera de denominar a esta primera etapa formativa, hemos utilizado la expresión *"precatequesis"* por analogía en el "precatecumenado". También podríamos referirnos a ella como al *"primer grado de catequesis",* por ser la primera etapa de la formación catequética. En otras ocasiones, se la ha denominado *"catequesis misionera",* porque tiene como objetivo la conversión (ver CC, 50).

C. LA CATEQUESIS PROPIAMENTE DICHA

Un tiempo de maduración

214. Si la precatequesis es un tiempo de *búsqueda* con vistas a una opción por el Evangelio, la catequesis es un tiempo de *maduración* con vistas a la confesión de fe *(167)*.

"Es un tiempo prolongado... en el que se les ayuda (a los candidatos) para que lleguen a la madurez *las disposiciones de ánimo manifestadas a la entrada" (RICA, 19)* (168).

No se trata de desarrollar ahora el contenido de esta etapa central. En realidad se ha hablado de ella en los capítulos anteriores:

— Se han indicado las *características* que la definen, al señalar que se trata de un proceso orgánico, integral y básico de formación cristiana.

— Se ha mostrado, asimismo, su *finalidad:* hacer que madure la vinculación a Jesucristo, en la Iglesia, para el servicio al mundo.

— También se han recordado las diversas *tareas* por las que se realiza esa finalidad:

* conocimiento sapiencial del misterio de la salvación,

* ejercitarse en la práctica de la vida cristiana,

* iniciación en la oración y vida litúrgica,

* aprender a cooperar en la evangelización y edificación de la Iglesia (169).

Un paso cualitativo dentro de la continuidad

215. La catequesis propiamente dicha, como segundo grado de formación cristiana, supone un *paso cualitativo* respecto a la precatequesis. Aquí se trabaja ya con una decisión firme de seguir a Cristo. Se trata de alimentar y educar esa decisión. El gozo de lo descubierto es el verdadero motor de toda la formación (170).

La experiencia de muchos grupos de catequesis de adultos nos dice que muchos cristianos progresan poco en el crecimiento de su fe porque el impulso del descubrimiento inicial, en la precatequesis, fue poco profundo. No hay que precipitarse para pasar a este segundo grado formativo. Es en el primero donde se gestiona lo esencial, dedicado como está a descubrir el tesoro del Evangelio y a gustar la novedad de ese descubrimiento (171).

"La catequesis... sólo se despliega sobre la base de ese descubrimiento gozoso... Esto sólo es posible hacerlo con el que se ha visto cautivado por la novedad *del Evangelio" (CC, 45).*

Es muy importante, por eso, que la catequesis sepa empalmar con el gozo descubierto en la precatequesis. La catequesis pretende —no lo olvidemos— ahondar en la vinculación a Cristo, en la pertenencia a la comunidad eclesial y en el compromiso evangelizador en el mundo. La llama de esa finalidad ha de estar siempre viva en esta segunda etapa.

"Las verdades que se profundizan en la catequesis son las mismas que hicieron mella en el corazón del hombre al escucharlas por primera vez. El hecho de conocerlas mejor, lejos de embotarlas y agostarlas, debe hacerlas aún más estimulantes y decisivas para la vida" (CT, 25).

Un caminar de toda la persona

216. El proceso catequizador es un caminar de *toda* la persona (entendimiento, memoria, voluntad, afectividad) que avanza en las diferentes dimensiones de la fe (172).

---

(167) Las etapas del catecumenado bautismal son calificadas por el RICA como etapas de *"búsqueda y maduración"* (RICA, 6 y 7). Siendo el precatecumenado el tiempo de *búsqueda,* las tres etapas catecumenales restantes son etapas de *maduración* en la fe.

(168) La catequesis como *maduración* en la fe es un tema reiterativo en el DCG. Ver por ejemplo: DCG, 21: "La catequesis debe ser considerada como la forma de acción eclesial que conduce a la *madurez* de la fe tanto a las comunidades como a cada fiel". DCG, l espíritu de Cristo" (RICA, 99). Con estas palabras, el RICA vuelve, así, a recordar los *"cuatro caminos"* de la formación catecumenal (n. 19).

(169) Hablando de estas *tareas,* el RICA muestra cómo la Iglesia desea que, durante el catecumenado, los adultos "sean iluminados por la fe, dirijan su corazón a Dios y se promueva su participación en el misterio litúrgico, se impulse su actividad apostólica, y toda su vida se nutra según el espíritu de Cristo" (RICA, 99). Con estas palabras, el RICA vuelve, así, a recordar los *"cuatro caminos"* de la formación catecumenal (n. 19).

(170) La relación entre las dos etapas ha sido muy bien definida por Juan Pablo II en *Catechesi Tradendae:* "Gracias a la *catequesis, el kerigma evangélico* —primer anuncio lleno de ardor que un día transformó al hombre y lo llevó a la decisión de entregarse a Jesucristo por la fe— se profundiza poco a poco, se desarrolla en sus corolarios implícitos, explicado mediante un discurso que va dirigido también a la razón, orientado hacia la práctica cristiana en la Iglesia y en el mundo" (CT, 25).

(171) Orígenes también recomienda no comenzar la catequesis propiamente dicha si no se dan las disposiciones previas requeridas: "Cuando estos oyentes han mostrado suficientemente los progresos en la voluntad de vivir bien son introducidos a la catequesis" (*Orígenes, Contra Celso* 3,57).

(172) "Se trata, por tanto, de que "el hombre *entero"* (CT, 20) se vea impregnado por la palabra de Dios, ya que la catequesis "apunta al *fondo* del hombre" (CT, 52). Como indica el Concilio Vaticano II, "es la persona del hombre la que hay que salvar..., el hombre *concreto y total,* con el cuerpo y alma, con corazón y conciencia, con inteligencia y voluntad (GS, 3)" (CC, 131).

Se trata de propiciar un nuevo nacimiento (ver Jn 3,5), por el que el adulto pasa del hombre viejo al hombre viejo al hombre nuevo (ver Col 3,5-10).

Este caminar de toda la persona ha quedado muy bien definido en el sentir conciliar:

Es "formación *y* noviciado, *convenientemente prolongado, de toda la vida cristiana" (AG, 14).*

El RICA, inspirándose en el Concilio, define también a esta etapa como "una formación de la vida cristiana en su integridad" (RICA, 98). Y con una expresión muy precisa concreta así esta tarea:

"El catecumenado está destinado a la catequesis integral" *(RICA, 7).*

D. LA ULTIMA ETAPA, MAS DIRECTAMENTE ESPIRITUAL

Un período final recapitulativo

217. Esta tercera etapa de formación cristiana corresponde, como ya se ha indicado, al tiempo de *"purificación e iluminación"* y al tiempo de la *"mistagogia"* del catecumenado bautismal. Dos etapas que, en nuestra catequesis de adultos, pueden muy bien fundirse.

Se trata de un tiempo más breve, en el que los adultos, ya catequizados propiamente en la segunda etapa, recapitulan y gustan lo vivido en ella y asumen públicamente los compromisos de los *sacramentos de la iniciación cristiana,* que ellos ya recibieron.

Este carácter *sacramental,* con las implicaciones *comunitarias y misioneras* derivadas de ellos, es el que da a esta última etapa su especificidad propia, dotada de un clima altamente *espiritual* (173).

"Este período se ordena más bien a la formación espiritual *que a la instrucción doctrinal" (RICA, 25).*

UNA INTERIORIZACION DE LOS SACRAMENTOS DE LA INICIACION CRISTIANA YA RECIBIDOS.

218. En la etapa final de la catequesis los adultos aprenden a interiorizar y gustar los *sacramentos.* Muchos no habrán conocido las riquezas encerradas en su bautismo y en su confirmación y, sobre todo, nunca las habrán revivido a fondo. Ahora es el momento adecuado para hacerlo (174).

En el clima de unas celebraciones eucarísticas finales, inspiradas en las misas de neófitos del tiempo de la "mistagogia", los adultos saborearán el espíritu de los *sacramentos de la iniciación cristiana* y captarán su intrínseca unidad, derivada del misterio pascual (175):

"Los fieles, incorporados a la Iglesia por el Bautismo, *quedan destinados por tal carácter al culto de la religión cristiana y, regenerados como hijos de Dios, tienen el deber de confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios por medio de la Iglesia.*

Por el sacramento de la Confirmación *se vinculan más estrechamente a la Iglesia, se enriquecen con la fortaleza especial del Espíritu Santo, y de esta forma se obligan con mayor compromiso a difundir y defender la fe con su palabra y sus obras como verdaderos testigos de Cristo.*

Participando del Sacrificio Eucarístico, *fuente y cima de toda la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos juntamente con ella... Después, una vez saciados con el cuerpo de Cristo en la asamblea sagrada, manifiestan concretamente la unidad del Pueblo de Dios, aptamente significada y maravillosamente producida por este augustísimo sacramento" (LG, 11).*

a. Reafirmación personal del Bautismo

219. El *Bautismo* no es reiterable, ya que sólo se recibe una vez. Pero se puede revivir y renovar sus promesas. Esta reafirmación personal del bautismo podría realizarse, en esta etapa final del proceso

---

(173) "El tiempo de la *mistagogía* está "señalado por la nueva experiencia de los *sacramentos* y de la *comunidad"* (RICA, 7). "La índole y la fuerza propia de esta etapa procede de la experiencia personal y nueva de los *sacramentos* y de la *comunidad"* (RICA, 40). "Tiempo de gozo y alegría espiritual es éste en el que nos encontramos. Han llegado los días de las bodas espirituales, objeto de nuestro anhelo y de nuestro amor" *(S. Juan Crisóstomo, Catequesis bautismales,* 1,1).

(174) Haremos bien en asumir, entre nosotros, aplicándolo a la situación de unos adultos ya bautizados, el espíritu con el que los SS. Padres deseaban que se viviera esta etapa: "ha llegado el momento de hablaros de los misterios y de haceros conocer todo lo relativo a los sacramentos" *(S. Ambrosio, De mysteriis,* 1). "Ya hacía tiempo que deseaba, hermanos queridísimos e hijos de la Iglesia, tratar con vosotros de estos espirituales y celestiales misterios" (*S. Cirilo de Jerusalén, Catequesis,* 19,1).

(175) "Los tres *sacramentos de la iniciación cristiana* se ordenan entre sí para llevar a su pleno desarrollo a los fieles, que ejercen la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo" (RICA, *Observaciones generales,* 2). Los sacramentos del *Bautismo y la Confirmación* están estrechamente unidos, y es preciso captar esta vinculación: "Al enlazar ambos sacramentos se significa la unidad del misterio pascual, y el vínculo entre la misión del Hijo y la efusión del Espíritu Santo, y la conexión de ambos sacramentos, en los que desciende una y otra persona divina juntamente con el Padre sobre los bautizados" (RICA, 34).

catequizador, por medio de diversas acciones. Entre ellas podrían señalarse las siguientes:

* Una *catequesis sobre el Bautismo,* que ayude a interiorizar y profundizar en los rasgos que lo definen (31). Algunos grupos catequéticos acostumbran a hacerlo apoyándose en algunas figuras bautismales que proponen los evangelios: Nicodemo (Jn 3,1-21), la samaritana (Jn 4,1-42), el paralítico de Betsaida (Jn 5,1-18), el ciego de Siloé (Jn 9,1-41)... (176).

* La *entrega del Símbolo* que, acompañada de un breve comentario del mismo, puede interiorizarse en unos pocos encuentros. Juan Pablo II sugiere "una utilización más concretamente adaptada" (CT, 28) de esta entrega del Símbolo, en la que los adultos puedan encontrar, a modo de síntesis final, todo lo que a lo largo de la catequesis han descubierto y vivido (177).

* La *entrega del Padre nuestro* que, condensando la iniciación a la oración realizada a lo largo del proceso catequético, ayude a los adultos a interiorizar las actitudes básicas de la relación con Dios, que brotan del don de la filiación divina que el Bautismo otorgó (178).

* La *renovación de las promesas del Bautismo* realizada, a ser posible, en la Vigilia pascual con toda la comunidad cristiana, y en la que, junto a la *renuncia al hombre viejo,* los adultos realizan la *confesión pública de la fe,* meta final —como se indicó— de la catequesis de adultos.

b. Celebración del sacramento de la Reconciliación

220. El *sacramento de la Reconciliación* es muy importante en la catequesis de adultos. De alguna manera se podría decir que es el sacramento de la catequesis con los adultos bautizados, ya que sella y significa ese reencuentro con Dios que propicia la catequesis.

Sabido es que la Iglesia antigua lo consideraba como un *segundo Bautismo*(179).Por eso, la etapa final de la catequesis es especialmente apta para el gozo del perdón y la acogida de Dios, otorgados a un hijo suyo que, acaso, ha vivido largos años lejos del hogar paterno.

El sacramento de la Reconciliación celebrará este reencuentro del adulto catequizado con Dios que, lentamente, se ha ido preparando a lo largo de toda la formación (180).

c. Reafirmación personal de la Confirmación

221. Esta etapa final es también propicia para que los adultos catequizados se reafirmen personalmente en la Confirmación que, caso, recibieron hace ya mucho tiempo. Es preciso penetrar en el espíritu de este sacramento y renovar el compromiso evangelizador que pide. Para ello se sugieren, también, algunas posibles acciones:

* Realizar con gozo la *catequesis de la Confirmación,* en la que los adultos tomen conciencia de su incorporación a la misma misión de Cristo y descubran cómo reciben para ello una especial fortaleza del Espíritu Santo. Esta catequesis ha de propiciar el deseo de convertirse en agentes activos de la nueva evangelización (182).

* Estudiar y analizar el *plan concreto de evangelización* de la Iglesia particular y, también, el de la parroquia: sus objetivos prioritarios, acciones concretas, cauces de corresponsabilidad, coordinaciones necesarias... ya que ése es el marco al que los adultos han de referir su compromiso apostólico.

* Discernir, en contacto con los miembros del grupo y otros adultos de la comunidad cristiana que acuden al grupo a apoyar y testimoniar su trabajo apostólico, el *lugar* o los lugares donde cada uno va a vivir su vocación apostólica. El presbítero de la comunidad tiene aquí una importante misión que desempeñar.

* *Manifestar públicamente,* en la celebración final, la decisión de hacer suya la misión de Cristo, concretizando en lo posible la forma de realizar dicho compromiso apostólico.

---

(176) El *Ritual de la iniciación cristiana de adultos,* en sus "observaciones generales" (n. 3-6), desarrolla con sobriedad y profundidad los rasgos que definen la *dignidad del Bautismo.*

(177) El RICA señala que los catecúmenos, "para que se impregnen sus mentes del sentido de Cristo Redentor", pueden ahondar en el evangelio de la samaritana, del ciego de nacimiento y de la resurrección de Lázaro, donde Cristo aparece como *agua viva,* como *luz* y como *resurrección y vida* (RICA, 157).

(178) "Nosotros encerramos en estos pocos versículos toda la enseñanza de la fe" (*S. Cirilo de Jerusalén, Catequesis,* 5,12). "Se les explica frase por frase la doctrina encerrada en el Símbolo y en las Escrituras, primero literalmente, y luego su sentido espiritual" (*Egeria, Itinerario,* 46). "Este es el Símbolo cuyo contenido ha sido enseñado con las Escrituras cuando erais catecúmenos, pero que bajo esta fórmula resumida os servirá, una vez fieles, para testimoniar vuestra fe y para progresar en ella" (*S. Agustín, Sermones,* 212,2).

(179) "Desde las actitudes básicas que lo configuran (al Padre nuestro), la autenticidad de la iniciación catecumenal en la oración y celebración queda asegurada" (CC, 231).

(180) *Tertuliano, De Poenitentia,* VII, 10.

(181) Para la celebración del sacramento de la Reconciliación y su catequesis se debe consultar la Instrucción pastoral *Dejaos reconciliar con Dios,* aprobada por la Conferencia episcopal española (abril 1989).

(182) Algunos grupos catequéticos realizan, en esta etapa final, una iniciación expresa a la *revisión de vida,* método formativo que, concluida la catequesis, puede guiar el compromiso evangelizador del adulto catequizado.

d. Celebrar en profundidad la Eucaristía, centro de la vida de la comunidad cristiana

222. La celebración de *la Eucaristía,* en la catequesis de adultos, es —normalmente— una acción que se realiza a lo largo de todo el proceso de catequización. Ahora es el momento de interiorizar lo más profundamente posible este gran sacramento, "fuente y cima de toda la vida cristiana" (LG, 11). Esta interiorización puede conllevar:

* Una *catequesis de la Eucaristía,* que ayude a descubrir y gustar sus múltiples facetas. Algunos grupos, en esta etapa final, optan por tener unas Eucaristías especiales, a modo de las "misas de neófitos", donde van reviviendo y celebrando, paso a paso, los diferentes aspectos del sacramento: cena del Señor, fracción del pan, sacrificio de Cristo, memorial de la Nueva Alianza, acción de gracias, prenda de la gloria futura...

* Concretar en el grupo, con la presencia del presbítero y otros miembros de la comunidad, la forma de vivir en adelante *la vida comunitaria.* La Eucaristía significa y realiza la unión de los discípulos de Cristo y nos hace disfrutar de la fraternidad cristiana, que es un don del Espíritu: la comunión (koinonía). Este es un momento oportuno para estrechar los lazos del grupo que termina la catequesis con la comunidad cristiana que le va a acoger (183).

* Una *celebración eucarística final,* que cierra el proceso catequético en comunión con los otros hermanos de la comunidad. En esta Eucaristía conclusiva se pueden incluir algunas de las acciones que se han señalado para la interiorización de los otros sacramentos de la iniciación.

"Procesos catequéticos diversos podrán con toda razón concluirse o expresarse en la Vigilia pascual *de las comunidades cristianas con la profesión de fe y la renovación de los compromisos bautismales" (CC, 96).*

(continuará en el próximo número)

(183) El Concilio ha recordado a los presbíteros cómo deben preocuparse por "formar una genuina *comunidad cristiana"* (PO, 6). También ha subrayado la importancia de la Eucaristía para crear esos lazos comunitarios: "Ninguna comunidad se edifica si no tiene su raíz y quicio en la celebración de la santísima *Eucaristía,* por la que debe, consiguientemente, comenzarse toda educación en el *espíritu de comunidad"* (PO, 6). En la Eucaristía, los cristianos "manifiestan concretamente la *unidad* del Pueblo de Dios" (LG, 11). El *espíritu comunitario* que desea la Iglesia para el tiempo de la "mistagogia" es el que ha de inspirar esta última etapa de la catequesis: "La etapa de la "mistagogía" tiene gran importancia para que los neófitos, ayudados por los padrinos, traben *relaciones* más íntimas con los fieles y les enriquezcan con la renovada visión de las cosas y con un nuevo impulso" (RICA, 39). "En tiempo de la "mistagogia" participen (los fieles) en las *misas de los neófitos,* abrácenlos con caridad, ayudándolos para que se sientan gozosos en la comunidad de los bautizados" (RICA, 41).

2. C.E. DE PASTORAL SOCIAL

SOLIDARIOS CONTRA LA POBREZA
Comunicado de la Comisión Episcopal de Pastoral Social para el Día del Amor Fraterno

La Iglesia convoca a los creyentes y a los hombres y mujeres de buena voluntad a compartir la celebración de la Jornada del Amor Fraterno en la festividad del Jueves Santo.

El encuentro de las comunidades cristianas en torno a la Mesa del Señor es un momento propicio para la reflexión y para el intercambio de actitudes compartidas ante nuestras responsabilidades personales, comunitarias y sociales.

Estamos en la Jornada del 92, fecha casi mítica que ha creado grandes expectativas en todo el país. Las celebraciones extraordinarias que tendrán lugar a lo largo del año han estimulado un clima de secretas esperanzas, como si estuviéramos llegando a una situación nueva que representaría el final de nuestros problemas.

Sin embargo, todos somos conscientes de la presencia en nuestro horizonte de señales preocupantes. Frente a la euforia —bastante generalizada— que presagia un futuro mejor para todos, están algunos aspectos de la cruda realidad de cada día.

Realidades dolorosas

Sin ánimo de agobiar con una sobrecarga de preocupaciones, nos permitimos hacer referencia a algunas situaciones sintomáticas, que deberían

despertar responsabilidades personales y sociales.

Nos referimos, entre otras, a la dolorosa realidad del SIDA, que avanza entre nosotros a pesar de los esfuerzos realizados; al egoísmo insolidario del narcotráfico y su afán de ganancias a cualquier precio; a los brotes de racismo; al rechazo a ciertas minorías étnicas, como el pueblo gitano; a la falta de acogida que reciben los inmigrantes procedentes de otros países... No podemos mirar a este "hermano extranjero y peregrino" como un competidor que pone en peligro nuestro bienestar.

Tenemos muy presente también la situación de muchos de los que nos rodean: ancianos abandonados; niños mal atendidos; personas afectadas por el paro, por la falta de vivienda o por una sanidad deficiente; y la escalada del terrorismo, que muy particularmente amenaza la convivencia solidaria de nuestro pueblo. Tenemos una tasa elevada de parados y estamos ante el riesgo de una destrucción aún mayor de empleos como consecuencia de la reestructuración de nuestra economía en sus diversos sectores.

Observamos igualmente cómo sofoca el ambiente una ola de permisividad que enerva el vigor ético y moral de una sociedad que se desliza hacia la pérdida progresiva de valores fundamentales de la vida.

Todos estos hechos apuntan a un mismo diagnóstico: la salud ética y moral de nuestra sociedad se encuentra dañada seriamente por el egoísmo y la insolidaridad (1). En esta situación, nos preguntamos cómo podremos hacer frente a nuestras responsabilidades ante los problemas que nos depara el futuro; nos preguntamos si el V Centenario, además de recordarnos el encuentro entre dos mundos y la predicación de la Buena Noticia del Evangelio, podrá significar también el paso a un sistema de relaciones de solidaridad y ayuda mutua, de tal forma que queden relegadas la agresividad y el distanciamiento (2). Si la conciencia moral de nuestro pueblo se mueve en estas coordenadas de vacío ético, no será fácil que acometamos "con una determinación firme y perseverante" (3) las iniciativas y compromisos eficaces necesarios para atajar de raíz el origen de nuestras pobrezas humanas (4). Porque la insolidaridad es más grave aún que las carencias materiales que encubren el Tercer y Cuarto Mundos.

Comunión y solidaridad

Hijos del mismo Dios y Padre, todos somos parte de la misma familia. Nuestra conciencia de la paternidad común de Dios, de la hermandad de todos los hombres en tu Santo en la historia de los hombres, nos sumerge en las raíces de la solidaridad, en un modelo de unidad que es reflejo de la vida íntima de Dios (5).

Siempre, pero de manera especial en la Jornada del Amor Fraterno, quienes participamos en la Eucaristía estamos llamados a experimentar e incorporar a nuestras vidas la entrega de Cristo para la salvación de todos. De ahí, extraeremos las energías para crear un tejido social solidario, para crear "una cultura de la gratuidad" en favor de todo hombre, particularmente del pobre y marginado, y para empeñarnos en la erradicación de las causas de la insolidaridad, que están en el origen de nuestras pobrezas (6).

Para superar la mentalidad individualista e insolidaria, hoy tan difundida, *se requiere el compromiso concreto de la solidaridad y la caridad* (7). Si queremos responder a las responsabilidades que nos ha tocado vivir, hemos de trenzar la madeja de las comunidades cristianas y de la sociedad con "cuerdas humanas" (Os 11,4) que tejan estilos de vida solidarios.

Un pacto social contra la pobreza

El país está embarcado en un gran esfuerzo para que los eventos del 92 sean un éxito. Sería necesario un esfuerzo paralelo que, al menos en la misma medida, impulsase un GRAN PACTO SOCIAL CONTRA LA INSOLIDARIDAD Y LA POBREZA, CONTRA LA INJUSTICIA SOCIAL. Para ello es preciso el concurso de todas las fuerzas sociales, tanto públicas como privadas.

Este "pacto" responde a una necesidad social, porque el culto al rey Midas está legitimando un crecimiento socioeconómico que, de hecho, consolida en la pobreza a nuevos grupos humanos, que pasan a quedar arrinconados en el gueto de los excluidos.

A la promoción de este GRAN PACTO SOCIAL llamamos, de manera especial y confiada, a las or-

---

(1) Conferencia Episcopal Española: *La verdad os hará libres* (1990).
(2) Cardenal Nicolás Pérez, Arzobispo de Santo Domingo, Primado de las Américas, Presidente del CELAM.
(3) Sollicitudo rei socialis, 38.
(4) Ibídem, 15.
(5) Ibídem, 40.
(6) Ibídem, 48.
(7) Centesimus annus, 49.

ganizaciones católicas y de inspiración cristiana, a las instituciones promovidas por nuestros hermanos de diferentes confesiones cristiana, a las ONG con fines humanitarios, a la sociedad y sus iniciativas sociales en favor del hombre, a los sindicatos, a los empresarios, a los poderes públicos.

LA SOLIDARIDAD, NUESTRO MEJOR PROYECTO, reza el lema de Manos Unidas para la Campaña del Hambre.

El 92 DE CARITAS CONTRA LA POBREZA. TRABAJEMOS POR LA JUSTICIA, anuncia el eslogan del Día del Amor Fraterno.

Ambos mensajes condensan la corriente de vida solidaria de la Iglesia y del voluntariado cristiano, en su lucha contra las causas de la pobreza en el mundo.

Codo con codo y con las manos enlazadas por la fuerza del amor fraterno, seamos fermento en medio de la sociedad que haga germinar nuevos brotes de vida solidaria en la Iglesia y en la comunidad humana.

Madrid, 1 de abril de 1992.

LOS OBISPOS DE LA COMISION EPISCOPAL
DE PASTORAL SOCIAL

3. C.E. DE COMUNICACION SOCIAL

XXVI JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES (Domingo 26 de Abril de 1992) "La proclamación del mensaje de Cristo en los medios de comunicación social"

Mensaje de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social

Brille la luz de Cristo

El anuncio de la llegada del Reino de Dios y de la salvación realizada por Jesucristo son tan importantes para el hombre de hoy que los cristianos no podemos menos de sentirnos comprometidos a difundirlos por fidelidad al Señor y por amor al mismo hombre.

Es verdad que la Iglesia, en su tarea evangelizadora, privilegia sus celebraciones, sus catequesis y los contactos personales acompañados del testimonio de vida. Pero también valora la importancia de los modernos medios de comunicación a la hora de difundir el Evangelio: "El primer areópago del tiempo moderno es el mundo de la comunicación... La evangelización misma de la cultura moderna depende en gran medida de su influjo. No basta, pues, usarlos para difundir el mensaje cristiano y el Magisterio de la Iglesia, sino que conviene integrar el mensaje mismo en esta nueva cultura creada por la comunicación moderna" (R.M. 37).

Hoy se ve más necesario que nunca concurrir con nuestra presencia y nuestra palabra cristiana a la palestra pública de los Medios. La constelación de mensajes difundidos por la prensa, la radio y la televisión, así como por los canales de publicidad, ha crecido tanto que ha dejado pequeños nuestros esfuerzos tradicionales de comunicación.

Otras religiones e iglesias comparecen también legítimamente a través de los Medios e incluso las sectas encuentran sus propios espacios. La cultura dominante que se propaga a través de la comunicacion es, en su conjunto, ambigua por lo que se refiere a los valores que trasmite y con los que se conforma gran parte de nuestra sociedad, especialmente las nuevas generaciones. No siempre refleja valores auténticos sobre el hombre, su vida y el modelo de sociedad.

Por todo esto, nuestro primer pensamiento se dirige a todos aquellos que de manera constante, a veces sacrificada, han hecho de su profesión un compromiso y un servicio a la verdad, a la bondad, a la belleza que emanan del ideal cristiano. Gracias por su valentía. El Señor, al que todos servimos, se lo premiará.

Este agradecimiento se extiende también a las empresas comunicadoras, públicas y privadas, que ofrecen sus espacios y sus recursos a programas explícitamente religiosos. Y también a las que se esfuerzan por impregnar sus programas de respeto al hombre y a la tradición cristiana de nuestro pueblo, a los valores de convivencia, solidaridad y respeto a la intimidad.

Las instituciones de la Iglesia, especialmente las diócesis, tienen que revisar la atención que prestan a una buena información de su vida interna. Son demasiadas las que esperan pasivamente que otros vayan a recoger noticias y datos de su propia actualidad. Mientras agradecemos a las que, a veces con recursos pobres, se esfuerzan en presentar al público el rostro de la Iglesia, pedimos a las instituciones responsables que hagan balance de su situación, provean de personas adecuadas e instrumentos suficientes estos servicios informativos, para que puedan ejercer un auténtico diálogo cultural e informativo con su entorno.

Gran parte de nuestros fieles reciben a través de los Medios mensajes de la Iglesia que, desde las celebraciones de la Santa Misa retrasmitidas por radio y televisión hasta los centenares de revistas y hojas dominicales, nutren su propia vida cristiana y los hacen sentirse cercanos a la Iglesia. Sin embargo, estos medios no son suficientes para crear opinión, para contrastar los criterios paganos que se infiltran en la vida de hoy, para mantener con suficiente claridad el modelo de vida cristiana que se ofrece a una sociedad avanzada, en la que compiten con gran fuerza muchos valores que no se compaginan con el mensaje de Cristo.

Por todo ello, en esta Jornada mundial de las comunicaciones sociales llamamos a todos a la reflexión y les invitamos a realizar un esfuerzo como exige el momento actual, aumentando los presupuestos, a veces pequeños y rutinarios, con los que contribuimos a una mayor presencia del Evangelio y de sus valores en los medios de comunicación social. Muchos podrían ofrecer aportaciones personales colaborando en algún medio cercano; otros convendrá que mediten en el valor cristiano que realmente tienen sus colaboraciones con los Medios. Los usuarios de los Medios podemos desarrollar nuestro espíritu crítico y colaborar con mayores aportaciones económicas, ya que en su conjunto las actuales son insuficientes para lo que exigen hoy las empresas comunicadoras.

Esta es la finalidad de la Jornada mundial de las comunicaciones sociales. Fue el mismo Concilio Vaticano II el que mandó que se estableciera y que, con ella, se avivara en los fieles el sentido de responsabilidad, se pidiera su colaboración y su ayuda económica, elevando también oraciones especiales por esta causa.

Que este día sirva para que todos los seguidores de Jesucristo resucitado, luz del mundo, hagamos brillar su imagen y demos más volumen a su Palabra de salvación.

Madrid, 26 de Abril de 1992.

+ Joan, Obispo de Urgel, Presidente de la CEMCS
+ José María, Arzobispo de Pamplona
+ Antonio, Obispo de Badajoz
+ Higinio José, Obispo de Lugo
+ Carmelo, Obispo Auxiliar de Zaragoza
+ Joan, Obispo Auxiliar de Barcelona

4. C.E. DE APOSTOLADO SEGLAR

"DIA DE LA ACCION CATOLICA Y DEL APOSTOLADO SEGLAR"

Pentecostés 1992
"¡SOMOS CAPACES!"

Un año más celebramos Pentecostés. Es "Día de la Acción Católica". Es también el día de todo el apostolado seglar. Porque es el día de la Iglesia entera.

Siempre nuevo. Pentecostés 1992 puede ser, ha de ser, especialmente nuevo, un auténtico "Kairós", una nueva gracia de Dios (Cf. Jn 1,16).

España que es ya un cruce de caminos entre pueblos de diversas ideas y creencias, con sus manifestaciones culturales, económicas y deportivas,

se ha convertido, durante estos meses, en escenario del gran teatro del mundo, en espectacular escaparate del mercado internacional, en la fiesta de la nueva sociedad.

En este año del Quinto Centenario, en el umbral del tercer milenio, los cristianos queremos recordar el pasado, como ha recomendado Juan Pablo II "sin triunfalismos". Y queremos mirar y caminar hacia el futuro "sin miedos". Dispuestos a trabajar, codo con codo, con todos los hombres de buena voluntad por la entera familia humana.

En esta hora del Espíritu, que renueva todas las cosas, la Iglesia entera quiere asumir también y sobre todo las tristezas y angustias de los pobres y de los que sufren (GS 1). Cree que es su deber recordar sus derechos. Está dispuesta a apoyar sus justas aspiraciones y llamar a la más amplia y profunda solidaridad.

1. 1992: una hora del espíritu

"El Espíritu Santo os traerá a la memoria todo y os anunciará lo que ha de venir" (Cf. Jn 16,13).

Pentecostés es recuerdo y proyecto. La Iglesia recuerda el acontecimiento de la primera evangelización. El grupo de los discípulos fue evangelizado y se convirtió en comunidad evangelizadora. En este año del Quinto Centenario de la evangelización de América la Iglesia, animada y orientada por el mismo Espíritu, se abre a los nuevos horizontes de evangelización: a dar respuesta a la presente situación de América del Sur y de Europa: a impulsar todos sacerdotes, religiosos y laicos la evangelización misionera y la evangelización de la nueva Europa.

Impulsar la evangelización y promover la participación de los laicos en la misión evangelizadora de la Iglesia son objetivos prioritarios de la Conferencia Episcopal y de cada una de nuestras Iglesias particulares.

Los católicos estamos urgidos, en el Espíritu de Jesucristo, Evangelio de Dios, a promover una cultura de la solidaridad en la libertad, a impulsar una civilización de la justicia en el amor: una solidaridad sin fronteras, desde el amor preferencial a los pobres de todo el mundo, una humanidad solidaria, la gran familia humana, la familia de los hijos de Dios. Ciertamente la ruptura entre el Evangelio y la cultura es el drama de nuestro tiempo.

Los Obispos somos conscientes de que la Iglesia cumplirá su misión en la medida en que los cristianos laicos asuman efectivamente sus específicas responsabilidades. "La evangelización de la nueva sociedad se realizará sobre todo por los laicos o no se realizará" (CLIM 148).

2. Un plan de acción para el apostolado seglar

"Que sean uno, para que el mundo crea" (Jn 17,21).

Los Obispos españoles, el 19 de noviembre de 1991 aprobamos un documento importante para el futuro del Apostolado Seglar en España. Era el fruto de un largo proceso de reflexión y diálogo en el que participasteis numerosos laicos.

Una vez más confiamos y os pedimos colaboración: que los estudiéis y lo deis a conocer, personalmente y en grupo: que os confrontéis con el y que sus líneas de acción y propuestas sirvan de marco de referencia en la elaboración, realización y revisión de vuestros proyectos y planes concretos. Como hemos indicado con el subtítulo es un plan de acción: un conjunto de líneas de acción y propuestas operativas.

Confiamos también en la colaboración de los sacerdotes, religiosos y miembros de institutos seculares para llevar a la práctica este ambicioso proyecto evangelizador. Todos somos la Iglesia evangelizadora.

Todos. También los jóvenes. A vosotros hemos dedicado especialmente las *"Orientaciones sobre Pastoral de Juventud"* que con vosotros hemos elaborado. En esta vigilia de Pentecostés, "vigilia de un nuevo siglo", "vigilia del tercer milenio del cristianismo" (EN 81) en el que va a discurrir la mayor parte de vuestra vida pedimos para vosotros el Espíritu. Que él os ilumine y acompañe. Que nos haga uno, todos plenamente uno, para que todo el mundo crea (Cf. Jn 17,21).

3. Un nuevo Pentecostés

"Este momento de la Iglesia en España puede ser, ha de ser, un nuevo Pentecostés" (CLIM 8).

No ignoramos los aspectos preocupantes que nos presenta la realidad actual del Apostolado Seglar en España. Pero no son menos esperanzadores los aspectos positivos.

a) Apostolado seglar: nuevo dinamismo comunitario y evangelizador

Reconocemos con esperanza, en los Movimientos y Asociaciones de Apostolado Seglar, la conciencia creciente de sus responsabilidades en la vida y misión de la Iglesia: de las implicaciones sociales de la fe; de la necesidad urgente de impulsar una nueva evangelización; de la importancia de contribuir con el testimonio de la fe y la sola fuerza del Evangelio a la construcción de una nueva cultura, de una sociedad pacífica y justa. Un nuevo esti-

lo de corresponsabilidad anima cada día más a los sacerdotes, religiosos y laicos. Los cristianos laicos están cada vez más convencidos del significado y la importancia de estar asociados para vivir su fe con todas las exigencias. Las Asociaciones y los Movimientos son conscientes de que han de continuar sus esfuerzos a fin de superar distancias y promover cauces de comunicación y colaboración entre sí. Es un hecho la participación de los Movimientos y Asociaciones en la realización de los proyectos pastorales especializados (juventud, familia, universidad, pastoral obrera...) y su integración progresiva en los organismos de las Iglesias particulares. Sin duda el Espíritu enriquece a nuestras comunidades con la pluralidad de carismas y funciones confiados a los cristianos laicos y con la diversidad de Movimientos y Asociaciones.

b) Acción Católica: singular forma de ministerialidad eclesial

Pentecostés es el *"Día de la Acción Católica"*. Lo es, sobre todo, en virtud de su singular responsabilidad y a fin de animar sus esfuerzos. Como todo servicio en la Iglesia, no es un privilegio, es una carga. El ministerio pastoral esta radicalmente referido a la comunidad: ha de reconocer y promover los diversos carismas y funciones con que el Espíritu enriquece a la comunidad y debe animar de todos los miembros en la única y misma misión: evangelizar. La Acción Católica, en estrecha vinculación con el ministerio pastoral, está asimismo referida al fin global de la Iglesia —la evangelización— y al conjunto del Apostolado Seglar: a impulsar la participación y corresponsabilidad de los laicos en la vida de la Iglesia y en la sociedad civil, a promover su formación y garantizar el necesario acompañamiento de los laicos comprometidos en la vida pública.

Los obispos en *"Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo"* nos hemos referido en particular a la Acción Católica. Es signo de reconocimiento, de convicción y de confianza. Conocemos y apreciamos los esfuerzos realizados por los propios movimientos para su renovación. Estamos convencidos de que son un cauce adecuado para la formación de los laicos y la promoción del protagonismo evangelizador exigido por la Iglesia y urgido por la sociedad actual. Confiamos que la Acción Católica, en su doble modalidad. General y Especializada, sin ahorrar sacrificios y con renovada coherencia, siga impulsando hoy, como en el pasado, el dinamismo misionero de nuestras parroquias y la presencia evangelizadora de los laicos, individual y asociadamente, en los diversos ámbitos de urgente evangelización, promueva la formación de los laicos, hombres y mujeres, y garantice el acompañamiento de cuantos laicos, comprometidos en la vida pública, trabajan por el Reino de Dios y hacen presente a la Iglesia en el mundo.

En este Día de Pentecostés, en esta hora del Espíritu, que hace nuevas todas las cosas (Cf. Ap 21,5) los Movimientos de Acción Católica celebran con gozo que sea también el *"Día del Apostolado Seglar"*, por ser el día de la entera Iglesia comunidad evangelizadora. Los Obispos confiamos en la renovación y reconstrucción de la Acción Católica tanto como en la promoción del conjunto del Apostolado Seglar.

4. ¡Somos capaces!

"¿Cómo será eso?" (Lc 1,34).

Somos conscientes de las dificultades de la hora presente. ¿Cómo construir un orden nuevo? ¿Cómo evangelizar? ¿Qué hacer para promover la corresponsabilidad de los laicos en la vida y misión de la Iglesia? "¿Cómo será eso, pues no conozco varón?", se preguntó y respondió María al ángel. A la Iglesia como a María, se le ha confiado el Evangelio, fuerza de Dios para el que cree. "Dichosa tú la que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá". También nosotros, obispos y laicos, sacerdotes y religiosos, con la fuerza del mismo Espíritu decimos: ¡Somos capaces!

Hoy, en esta hora de evangelización le pedimos al Padre en nombre de Jesús que derrame sobre nosotros el don del Espíritu para que nos una a todos en este empeño común: impulsar una nueva evangelización.

Que Santa María de la esperanza, que acogió el Evangelio de Dios confiando en la acción del Espíritu; que permaneció al pie de la cruz, junto a Jesucristo y con los apóstoles, en el cenáculo, nos acompañe y ayude a ser oyentes de la Palabra y testigos del Evangelio en esta hora del Espíritu.

Victor OLIVER. Obispo de Albacete.
Presidente de la CEAS
Antonio ALGORA. Obispo de Teruel y Albarracín.
Javier AZAGRA. Obispo de Cartagena-Murcia.
Francisco CIURANETA. Obispo de Menorca.
José Mª CONGET. Obispo de Jaca.
Obispo-Consiliario de la ACE.
Braulio RODRIGUEZ. Obispo de Osma-Soria

Madrid, 7 de junio de 1992.

EN EL SILENCIO...
Mensaje de la Comisión Mixta de Obispos y Superiores Mayores con motivo del Día "Pro Orantibus" 1992

En el silencio... es el lema adoptado este año para la celebración del *Día "Pro Orantibus",* día de oración en favor de los religiosos y religiosas de vida contemplativa, más conocidos como monjes y monjas. El lema expresa uno de los elementos constitutivos de la vida contemplativa, lo que da sentido a la separación y a la soledad en el monasterio.

Lo primero que percibe el que, procediendo de la excitación y el alboroto de la cultura dominante, se acerca a un monasterio, es que se encuentra en la morada del silencio, de un riguroso y profundo silencio ambiental que se extiende por todos los lugares y acompaña la jornada del monje y de la monja, lo mismo cuando oran en la iglesia, en el claustro, en la huerta o en la celda, que cuando se dedican al estudio o se afanan en los oficios, y no los abandona en las horas del descanso nocturno.

Pero este vacío de ruido o sonido exterior, la misteriosa paz que tanto impresiona al visitante, es un medio que posibilita el recogimiento, a la vez que en el entorno es expresión del silencio interior del espíritu reinante entre los moradores del monasterio, porque el monasterio es, sobre todo, un remanso de interioridad.

Los contemplativos, desprendidos de cuanto les rodea, perseveran en la búsqueda de la intimidad con Dios presente por la fe, permaneciendo a su escucha como discípulos que todo lo esperan del Maestro. Como escribe San Juan de la Cruz, "una Palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma" (Avisos, 2,21). El alma se aquieta en el conocimiento de Dios, sumo bien, en el que descubre el ardor de la divina caridad. Esta disposición hacia Dios es lo que llena de contenido pastoral el silencio monástico.

Los monjes y monjas, miembros de la Iglesia muy sensibles a los impulsos del amor divino, contribuyen de un modo muy particular en la nueva evangelización permaneciendo en el silencio. Porque la vida interior es el fundamento y alma de todo apostolado, y el apostolado contemplativo es el apostolado más universal. La exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* destaca el papel que desempeñan en la evangelización los religiosos y religiosas consagrados a la oración, al silencio, a la penitencia y al sacrificio. Juan Pablo II decía a las contemplativas, con motivo de su visita apostólica a España: "la Iglesia sabe bien que vuestra vida silenciosa y apartada, en la soledad interior del claustro, es fermento de renovación y de presencia del Espíritu de Cristo en el mundo" (Avila, 1 de noviembre de 1982).

Los últimos Romanos Pontífices han insistido acerca del valor insustituíble del silencio para la vida espiritual de los creyentes, porque es como una exigencia del amor divino, y la búsqueda de la intimidad con Dios lleva consigo para todos "la necesidad, verdaderamente vital de un silencio de todo el ser" (Exhortación apostólica *Evangelica testificatio,* 46). Los contemplativos testimonian con su silencio la primacía de los valores espirituales, y desde su retiro influyen sobre las personas que frecuentan su iglesia, participando en las celebraciones litúrgicas, o se alojan en su hospedería, atraídos por la paz y la interioridad del lugar, o van allí movidos por el arte religioso o llevados por la curiosidad, haciéndoles gustar de la virtud del silencio.

Esta aproximación, en el Día "Pro Orantibus", a las comunidades contemplativas, también lo es de insistente llamada a todos los cristianos a un diálogo más profundo —por silencioso— con Dios, nuestro fin y nuestro bien, adorable Trinidad que ha querido vivir y habitar en nosotros y a la que deben tender todas las almas.

y Superiores Mayores
19 abril 1992

6. C.E. DE LITURGIA

LA CELEBRACION DEL "CORPUS CHRISTI"

La solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo fue trasladada definitivamente en España al domingo siguiente al de la Santísima Trinidad por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, con fecha de 16 de marzo de 1990, atendiendo a la petición de la Conferencia Episcopal Española, ante la necesidad de ajustar el calendario litúrgico al calendario laboral del Estado español.

Al decidir el traslado, se permitió, como situación transitoria, que en el 1990 los Obispos diocesanos pudieran autorizar la celebración del "Corpus Christi" en sus respectivas diócesis en la fecha tradicional del jueves. Pero desde el año 1991 la celebración de la solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo en la nueva fecha del domingo posterior al de la Santísima Trinidad es una norma de cumplimiento obligado en todas las diócesis de España, que los mismos Obispos diocesanos no pueden cambiar, aunque así lo quisieran, pues la modificación del Calendario litúrgico establecido compete a la Sede Apostólica.

En consecuencia, en este año de 1992, la solemnidad del "Corpus Christi" ha de celebrarse el domingo día 21 de junio.

Así mismo, la Comisión Episcopal de Liturgia recuerda que la celebración del "Corpus Christi" en domingo no significa supresión ni reducción de la categoría litúrgica de la solemnidad, e invita a los fieles a considerar que el traslado del "Corpus Christi" ha sido una necesidad pastoral, por los motivos que fueron explicados en la Nota de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal, de 25 de abril de 1990, cuya relectura recomienda.

Comisión Episcopal de Liturgia

SECRETARIADOS DE COMISIONES EPISCOPALES

SECRETARIADO DE LA C.E. DE MIGRACIONES

JORNADA DE RESPONSABILIDAD EN EL TRAFICO (28 JUNIO 1992)

"LA CARRETERA NECESITA ALGO MAS QUE LAMENTOS"

Por ello, ante una nueva jornada de "Responsabilidad en el Tráfico", no caeremos en la tentación, fácil por otra parte, de abandonarnos al pesimismo.

Queremos, con otros muchos, seguir apostando por algo tan bello como es la vida feliz en nuestras carreteras. Y más cuando, en este año, deseamos especialmente unir, al nuestro, el grito de lo mejor de una juventud, capaz de movilizarse por esta empresa: nada fácil, pero noble e ilusionante donde las haya.

1. Sin cerrar los ojos a la realidad

¿Qué es ella bien dolorosa? No vamos a silenciarlo

* Y con más razón si, como ahora ocurre, la rutina de las estadísticas, cada vez más sangrantes, parece dejarnos insensibles.

* Confesamos —¿por qué no?— que nos angustian las víctimas de esta guerra absurda que, sin freno, continúa matando, sobre el asfalto, a muchísimos más que puedan ser los caídos por el SIDA, la Droga o las armas químicas.

* Tristeza inmensa, a la vez que ternura, nos produce, también, el cada día más frecuente espectáculo de *jóvenes parapléjicos* que saltaron, desde la moto o el coche incontrolados, a la silla de ruedas, para preguntarse, desesperados, si sus vidas son ya algo más que un desperdicio.

* Pero lo repetimos: sin que por ello cerremos los ojos, dándonos por vencidos. Ni la huida, ni el derrotismo deben tener cabida entre nosotros: creemos en el hombre y en un placentero y alcanzable proyecto de Dios sobre la carretera.

2. Por eso, ¡manos a la obra!

* Conscientes, por una parte, de que, tal como van las cosas, sólo nos quedan dos alternativas: o el humanizar el tráfico o la barbarie progresiva. Y ciertos, por otra, de que esta batalla puede y debe ser ganada, decidiendo en ello el esfuerzo generoso de quienes piensan que algo tiene que cambiar radicalmente.

* En este intento, bienvenidos sean el nuevo Reglamento de Circulación y aún el sustancioso incremento de las multas, pero a condición de que su

primer propósito sea la educación del conductor y no el fácil infundir miedos. Tampoco será suficiente atiborrar de consignas, bien intencionadas sin duda, nuestras vallas y ondas publicitarias, si se descuida el otro flanco importante en el que, entre otras cosas, ha de conseguirse un buen estado de las carreteras y la revisión técnica de vehículos.

* Y conste aquí, también, nuestra decidida llamada de atención a las campañas publicitarias que no incitan a la prudencia y sí venden la "velocidad" como valor social de primer orden.

* Ganaremos la batalla con eficaces campañas de educación vial. Desde la primera infancia. Pero sobre todo, propiciando en nuestra sociedad la PRACTICA de una moral de profundo respeto al prójimo, discurso éste tan denostado hoy en personas e instancias, al socaire de un mal entendido progresismo.

Los creyentes en primera fila

Sí. Deberemos ocupar la vanguardia en esta Cruzada. En juego está el precepto divino de no matarás que el Nuevo Catecismo Universal extiende a quienes "con desprecio de la vida, ponen en peligro, en la carretera, la seguridad propia y ajena". Nos atrevemos a decir que el tráfico supone un serio reto a la coherencia de nuestra fe y a la autenticidad de nuestras celebraciones "comunitarias".

3. Para el amigo camionero

Permitidnos este recuerdo, al tiempo que reconocemos el insustituible papel que podeis jugar —ya lo estais haciendo— en el mundo del tráfico. Queremos que, como antaño, sigamos todos distinguiéndoos como los *"caballeros de la carretera"*.

Reconocemos y nos inquieta la dureza de vuestras vidas y la justeza de vuestras reivindicaciones ante un futuro incierto. Incomprensiblemente se os reduce el número de flotas, mientras sentis el acoso de sanciones económicas, quien sabe si en situación de otras medidas que tendrían que afrontar vuestra problemática real y que no acaban de llegar. Sabednos cerca de vosotros y ayudadnos a seros útiles.

4. Especial para jóvenes

Lógico que os guste "la marcha", la velocidad. Pero ¿por qué ha de estar ella reñida con la prudencia?

* Y no dudamos de que, a la hora de la verdad, tampoco vosotros aceptais el hecho de que la población de entre 18 y 24 años sea la más representada entre los conductores implicados en accidentes de tráfico. Ni estais de acuerdo, en el fondo, con que, en vuestra *noche-madrugada* de los fines de semana, se disparen la siniestralidad y la muerte de gente joven.

* Sabemos que os gusta vuestra vida y no os perdonaríais si alguna vez atentárais en contra de la de los demás. Y, también, que os atrae lo difícil, con tal de que merezca la pena: humanizar la carretera, contener la sangría humana, asegurar el viaje placentero para todos... es tarea nada fácil... ¡pero ilusionante! ¿Apostais con nosotros?

5. Animo a todos

Las causas nobles —y ésta de la carretera es una de ellas— no pueden fracasar: Dios y lo más sano del hombre toman partido en su favor.

Por eso nosotros mantenemos la esperanza que es más segura, porque el relevo de gentes jóvenes llegará. Está llegando. *Y porque esperamos,* brindamos honradamente nuestro esfuerzo y pedimos el de todos hasta barrer de nuestras carreteras cualquier gesto violento y las tragedias que hoy las vuelven miedosas.

Por la Comisión Episcopal
+ **Antonio Vilaplana Molina** (Obispo Promotor)

DOCUMENTACION

APROBACION DE LA TRADUCCION AL ESPAÑOL DEL ORDINARIO DE LA MISA DE LA LITURGIA HISPANO—MOZARABE

A petición de la LV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, del 18-23 de noviembre de 1991, la Congregación para el Culto Divino y Disciplina de los Sacramentos ha decretado la aprobación de la traducción al español de los textos del Ordinario de la Misa del Rito Hispanomozárabe. El decreto de aprobación es del tenor siguiente:

CONGREGATIO DE CULTU DIVINO
ET DISCIPLINA SACRAMENTORUM
Prot. n. CD 931/92

HISPANIAE

Instante Eminentissimo Domino Angelo Card. Suquia, Archipiscopo Matritensi, Coetus Episcoporum Hispaniae Praeside, litteris die 28 ianuarii 1992 datis, vigore facultatum huic Congregationi a Summo Pontifice IOANNE PAULO II tributarum, textum interpretationis hispanicae Ordinis Missae Liturgiae Hispano-Mozárabicae, prout in adiecto prostat exemplari, libenter confirmamus.

In textu imprimendo inseratur ex integro hoc Decretum, quo ab Apostolica Sede petita confirmatio conceditur.

Eiusdem insuper textus impressi duo exemplaria ad hanc Congretationem transmittantur.

Contrariis quibuslibet minime obstantibus.

Ex aedibus Congregationis de Cultu Divino et Disciplina Sacramentorum, die 29 maii 1992.

Antonius M. Card. Javierre
Praefectus

+ Gerardus M. Agnello
Archiepiscopus a Secretis

NOMBRAMIENTOS

DE LA SANTA SEDE

Obispado de Guadix

El Santo Padre ha nombrado Obispo de Guadix al Reverendo Sacerdote Don **Juan García-Santacruz Ortiz,** Pro-Vicario General de la Archidiócesis de Toledo.

(L'Osservatore Romano, 1 de abril de 1992).

Obispado de Palencia

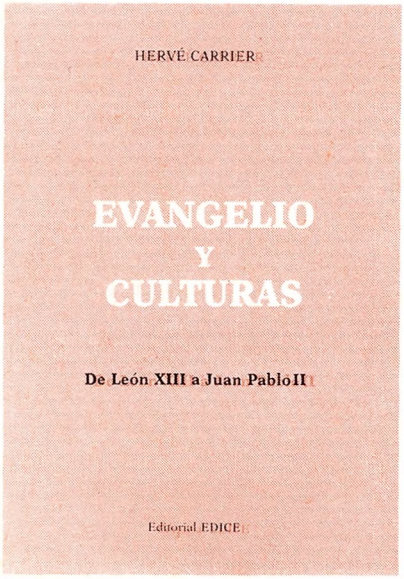
— El Santo Padre ha nombrado obispo de Palencia a Su Excelencia Reverendísima Monseñor **Ricardo Blázquez Pérez,** hasta ahora Obispo Titular de Germa de Galicia y Auxiliar de Santiago de Compostela.

(L'Osservatore Romano, 27 de mayo de 1992)

Obispado de Ibiza

— El Santo Padre ha nombrado Obispo de Ibiza al Reverendo Sacerdote **Javier Salinas Viñals** Vicario Episcopal y Delegado para la Catequesis del Arzobispado de Valencia.

(L'Osservatore Romano, 27 de mayo de 1992)



- Después del Concilio Vaticano II, la cultura un nuevo espacio en la Iglesia.
- El presente volumen responde entre otras a cuestiones sobre:
  - La modernización del concepto de cultura en la Iglesia en beneficio de su acción evangelizadora.
  - El comportamiento de los cristianos en defensa del hombre y su cultura.
  - El significado de la evangelización de las culturas y el modo de entender la inculturación.
  - Los nuevos contactos de la Iglesia con el mundo científico y los artistas.
- Edición preparada por la Comisión Episcopal para el Patrimonio Cultural.

194 págs.
14,5 x 21 cms.

Pedidos a SU PROVEEDOR HABITUAL o a
EDICE, Apartado de Correos 47.090
28080 MADRID. Teléfono: 763 40 05

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA